Guerra y política en El Salvador

Adolfo Gilly



EDITORIAL NUEVA IMAGEN



Serie Testimonios

Fernando Morais
La isla
(Cuba y los cubanos, hoy)

Jorge Ruffinelli
El otro México
(México en la obra de B. Traven, D.H. Lawrence y Malcolm Lowry)

Osvaldo Bayer
La Patagonia rebelde

Jean van Heijenoort
Con Trotsky, de Prinkipo a Coyoacán
(Testimonio de siete años de exilio)

Lev Davidovich Trotsky, Natalia Ivanovna Sedova-Trotsky
Correspondencia (1933-1938)

Carlos Monsiváis
Las utopías y la gleba
(Ensayo sobre la cultura mexicana)

Federico Fasano Mertens
Después de la derrota
Un eslabón débil llamado Uruguay

Adolfo Gilly
La nueva Nicaragua: antimperialismo y lucha de clases

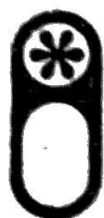
Adolfo Gilly
Guerra y política en El Salvador

Guerra y política en El Salvador

Adolfo Gilly

Guerra y política en El Salvador*

*Incluye el ensayo *El Salvador, el eslabón más pequeño*, de Rafael Menjívar Larín.



EDITORIAL NUEVA IMAGEN

Primera edición, 1981
Segunda edición, 1981

Portada: *Alberto Diez*

Escollo 316, México 20, D.F.
Apartado Postal 600, México 1, D.F.

IMPRESO EN MEXICO

ISBN 968-429-280-5

Índice

I. Introducción

Este libro no está terminado. La revolución salvadoreña, que es su tema central, tampoco. Cualquiera sea su suerte y su desenlace ella arrastrará consigo, entre muchas otras cosas infinitamente más importantes, los análisis y las previsiones del libro mismo. Éste, a su vez, no ha querido esperar a ver el resultado final para ser editado y poder entonces hacer el balance sin riesgo de error. Como los ensayos y artículos que lo componen, aparecidos en revistas y periódicos, más vale publicarlo mientras los combates están en curso y la suerte de las armas no está decidida. Puede así aspirar a ser la más modesta, pero una más, entre esas armas.

Estos escritos se ocupan de un proceso, la crisis revolucionaria en El Salvador. Quieren mostrar sumariamente sus *raíces* (el artículo de Rafael Menjívar Larín), su *desenvolvimiento* y sus *ritmos* (la serie de artículos aparecidos en el periódico *Unomásuno*), sus primeras *lecciones* (el editorial de la revista *Coyoacán*) y su ubicación en el curso actual de la *lucha de clases en América Latina* (los artículos sobre Bolivia y sobre la clase obrera latinoamericana).

Una crisis revolucionaria —y la de El Salvador, dentro de sus especificidades, tiene formas casi clásicas— reúne al menos dos elementos: una crisis de la dominación y

de las clases dominantes (en la sociedad moderna, una crisis interburguesa); y una crisis de la subordinación o de la aceptación de esa dominación, una sublevación de los dominados contra las normas y los modos de la dominación. La agudización de la crisis interburguesa, cuando todavía no hay sublevación generalizada de los dominados, suele ser el primer síntoma que anuncia y abre camino a una crisis revolucionaria. Pero indiscutiblemente son las acciones de las masas, las iniciativas de los de abajo, la ampliación y profundización de las sucesivas capas de la población oprimida que entran en movimiento contra la vieja dominación de clase, lo que marca el curso y los ritmos del proceso revolucionario, exacerbando a su vez la crisis de las clases dominantes.[1]

Por eso, si bien no hay proceso revolucionario sin una crisis de las clases dominantes, su esencia misma está constituida por la movilización y la irrupción violenta de los oprimidos en el primer plano de la historia. Esa actividad de las masas, una vez puesta en movimiento, no depende tanto de estímulos externos como de su propia alimentación interior a través de la experiencia que, en su movilización, las masas van acumulando, transmitiéndose y asimilando. Es, en ese sentido, una autoactividad. Pero el proceso de adquisición, asimilación y sucesiva aplicación de la experiencia, como cualquier

[1] "Cuando en una sociedad estalla la revolución, luchan unas clases contra otras y, sin embargo, es de una innegable evidencia que las modificaciones en las bases económicas de la sociedad y en el sustrato social de las clases desde que comienza hasta que termina no bastan, ni mucho menos, para explicar el curso de una revolución que en unos pocos meses derriba instituciones seculares y crea otras nuevas, para volver enseguida a derrumbarlas. La dinámica de los acontecimientos revolucionarios se halla *directamente* determinada por los rápidos, tensos y violentos cambios que sufre la psicología de las clases formadas antes de la revolución," León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*, prefacio, México, Juan Pablos Editor, 1972, p. 14.

proceso de aprendizaje social, no puede ser simplemente espontáneo. Adquiere sentido, orientación y capacidad de incidir en la realidad en la medida en que es organizado, en que va haciendo suyo un programa y dándose las formas de organización adecuadas a ese objetivo.[2]

De ahí el papel determinante que tiene, a partir de cierto momento, la política de los partidos y las organizaciones para decidir la salida de una crisis revolucionaria. Sin embargo, la conciencia de este hecho, si sobrepasa sus límites, puede llevar al partido a subestimar el elemento decisivo del proceso: la autoactividad de las masas, sus iniciativas, los cambios en su estado de ánimo; y a creer que la organización dirigente, una vez conquistado el apoyo de las masas, puede forzar con sus directivas el curso de estos procesos sociales o sustituir con sus propias estructuras las formas múltiples, vivas, conflictivas y cambiantes de autorganización de las masas mismas. Cuando eso ocurre, comienza a producirse un divorcio entre la lógica y el curso del o de los partidos dirigentes y la lógica y el curso del proceso mismo en la conciencia y la actividad de las masas, divorcio muchas veces ocultado por el hecho de que esas masas no han dejado de dar su apoyo político a aquellos partidos. Pero este apoyo se va volviendo —imperceptiblemente al inicio— menos activo; y la actividad menor de las masas empieza a tratar de ser compensada por una hiperactividad de los militantes organizados. Si cuando ese proceso

[2] "Las masas no van a la revolución con un plan preconcebido de sociedad nueva, sino con un sentimiento claro de la imposibilidad de seguir soportando la sociedad vieja. Sólo el sector dirigente de su clase tiene un programa político, programa que, sin embargo, necesita todavía ser sometido a la prueba de los acontecimientos y a la aprobación de las masas. El proceso político fundamental de una revolución consiste precisamente en que esa clase perciba los objetivos que se desprenden de la crisis social y en que las masas se orienten de un modo activo por el método de las aproximaciones sucesivas." León Trotsky, *op. cit.*, p. 15.

se presenta las direcciones revolucionarias no alcanzan a discernirlo y controlarlo con los cambios necesarios en su política, se trasforma en un proceso social irreversible y marca la fase de declinación de la revolución. El camino de la revolución portuguesa entre 1974 y 1976 constituye un ejemplo acabado de este curso.[3]

Vista desde el lado de los trabajadores, de la fuerza de trabajo, de los oprimidos, una crisis revolucionaria es un proceso concentrado de adquisición violenta de conciencia a través de la experiencia. El carácter violento es imprescindible e inescapable —aun cuando sus formas puedan variar— dado que en esa crisis los dominados ponen en cuestión la dominación, que por definición se apoya en primera o en última instancia en la violencia, y en consecuencia, organizan su propia violencia, su contraviolencia. Roto el elemento de aceptación o de consenso consustancial a la subordinación, en lo más duro de la crisis la relación social determinante deja de ser la de dominación/subordinación y se trasforma, durante ese período, en la relación de enfrentamiento violento, de prueba generalizada de fuerzas. La prolongación de esta violencia en el tiempo y su exacerbación extrema en cada punto de fricción social, individual o colectivo, es una característica muy nítida de la crisis salvadoreña.

Desde ese mismo punto de vista, el de los de abajo, en la crisis revolucionaria van desarrollándose y combinándose al menos cuatro procesos simultáneos:

1] la relación de las masas consigo mismas, su adqui-

[3] "Sólo estudiando los procesos políticos sobre las propias masas se alcanza a comprender el papel de los partidos y los dirigentes, que en modo alguno queremos negar. Son un elemento, si no independiente, sí muy importante de este proceso. Sin una organización dirigente, la energía de las masas se disiparía, como se disipa el vapor no contenido en una caldera. Pero sea como fuere, lo que *impulsa* el movimiento no es la caldera ni el pistón, sino el vapor." León Trotsky, *op. cit.*, p. 15.

sición de experiencia y de confianza en sus fuerzas, sus formas de autorganización;

2] la relación de las masas con su dirección, a la cual van probando y dando su confianza en los hechos y, en consecuencia, la aceptación y la adquisición por las masas, a través de esa misma experiencia, del programa revolucionario;

3] la maduración de la dirección y del partido revolucionarios al ritmo del proceso, que es esencialmente un ritmo objetivo y no establecido por ninguna voluntad exterior, y el crecimiento y despliegue de la capacidad de esa dirección (que no se improvisa, sino que viene de una preparación previa relativamente larga que la revolución misma somete a la prueba definitiva) para comprender las fases del proceso en la conciencia de las masas, en la acumulación de fuerzas políticas y materiales de la organización revolucionaria y en los ritmos y las formas de la crisis del enemigo; y para deducir en consecuencia las consignas y los pasos que van conduciendo al choque decisivo;

4] la maduración de la crisis del enemigo en los cuatro planos fundamentales en que ejerce su dominación: económico, político, social y militar, cuya convergencia crea un foco de crisis en el centro mismo de la relación estatal, en el Estado, y desorganiza para las clases dominantes las condiciones y las premisas de su dominación.

La maduración contemporánea de estos procesos indica el *tiempo* de la insurrección, de la ruptura, de la prueba de fuerzas definitiva donde se decide la suerte de la revolución y de la contrarrevolución. Ese *tiempo* no es necesariamente un instante, un día o una hora. Tiene una *duración*, durante la cual uno o alguno de esos procesos pueden haber llegado al punto de maduración (y

mantenerse en él) mientras otro u otros aún no lo han hecho. Pero esa *duración* no es ilimitada. Y si esa combinación no alcanza a darse, si falta alguno de los elementos o si la dirección revolucionaria —que en el clímax de la crisis es siempre decisiva— deja pasar ese *tiempo*, ese plazo de duración limitada en el cual se da la combinación óptima posible, por esperar un óptimo absoluto que nunca llegará porque los procesos que maduraron antes comenzarán a declinar, entonces toda la revolución estará en peligro y las clases dominantes, hasta poco antes a la defensiva, podrán retomar la iniciativa y restablecer su dominación bajo nuevas formas. Ése es el sentido de las anotaciones de Engels en 1848 cuando decía que en el momento decisivo el partido revolucionario está obligado a jugarse el todo por el todo, cualquiera sea el desenlace; y, sobre todo, es el sentido de los apremiantes mensajes de Lenin en septiembre y octubre de 1917 urgiendo al Comité Central bolchevique a fijar el momento de la insurrección, porque semanas después ese momento habría pasado por largos años y habría que comenzar todo de nuevo.

Son útiles, a veces indispensables, los manuales de carpintería o de motores. Pero el oficio del carpintero, su "saber", está en el tacto de la madera o en la presión muscular precisa de la herramienta, como el del mécanico está en el oído de los sonidos y los ritmos del motor o en el toque con que ajusta una u otra pieza. Ningún manual puede otorgarlo. Ese saber inexpropiable porque renace bajo otras formas en las nuevas calificaciones, ese saber por el cual la mano es cerebro y el músculo pensamiento, es el tipo preciso de saber de la dirección revolucionaria, el que le permite medir los ritmos de la crisis y tomar el pulso de las masas y de su propio partido sin confundir uno con el otro, palpar sus sentimientos, acordar las propias decisiones con la maduración objetiva del proceso en la conciencia de las clases enfrentadas, y

comprender en cada momento que no es ella, la dirección, sino las masas, el sujeto por excelencia de la revolución.

Con todos los riesgos de error implícitos en la distancia de los acontecimientos, en el desconocimiento de hechos o de terrenos, en las insuficiencias o inexactitudes de la información disponible y, sobre todo, en las limitaciones de comprensión del autor, son los criterios hasta aquí expuestos los que han servido como guía para los sucesivos artículos sobre el curso y los ritmos de la crisis salvadoreña que componen la parte central de este libro.

Del conjunto de los materiales aquí reunidos, surgen algunos aspectos relevantes para la lucha de clase en América Latina. Se puede hacer de ellos una enumeración sucinta y no exhaustiva:

- La combinación entre lucha económica, lucha política y lucha armada que se ha ido articulando en el curso de la revolución, en la cual cada una de esas luchas asume aspectos de las otras sin perder los propios.
- La articulación, en consecuencia, entre sindicato, partido y guerrilla, que se va realizando naturalmente en la conciencia y en las formas de organización de las masas y va creando una capacidad de movilización y de acumulación de medios materiales de combate difícilmente alcanzable sin esa combinación.
- El carácter preinsurreccional obligado de las huelgas (que no hay que confundir con la insurrección, con la cual, como repiten los clásicos del marxismo, *no se puede jugar*), carácter que se presenta en las formas de ocupación de fábricas, desarme inmediato de las guardias patronales existentes en las empresas, organización de milicias obreras de autodefensa

para proteger el movimiento, recurso inmediato a la movilización del barrio para rodear la fábrica y asegurar la solidaridad, relación con la actividad militar de las organizaciones político-militares, contenido revolucionario objetivo de las demandas económicas y democráticas y conciencia explícita de ese contenido en la comprensión de los trabajadores, que la expresan inequívocamente en sus formas de organización.

- La recuperación e integración, en la combinación de formas de lucha, de experiencias clásicas del movimiento obrero marxista, anarcosindicalista, sindicalista revolucionario y anarquista, en cuanto a la formación de milicias obreras y campesinas y a la utilización revolucionaria de la autodefensa armada de los trabajadores, que permite articular la organización sindical, propia y natural de los trabajadores, con las organizaciones militares partidarias cuando el nivel del proceso así lo permite y lo exige.

- La combinación específica de la organización política, el partido revolucionario, y la organización militar, en las organizaciones político-militares, tanto en sus programas como en su capacidad de acumular medios de lucha armada y asegurarse los recursos logísticos sin los cuales los programas, en la situación salvadoreña, no pasarían de formulaciones propagandísticas.

- El desarrollo explícito de dos concepciones políticas fundamentales: el carácter socialista de la revolución, no como un acto único e instantáneo sino como un proceso permanente, que deja atrás la concepción de las etapas separadas y el carácter centroamericano del proceso revolucionario como su forma nacional específica.

- La ruptura con el reformismo por un lado y con el foquismo por el otro y la capacidad de recuperar a algunos de los elementos humanos más valiosos provenientes de dichas tendencias.

- La recuperación de la tradición comunista e insurreccional de masas dejada por el movimiento de 1932 y por su dirigente Agustín Farabundo Martí, una de las grandes figuras del marxismo latinoamericano.

- La forma específica de la crisis militar entre el sector "reaccionario" y el sector "reformista" del ejército en la cual, gracias a la política de no conciliación de las fuerzas revolucionarias, va apareciendo claro a los ojos de las masas, en el desenvolvimiento del proceso mismo, el carácter reaccionario del conjunto de la institución militar y su función de sostén de los intereses y de la dominación de las clases dominantes.

- La función globalmente reaccionaria de ese partido "popular" que es la democracia cristiana, que en este momento se presenta mucho más evidente en El Salvador que en cualquier otro país latinoamericano; y, al mismo tiempo, el papel político todavía no agotado del Partido Demócrata Cristiano, utilizando instrumentos de mediación como la reforma agraria limitada (pero no totalmente inexistente, como también la hizo Frei en Chile en 1964-70 o la DC italiana en la segunda posguerra) e instrumentos políticos como sus relaciones con la democracia cristiana internacional y sus proyectos latinoamericanos. El Partido Demócrata Cristiano espera reactivar ese papel político, con el apoyo de Estados Unidos, en caso de reflujo de la revolución. Pero, como lo atestiguan sus escisiones en su primer

año de participación en la Junta militar, sufre un desgaste que puede destruir definitivamente todo porvenir político de esta tendencia incluso en caso de que la victoria de la revolución se postergara.

La crisis en la Iglesia católica como institución, una parte de la cual es arrastrada por la incorporación de las masas católicas al movimiento revolucionario y toma partido activamente por la revolución: el caso del arzobispo Oscar Arnulfo Romero, jefe de la Iglesia salvadoreña hasta su asesinato por la contrarrevolución, es paradigmático de esta evolución. Esto muestra al Partido Demócrata Cristiano oficial mucho más ligado a la política general de ese centro mundial de la conservación y la reacción que es el Vaticano, que a la misma jerarquía católica local cuando ésta ve con simpatía la revolución o simplemente se opone a la represión.

Las formas modernas y combinadas de la intervención directa, cotidiana, de Estados Unidos en la crisis salvadoreña, a través de la actuación personal de su embajador, que actúa cada día hasta en decisiones menores como un político salvadoreño más, representante del "partido estadounidense"; el adiestramiento de oficiales, torturadores y otros especialistas de las fuerzas represivas en escuelas militares de Estados Unidos, como la de Fort Gulick (Panamá); la asesoría directa, en el lugar, de oficiales estadounidenses; los suministros de armas; la inyección permanente de dinero para sostener a la Junta con créditos de diversos tipos; la colaboración de los servicios de inteligencia del Pentágono, la CIA y otras agencias estadounidenses, así como de sus bancos de datos, tanto en El Salvador como en el exterior. Estados Unidos está directamente involucrado en la guerra civil salvadoreña, más todavía

que en Nicaragua en su momento, y la amenaza de intervención directa de sus fuerzas no sería así más que una escalada —cualitativamente superior— en la intervención ya en curso. Esto significa que la victoria de la revolución salvadoreña no será solamente la victoria sobre los aliados de Estados Unidos, sino sobre un proyecto imperialista que tiene como eje político actual a la democracia cristiana y que es *el* proyecto de dominación de Estados Unidos en alianza con las clases poseedoras locales, burgueses y terratenientes. Se explica así la variedad de recursos —superiores a los de la burguesía local y su bien preparado ejército— de que dispone todavía la contrarrevolución, y su capacidad de resistencia frente a una revolución cuya capacidad de movilización de masas y cuyos recursos humanos y materiales superan ya los márgenes con que movimientos similares han logrado triunfar en el pasado. También en esto hay una vietnamización del proceso salvadoreño.

Muchas de estas conclusiones están registradas en "Primeras enseñanzas de la revolución salvadoreña", editorial de la revista *Coyoacán*, en cuya elaboración colectiva participé. Agradezco a los compañeros del comité de redacción de la revista la autorización para incluirlo en este volumen.

En cuanto a la tradición revolucionaria e insurreccional de El Salvador, así como a la evolución económica y política a través de la cual maduraron las condiciones para el actual proceso, el ensayo *El Salvador, el eslabón más pequeño*, de Rafael Menjívar Larín, dirigente del Frente Democrático Revolucionario, ofrece una explicación concisa y convincente, al mismo tiempo que fundamenta las razones para el optimismo revolucionario. Agradezco al compañero Menjívar la autorización para incluir

en esta edición dicho ensayo, sin el cual este libro quedaría notoriamente incompleto. Solamente haciendo un esfuerzo por adentrarse en los rasgos específicos de la historia, la economía, el Estado y las clases de El Salvador se puede comprender la *originalidad de la revolución salvadoreña* y en consecuencia generalizar sus enseñanzas. Es lo contrario de presentar sus experiencias como modelo para imitar acríticamente o, en el polo opuesto, declararlas intraducibles para cualquier otra realidad social latinoamericana.

Dos secciones más completan el libro.

Una, sobre Bolivia, constituye un primer balance del cierre del ciclo de una de las revoluciones más profundas de este siglo en América Latina, superior en sus inicios a la salvadoreña en cuanto a participación de masas, movilización obrera, armamento y organización del proletariado, pero carente después de partido obrero dirigente y encerrada en la ideología nacionalista de su dirección que la condujo al retroceso y al desastre.

El escrito que integra la otra sección analiza en qué condiciones se plantea la reorganización del movimiento obrero en América Latina al comienzo de la década de los años ochenta y cuál es la relación existente entre la fuerte tradición de organización sindical y la ausencia de partido obrero de masas y de programa socialista en una serie de países latinoamericanos. En las formas y los procesos de *autorganización obrera* indica uno de los elementos determinantes —no el único— para que el movimiento obrero, a partir de sus propias tradiciones de organización y lucha sindicales, conquiste su independencia de clase frente al Estado, haga suyo el programa socialista y se organice en partido.

Que es donde la generalización de las experiencias de la revolución salvadoreña, si se comprenden sus características específicas y se las sabe traducir al lenguaje universal de la lucha de clases, tiene mucho que tras-

mitir tanto a Centroamérica y el Caribe como al resto de los países latinoamericanos.

ADOLFO GILLY
OCTUBRE DE 1980


GUATEMALA
Guatemala
HONDURAS
Tegucigalpa
NICARAGUA
Managua
COSTA RICA
EL SALVADOR
Santa Ana
Cojutepeque
Ahuachapán
Sonsonate
Santa Tecla
San Salvador
San Vicente
San Miguel
Golfo de Fonseca
MÉXICO
EL SALVADOR

II. El Salvador: el eslabón más pequeño

RAFAEL MENJÍVAR L.*

*Economista y sociólogo salvadoreño, ex rector de la Universidad de El Salvador, actualmente dirigente del Frente Democrático Revolucionario. Este ensayo fue publicado en *Le Monde Diplomatique en español*, septiembre de 1979, con el título de "El Salvador, el pulgarcito de América".

MANIFESTACIONES que desafían a las balas, balas que desafían manifestaciones; tomas de embajadas, tomas de iglesias; buses quemados, "sistemas radiales de buses"; asesinatos en plena vía pública, asesinatos clandestinos; ofensiva de las organizaciones político-militares; un sistema judicial testigo mudo de la violencia; medios de comunicación que cotidianamente realizan la acción de informar, pero cuyo contenido no informa; persecución sindical, persecución religiosa. . .

Es un informe proveniente del interior de El Salvador. La crisis del aparato del Estado y de los partidos en el poder ante su pérdida definitiva de "credibilidad", y ante el crecimiento de una protesta generalizada y combativa del pueblo, ha puesto a la defensiva al Departamento de Estado norteamericano, que busca alianzas, el remplazo del gobernante o el golpe militar, esto último como medida extrema y desesperada.

Entre tanto, importantes inversiones industriales extranjeras cierran sus plantas y se trasladan, en medio de la fuga de capitales y la emigración de contingentes familiares de la alta burguesía, a Miami. El derrumbe de Somoza y el triunfo sandinista en Nicaragua es el argumento sin respuesta.

La prensa norteamericana se hace eco de todos los presagios del derrumbe. ¿Es el periodismo ávido de la

noticia sensacional o, en el fondo, una jugada política, para preparar el terreno dentro de Estados Unidos, para una intervención abierta?

Por parte de quienes buscan en El Salvador el golpe militar, y que son en definitiva los herederos de la espantosa masacre del 32, la respuesta a la pregunta debiera ser la que los favorece. Pero no están seguros. Las posturas en Washington están divididas, reproduciéndose el problema que se planteó ante la insurrección sandinista en Nicaragua. Y, frente al desenlace nicaragüense, el temor cierto a la propagación del incendio a toda Centroamérica no salva las inmensas dificultades y la imprevisibilidad de las consecuencias de un retorno a los viejos métodos, al viejo juego, a lo que fue Guatemala o la República Dominicana. La OEA es otra. Panamá es otra. Ya se sabe los términos en que se sitúa México. Y Cuba no estaría, por lo que sea su natural actitud discreta, tan atada de manos ante la eventualidad de una conflagración semejante.

Pero tampoco es posible la traslación mecánica de la explicación del proceso revolucionario nicaragüense a la coyuntura salvadoreña, desconociendo una historia y un proceso de politización y lucha totalmente diferentes. La idea de que en pleno vacío se hubiese producido una explosión en todo el Istmo, sólo anota la simultaneidad de la maduración de unos procesos que se ignoraban.

En fin, el que la América Central se adelante —con Nicaragua, el Salvador y Guatemala— junto al Caribe —con Cuba— en el conjunto del mundo latinoamericano, no es —como la han señalado ya muchos[4] — tan inexplicable. Precisamente porque el tipo de desarrollo capitalista

[4] G. Cyril James, *The Black Jacobins*, Apéndice: "From Toussaint Louverture to Fidel Castro". También Agustín Cueva, *El desarrollo del capitalismo en América Latina y la cuestión del Estado. Apuntes para una discusión*, México, 1979 (mimeo).

de la región ha acumulado por décadas una constelación muy particular de contradicciones insalvables, que terminan por convertir a estos países en verdaderos *eslabones débiles* de la cadena imperialista mundial: puntos de "condensación", en donde a las contradicciones actuales del capitalismo se suman las de fases e instancias anteriores, incluyendo las enormes secuelas del precapitalismo, y en donde la propia cuestión nacional no ha sido todavía resuelta en razón de la misma situación colonial, semicolonial o de dependencia a secas.

En la presente crisis del capitalismo, esas contradicciones se han profundizado, y las formas de dominación fundamentadas en la fuerza más que en el consenso, que han caracterizado en mayor o menor grado a la casi totalidad de los países centroamericanos, se han encontrado enfrentados a organizaciones revolucionarias que, después de un largo proceso político, han logrado decantar múltiples experiencias y formas de lucha no sólo de la región sino de otros países del continente.

Por otra parte, si se considera el papel que tanto Centroamérica como el Caribe han jugado y juegan en la estrategia de dominación del imperialismo, lo que ahí sucede se revierte como elemento muy importante en el proceso revolucionario latinoamericano. En este sentido es interesante registrar los bruscos virajes que la política trilateral ha venido dando, en un tiempo un poco menor de tres años, desde los esquemas trazados en 1976, a partir de una valorización decreciente de América Latina por parte de Estados Unidos, todo ello en base a consideraciones económicas y a la "*ausencia de peligros ciertos de propagación de experiencias socialistas o radicales en el área*".[5]

[5] Luis Maira y Carlos Rico, "Estados Unidos y América Latina" en: *Cuadernos semestrales del CIDE*, No. 1, México, 1977.

GABRIELA Mistral bautizó cariñosa y alegóricamente a El Salvador como "el Pulgarcito de América": escasos 20 mil kilómetros cuadrados y cerca de 5 millones de habitantes.

Su población, en sus orígenes una simbiosis de pipiles —inmigrantes toltecas— y mayas, en el tiempo de la independencia era, a diferencia del resto de los países centroamericanos, en su casi totalidad mestiza. Prácticamente sin una frontera agrícola en ese momento, el problema de sobrepoblación que ya entonces se sentía se vio agravado por la posterior expropiación de ejidos y comunidades, hasta llegar a la densidad actual de 250 habitantes por km^2, varias veces mayor que la de cualquier otro país latinoamericano continental.

Superado el primer período republicano, llamado, como en muchos países de la América Latina, de "anarquía", en la segunda mitad del siglo pasado el desarrollo salvadoreño asumió características propias que diferenciaron al país en la región centroamericana.

Un primer aspecto diferenciador fue la velocidad e intensidad de la llamada "reforma liberal". En apenas treinta o cuarenta años se modificó totalmente la estructura económica colonial, íntimamente ligada a la explotación del añil. El 40 o 50% del territorio, cubierto por ejidos y comunidades indígenas, se convirtió en propiedad privada, en su mayoría concentrada en manos de los cafetaleros y hacendados tradicionales. Contrasta la velocidad del proceso con la relativa lentitud que él tuvo en el caso guatemalteco, su discontinuidad —por la intervención militar norteamericana— en el caso de Nicaragua, o su precariedad, a consecuencia de los "enclaves", en el caso hondureño. El proceso se encaminó —dada la escasa significación de la propiedad eclesiástica— contra la tierra de productores directos, mientras

en Guatemala y México, para poner dos ejemplos cercanos, se dirigió primero contra los bienes de "manos muertas".

Esto permite explicar el relativamente rápido avance de las relaciones mercantiles y capitalistas de producción, el acelerado desarrollo del proletariado y semiproletariado rurales; la presencia de un amplio y flexible ejército laboral de reserva; el problema de sobrepoblación y las constantes migraciones, especialmente a Honduras. A ello se agrega la consolidación de una oligarquía muy fuerte y la intensidad de una lucha de clases que se manifestará en todo su rigor en el movimiento insurreccional de 1932.

No se dan los enfrentamientos entre "liberales" y "conservadores" que se conocen en Guatemala, pues la prolongación de la economía semindustrial añilera hasta 1872, en desarrollo paralelo con la economía agroexportadora cafetalera, hace coincidir los intereses de unos y otros: un elemento más para explicar el monolitismo —una vez resuelto el problema de las oligarquías provinciales— de la clase dominante.

El Salvador no es un país bananero, ni hay enclaves mineros. La ausencia de enclaves se debe fundamentalmente a su ubicación geográfica en el Pacífico. La inversión extranjera es de relativamente poca significación hasta mediados de este siglo.

En cifras, en 1897, el total de inversiones norteamericanas en la región ascendía a 4.4 millones de dólares, y ninguna se ubicaba en El Salvador; en 1908, la parte correspondiente a El Salvador, en el total, era de 5.7%; en 1914, era del 8.6%; en 1919, el 13.3%, y en 1929, ascendiendo el total a 80.6 millones de dólares, El Salvador participa sólo con el 12.3%. Y esta situación se mantiene hasta 1944, ya que el dictador Hernández Martínez, en los trece años que gobierna, se niega a aceptar ningún crédito.

until 1944 - no

little foreign investion

bananas

La no existencia de enclaves permite también cierta articulación interna de su economía, en contraste particularmente con lo que se da en Honduras. Esto también favorecerá la definición de las clases y sus fracciones.

La historia económica y política de El Salvador es, pues, en gran medida, la historia de un proceso social interno. El Salvador es el eslabón más pequeño y protegido del tramo centroamericano de la cadena. Ésa es su apariencia, que oculta la fuerza de su proceso social. De ahí lo acertado de su apodo poético de "Pulgarcito".

Las primeras manifestaciones, relacionadas con el proceso de expropiación de las tierras comunales, son verdaderas *jacqueries*, en 1872, 1875, 1885 y 1898. Sólo en 1922 se producen las primeras huelgas.

Las contradicciones dentro de la oligarquía comienzan a darse en 1911, en torno al claro desplazamiento del eje imperialista, de Inglaterra a Estados Unidos y Alemania, y a la diversificación del aparato productivo. En un período marcado en varios países cercanos por los magnicidios y desplazamientos del poder, el asesinato del presidente Araujo en 1913 —tan explicable como el desplazamiento de Zelaya en la vecina Nicaragua, por su lucha contra los intereses canaleros de Estados Unidos— permite la entronización de la llamada "dinastía" Quiñonez-Meléndez (1913-1931), en la que se alternaron Quiñonez y Meléndez, fracción norteamericanizante que está en conflicto con el sector agroexportador tradicional. En este conflicto interno de la clase dominante se apela a artesanos, asalariados y campesinos, prometiéndoles tierras y mejoras salariales.

Así, los intereses encontrados, de hegemonía y lucro, de los poseedores aceleran los procesos de toma de conciencia y organización de los desposeídos, hasta el momento de la crisis mundial.

Por lo demás, como señalara el escritor Roque Dalton, a nivel de "cultura nacional" las clases explotadas han ido integrando su tradición comunitaria y, simultáneamente, revolucionaria agrarista, con una visión antimperialista reforzada principalmente por los "ecos" de la Revolución Mexicana, de la Revolución Rusa y de la lucha de Sandino contra los *marines*. Sumándose a lo que él mismo llama el carácter embrionario, caótico y atrasado del proceso de toma de conciencia revolucionaria de los militantes marxistas del país.

En la década del 20, a partir de la descomposición del artesanado, del campesinado, del reforzamiento del movimiento obrero, del proletariado y semiproletariado rurales, y la fundación en 1924 de la Regional de Trabajadores de El Salvador, hasta la fundación en 1930 del Partido Comunista, se catalizan todos los elementos del enfrentamiento de 1932.

En 1932, la Regional de Trabajadores alcanzaba unos 75 mil afiliados y un amplio radio de influencia.

Ya en 1931, golpeado el país por todos los efectos que en la mayor parte de la América Latina tuvo la crisis mundial, el presidente Arturo Araujo, que accede al poder en las únicas elecciones libres que ha conocido el país, se mueve en un vacío absoluto de poder, sin lograr cumplir con las promesas hechas a obreros y campesinos y teniendo que enfrentar la abierta hostilidad de la oligarquía, que veía en él un peligro mayor que en el candidato de la dinastía Quiñonez-Meléndez. Abandonado por ambos sectores de poder, sin cuadros burocráticos, con una oposición creciente del Partido Comunista y de la pequeña burguesía, cae en diciembre de ese año bajo un golpe militar que instituye primero un Directorio, tras el cual está un general, Maximiliano Hernández Martínez, ex candidato a la presidencia contra Araujo y posteriormente su ministro de Defensa.

Hernández Martínez, que gobernará hasta 1944, parece ser el hombre elegido. Asume la presidencia enfrentando la oposición del laborismo, encabezado por Araujo, que pretende una invasión desde Guatemala, la oposición del Partido Comunista que ha calificado la situación como revolucionaria y se encamina al asalto del poder para implantar una democracia burguesa hegemonizada por el proletariado, la crisis económica, la falta de reconocimiento internacional, especialmente de Estados Unidos, atrapado en el Tratado de Washington de 1923 contra los gobiernos centroamericanos surgidos de golpes militares, y la falta de apoyo social, no obstante el renuente beneplácito de la oligarquía por el derrocamiento de Araujo.

Pero H. Martínez —como él firmaba—, conocedor de la situación insurreccional en marcha, desarrolla todo un abanico de acciones provocativas, desde el fraude electoral y el encarcelamiento de candidatos y dirigentes políticos hasta la disolución violenta de las manifestaciones. Y, al mismo tiempo, concede la legalización del Partido Comunista y su participación electoral, haciéndolo salir a la superficie.

La debilidad orgánica del Partido Comunista recién fundado es grande. Es una organización sobrepasada por las masas. Pero es consecuente. Ha señalado ya fecha para el levantamiento, en medio de grandes discusiones sobre, incluso, la necesidad de detenerlo ante el evidente conocimiento del gobierno.

La suerte está echada, y el levantamiento se realiza el 21 de enero de 1932.

La insurrección dura pocas semanas y se concentra especialmente en la zona centroccidental del país. Se crean *soviets* en los principales centros insurreccionales.

A la postre, todo indica que las acciones represivas de Hernández Martínez, siempre limitadas antes del levantamiento, estuvieron dirigidas más que por el afán de hacer imposible la insurrección, por la intención precisamente de precipitarla, para aplastarla con un golpe seco y abrumador, y consolidar así, definitivamente, su poder.

Anticipando lo que se daría 47 años más tarde en Nicaragua, tanto las guardias blancas o grupos paramilitares organizados por los cafetaleros como el ejército fusilarían *in situ*, de acuerdo con un decreto de Maximiliano Hernández, a los hombres mayores de 18 años que no portaran la "cédula patriótica".

Si las operaciones en el momento del levantamiento arrojaron un número de muertos cercano a los 4 mil, en las tres semanas posteriores, ya dominada la rebelión, ese número asciende verticalmente, por la masacre de los campesinos, a 30 o 40 mil, o sea, un 4% de la población.

Cientos de miles de campesinos huyen a los países vecinos, especialmente a Honduras, país montañoso tres veces mayor que El Salvador y con una población que es la mitad de la salvadoreña.

El beneplácito de Estados Unidos ante esta batalla librada contra el "comunismo", lo hace pasar por sobre el tratado que él había forzado en 1923 para reconocer a Hernández Martínez, dando paso a la entronización de las tiranías militares en Centroamérica que garantizarían definitivamente sus intereses.

Hernández Martínez, personaje digno de la pluma de Asturias, Roa Bastos, Carpentier y García Márquez,

establece su permanente reelección mediante una reforma constitucional cuyo considerando dice: "*por esta ultima vez. . .*"

El movimiento obrero está terminado legal y físicamente, permitiéndose sólo la existencia de mutuales dirigidas por los patronos, y en 1935 el presidente crea el partido oficial "Pro-Patria" con la burocracia estatal y con elementos de las capas medias, especialmente profesionales.

La dictadura de Hernández Martínez coincide con la de Ubico en Guatemala (1931-1944), con la de Anastasio Somoza García en Nicaragua y con la de Tiburcio Carías Andino en Honduras (1933-1949), y su carácter represivo total es el mismo: control de la prensa, control del movimiento de la población —mediante las famosas "Cédulas de Defensa Patriótica Nacional"—, Ley Agraria a favor de los terratenientes, prohibición hasta de la palabra "sindicato", y un desarrollo sin precedente del ejército.

Roque Dalton escribió: "*Todos los salvadoreños que hemos nacido después de 1932, hemos nacido medio muertos, medio vivos*". 1932, en efecto, es el fantasma que recorre El Salvador.

"*Nada es igual con 30 mil muertos a espaldas de cada salvadoreño.*"[6]

A partir de entonces, la clase dominante se convirtió en una "*burguesía cretina, con vocación suicida*";[7] cualquier expresión de inconformidad de las clases dominadas es reprimida, sin la menor proporción, por el

[6] Roque Dalton, *Historias prohibidas de El Pulgarcito*, México, Siglo XXI, 1976.

[7] Mario Salazar Valiente, "Los últimos cincuenta años de la historia salvadoreña". En: *Cincuenta años de historia latinoamericana*, coordinado por Pablo González Casanova, vol. II, en prensa. México, Siglo XXI, 1979.

aparato militar a su servicio. Su filosofía es "todo o nada". Su ideología no se diferencia de las argumentaciones del general Maximiliano Hernández Martínez, algunos de cuyos pasajes antológicos es imposible no reproducir:

Es bueno que los niños anden descalzos. Así reciben mejor los efluvios benéficos del planeta, las vibraciones de la tierra. Las plantas y los animales no usan zapatos. . .

Los biólogos sólo han descubierto cinco sentidos. Pero en realidad existen diez: hambre, sed, procreación, micción y movimiento intestinal, son los sentidos no incluidos en la lista de los biólogos.

Es un crimen más grande matar a una hormiga que a un hombre, porque el hombre al morir se reencarna, mientras que la hormiga muere definitivamente.[8]

El aspecto de alucinación literaria y de folclor de este tipo de dictador, tantas veces repetido, permitió a las clases cultivadas en todo el Occidente escudarse en su conciencia frente al hecho terrible de su criminalidad genocida, y de la congruencia de esa criminalidad con las razones heladas de la explotación y de la fuerza blandidas en todas partes por la empresa de las metrópolis. De allí las imágenes de las "repúblicas bananeras", de las "repúblicas de opereta", de las "repúblicas tropicales". Como un biombo decorativo, estos juicios alegres o maliciosos ocultaron la historia y la lucha heroica de los pueblos centroamericanos. Ni le bastó al Occidente la opereta mayor de Hitler (*El gran dictador* de Chaplin) para percibir el fondo del problema. Incluso en la América Latina, los países más orgullosos de su desarrollo político y cultural tendrían que esperar su turno para comenzar a comprender.

[8] Roque Dalton, *op. cit.*,

Martínez es derrocado en 1944 por un movimiento de la burguesía industrializante. El Partido Comunista participa débilmente en este movimiento. No logrando articularse, pasa a las tesis etapistas, pacifistas, de apoyo a la transformación burguesa en contra del "feudalismo" de la vieja oligarquía. Propugna el desarrollo armónico y la lucha electoral.

LA GUERRA EN HONDURAS: ¿FUTBOL?

La guerra de El Salvador con Honduras de 1969, llamada —y ridiculizada con ese nombre, congruente con las imágenes de las "repúblicas bananeras"— "la guerra del futbol", no fue, por cierto, una guerra por el futbol, ni fue, como se ha pretendido, la causa de la crisis del Mercado Común Centroamericano, sino un efecto de ella.

En el mapa económico de Centroamérica eran fácilmente distinguibles dos situaciones: por un lado, la de Guatemala y El Salvador, cuyo desarrollo industrial se apoyaba en el mercado que encontraban en los demás países, donde ese desarrollo era menor: Honduras, Nicaragua y hasta cierto punto Costa Rica. Las repúblicas exportadoras de banano y cereales, en donde la United Fruit tenía un interés directo mayor eran, en primer lugar, Honduras, luego Costa Rica, y por último Guatemala.

Ya se sabe: puertos y muelles, la energía eléctrica, los ferrocarriles, tierras, fábricas de aceite, jabón y velas, en el caso de Honduras, los transportes terrestres, teléfonos y telégrafos, distribución de alimentos, formaban el imperio de la *Yunai* (*United*), que a partir del 50 se convierte en una trasnacional que va dejando los "enclaves" para encargarse de la comercialización y transporte

del banano, y operando en otras actividades que van desde supermercados, enlatados y exportación de flores hasta compañías financieras e hipotecarias.

A la United Fruit se suman, en la región, alrededor de ochenta de las cien más importantes trasnacionales norteamericanas, ubicándose particularmente en el sector industrial.

Estos intereses se articulan con los de las burguesías guatemalteca y salvadoreña para conformar lo que en definitiva, a partir de 1960, constituye el Mercado Común Centroamericano.

En ese marco, la burguesía salvadoreña copa con su producción el mercado de Honduras, que continúa siendo fundamentalmente agroexportador, con la excepción de una pequeña burguesía de San Pedro Sula que no logra hacerse un espacio en los marcos del libre comercio.

Honduras se defiende, iniciando una campaña contra los productos salvadoreños, negándose a renovar el tratado migratorio existente, congelando el capital salvadoreño invertido en Honduras, aprobando una Ley de Reforma Agraria en vista a impulsar un nuevo tipo de economía y crear un mercado interior, y, como forma de iniciarla, quitando la tierra y expulsando del país a cientos de miles de inmigrantes salvadoreños, cuyo origen se remontaba a los que huyeron de la persecución contra el campesinado desatada por Hernández Martínez en 1932.

Esto planteó un problema de fondo a la burguesía salvadoreña: se le cerraba, por un lado, el mercado más importante para sus productos industriales, y, por otro, se le cerraba también la "válvula de escape" al problema demográfico del país.

Pero el aspecto más importante de esta guerra entre las burguesías de ambos países, en cuyo juego intervenía

el capital extranjero, fueron sus efectos en los procesos políticos tanto de Honduras como de El Salvador.

En el caso salvadoreño, a pesar de la rápida recuperación que logró su burguesía en lo que se refería a las exportaciones de manufacturas y semimanufacturas tradicionalmente absorbidas por el mercado hondureño, y que ella logra lanzar hacia países europeos y Estados Unidos, se presenta el problema nuevo de controlar una gravísima crisis política.

Entre los factores que llevan a ella, está el impacto político inmediato que significó el retorno obligado de los campesinos y asalariados rurales de las bananeras hondureñas, que ante la falta de cumplimiento de los ofrecimientos del gobierno salvadoreño para brindarles tierra —y quien, por el contrario, los concentra en verdaderos campos de refugiados—, comienzan una serie de protestas y manifestaciones públicas. Por primera vez, desde 1932, vuelve a verse al campesinado invadiendo las ciudades.

Ante ello, el gobierno de Fidel Sánchez los dispersa en todo el territorio, haciéndolos retornar a sus lugares ancestrales de origen con los que ya no tenían nexos. La protesta entonces, y la experiencia de lucha adquirida sobre todo en las bananeras hondureñas, se riegan como semilla en todo El Salvador, sumándose a otros elementos políticos que se están configurando.

Por otra parte, la guerra con Honduras agudiza una lucha ideológica en el seno de la izquierda, y que en el Partido Comunista se había iniciado ya.

El partido oficialista "Pro-Patria", creado en 1935 por Hernández Martínez y que desaparece con él en 1944, para reaparecer metamorfoseado en 1949 con el nombre de Partido Revolucionario de Unificación Democrática (PRUD) y volver a disolverse, había vuelto a aparecer en 1961, con el nuevo nombre de Partido de Conciliación Nacional (PCN).

Hasta la década del 60, la Iglesia es un claro aliado. Su apoyo se hace manifiesto mediante organizaciones como los Caballeros de Cristo Rey, formada por campesinos, y que se articulan con los reservistas organizados por el gobierno en patrullas cantonales, germen de la Organización Democrática Nacionalista (ORDEN), organismo paramilitar creado en la década del 60 y del cual el presidente de la república es comandante general.

Pero también en la década del 60, a raíz del triunfo de la Revolución Cubana y de la lucha contra Lemus, se inicia en el seno del Partido Comunista un viraje, muy fluctuante y paradójico, en su línea de acción. Al adoptarse la lucha armada como forma para la toma del poder predomina en él una concepción "foquista" sobre una "integralizadora" que se pronuncia por una estrategia de luchas paralelas, armada y de masas. Resultado de este proceso interno es la formación, en 1962, del Frente Unido de Acción Revolucionaria (FUAR), que reúne a obreros y capas medias, y que tres años después se va desintegrando, sin haber disparado un tiro. Se llega a una revisión de la línea, aprobando la integralista, pero de hecho volviendo al trabajo sindical, prácticamente abandonado.

El movimiento obrero cobra nuevamente auge, aunque en su seno se reproduce nuevamente la discusión en tor-

no al carácter del trabajo en el mismo. El sector integralista impulsa el movimiento huelguístico, que alcanza sus mayores expresiones en las huelgas de Acero, S.A., en 1965, y en las de transporte y maestros en 1967, que arrastran prácticamente a toda la clase obrera. Ello produce enfrentamientos con la posición anteriormente foquista, que ya ha dejado de serlo y en el momento es claramente "sindicalista", al considerar a esas huelgas peligrosas porque ponen a la clase obrera en oposición frontal con el gobierno, con lo que se arriesga el trabajo de acumulación de fuerzas que ha sido la línea del partido. En tal coyuntura se produce la guerra con Honduras, en la que los sindicalistas apoyan al gobierno. Después de grandes discusiones, se produce el retiro de la minoría que crea las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí (FPL). Es un núcleo obrero. No son antipartido. Al adoptar el nombre de Farabundo Martí, que fuera secretario de Augusto César Sandino y también secretario general del Partido Comunista salvadoreño en la insurrección del 32 —y entonces capturado y fusilado—, reconocen el papel consecuente jugado por el Partido en sus orígenes. Pero sí son antidirección.

Aún no es todo. También en 1970, se forma el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), con elementos cristianos radicalizados de la pequeña burguesía. El ERP se dividirá en 1974, a raíz de divergencias que culminan con el asesinato de Roque Dalton. Aparecen entonces las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN).

El cuadro político de El Salvador hasta 1974 se compone, así, de tres partes bien demarcadas: la constituida por el régimen y expresada en el PCN; la constituida por la izquierda y el centro que forma la Unión Nacional Opositora (UNO), y en la que se alían electoralmente la UDN, la Democracia Cristiana (DC) y el Movimiento Na-

cional Revolucionario (MNR), socialdemócrata; y la constituida por el ERP, las FPL y las FARN.

Este cuadro es el resultado de toda una historia y una lucha; de concepciones de avance y de defensa; de actitudes de oposición y de combate; de alianzas, identificaciones de clases, y recursos a apoyos exteriores; pero desarrolladas no sobre un continuo uniforme sino sobre grandes acontecimientos, como fuera la masacre del 32, y sus secuelas; en las contradicciones internas de un dominio tiránico abocado también él al problema de su sobrevivencia, en base a la represión y a un avance difícil. Nada, pues, más lejano a la imagen fácil de una república bananera sin bananos.

Y, en todo ello, se destaca el surgimiento de ese nuevo elemento perturbador que consiste en la participación de sectores del clero en la organización de movimientos campesinos cristianos revolucionarios. Paso decisivo en la lucha del pueblo, que siempre tuvo que enfrentar una Iglesia monolíticamente conservadora, al servicio de la ideología de la clase dominante. Por lo mismo, esto conmoverá toda la estructura eclesiástica en su interior, hasta el cierre del seminario. Esto llevará también a la persecución de una parte de la Iglesia, a los asesinatos, los exilios, las expulsiones y las torturas.

Las elecciones presidenciales de 1972, de alcaldes y diputados de 1974 y las presidenciales de 1977, puntean el proceso.

En las elecciones del 72, el desmesurado fraude electoral a favor del partido oficial, el PCN, y en contra de la Unión Nacional Opositora (UNO), marca un punto de quiebre definitivo. Porque "*el pueblo derrota a la burguesía en su propio campo, pero al mismo tiempo la burguesía termina derrotando al revisionismo en sus*

aspiraciones electorales".[9] A raíz de tal fraude, un sector del ejército, uniéndose a elementos civiles, intenta un contragolpe. Este movimiento se frustra, entre otros factores, por la participación del Consejo de Defensa Centroamericana (CONDECA), claramente dirigido por Somoza.

Se origina una inmediata represión contra los miembros de los partidos políticos, cuyos directivos son exiliados, a la que sigue, hasta 1975, la ocupación militar y cierre por casi dos años de la Universidad Nacional, la toma de organizaciones sindicales y el encarcelamiento y exilio de sus dirigentes, igual que con las asociaciones gremiales. Se inicia, asimismo, la persecución contra el campesinado y la Iglesia, operaciones que alcanzarán su punto álgido en 1976.

Esas acciones, sumadas al nuevo fraude y represión en las elecciones de 1974, tienen una reacción en el nivel político de gran trascendencia. En efecto, surgen importantes frentes de masa, integrados por alianzas de asalariados, campesinado y capas medias, con diferentes tácticas y estrategias. El primero, el Bloque Popular Revolucionario (BPR), que adopta la línea de lucha popular prolongada, ligando las demandas gremiales a las políticas. Otro, el Frente de Acción Popular Unificada (FAPU), de similar composición. A los anteriores se sumarían en 1977 las Ligas 28 de Febrero.

El gobierno no ignoraba entonces las causas y posibles resultados tanto de la lucha popular, como de las formas feroces de dominación que ha impuesto. Para "soltar presión" y crear condiciones para la introducción del capital extranjero en el sector agrario, emitió el 29 de junio de 1976 un decreto creando un primer pro-

[9] Resistencia Nacional, *Por la causa proletaria*, Costa Rica, sin fecha.

yecto de transformación agraria, que cubría apenas 4% de la superficie del país. El proyecto es fuertemente atacado por la burguesía agroexportadora y defendido, aunque tibiamente ante la composición de fuerzas, por la burguesía industrial, ligada al capital trasnacional.

Molina, que ya ha nombrado a Carlos Humberto Romero como su sucesor, es prácticamente desplazado del poder, mientras este último se constituye en la garantía de que el proyecto no será llevado adelante.

En medio de una fuerte persecución de la Iglesia, la UNO se presenta nuevamente a las elecciones presidenciales de 1977. El fraude y la represión vuelven a repetirse, en medio del estado de sitio nuevamente decretado. El proceso, en medio de los vaivenes de la política Carter, se desarrolla dentro de la mayor violencia de parte del gobierno y de sus órganos militares y paramilitares, que recrudecen en forma especial los cercos contra zonas rurales, que llegan a alcanzar 1000 km^2. Todos estos hechos, sumados a las desapariciones de presos políticos y a los asesinatos, son plenamente comprobados por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA que visita el país en 1978. Desde luego, el informe es impugnado por el gobierno, posición que sin duda mantendrá en la reunión próxima de la OEA, si es que el informe es estudiado.

COYUNTURAS Y PERSPECTIVAS

El año de 1979, en lo que lleva transcurrido, ha sido un lapso en que la lucha de clases se ha recrudecido. Sobre la represión gubernamental la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador ha recogido los siguientes datos de enero a junio: 192 personas asesinadas por causas políticas, 214 encarceladas por las mismas razones, 126

"desaparecidos", sin contar heridos. Esta cifra, según últimos informes, se ha triplicado sólo en el término del mes que corre del 15 de agosto al 15 de septiembre.

Si durante el tiempo anterior a la presente década, y especialmente a los últimos cinco años, la represión, adornada para lo externo con la celebración de "elecciones", permitió el funcionamiento del modelo económico, basado en la explotación de las clases asalariadas y campesinas, el grado de organización y la combinación de las formas de lucha en los últimos tiempos ha derivado en una crisis de ese modelo y en la imposibilidad de montar uno nuevo de acuerdo al cambiante sistema de acumulación de capital. Las huelgas de febrero a abril del presente año en industrias y servicios públicos, con el apoyo activo de las organizaciones y del pueblo en general; las luchas del campesinado que se han manifestado en quemas, tomas de tierra, tomas de ministerios, embajadas, etc.; las demandas salariales de las capas medias; la insurgencia manifiesta de la población en general y los resultados de la lucha político-militar, han quebrado el sistema de dominación y afectado la economía.

Esta situación, que se agrava día a día, ha llevado a la burguesía —coincidiendo con la lucha interna que se desarrolla a nivel de los organismos de poder norteamericanos, especialmente a raíz del proceso nicaragüense— a tomar dos alternativas para mediatizar o destruir el movimiento revolucionario, respectivamente: la "aperturista" o de "democracia restringida" y la de profundización de la represión para terminar con todo movimiento popular.

La primera, que en los últimos tiempos han venido planteando con insistencia los empresarios industriales contra las posiciones de la otra fracción, se vio reforzada por la visita, a principios de agosto, de Viron Vaky

a El Salvador, Guatemala y Honduras, como consecuencia de las posiciones encontradas de la Casa Blanca, por un lado, y la CIA y el Pentágono por otro.

Mientras Vaky sostenía la necesidad de la democratización y calificaba al gobierno de Romero como débil y represivo contra el pueblo, los otros organismos sostenían la necesidad de mantener la ayuda militar a las naciones centroamericanas "*dominadas por regímenes castrenses de derecha*" para evitar una "*nicaragüización de la región*".

Los resultados de la visita de Vaky fueron evidentes a nivel del gobierno salvadoreño. Llama a un "*diálogo nacional*", que desde luego fracasa al ser rechazado por todas las fuerzas. En su último discurso al cumplir dos años de gobierno el general Romero insiste en el diálogo y afirma que

> La Fuerza Armada, consciente de su responsabilidad histórica y firmemente compenetrada de su mística republicana, garantiza a la ciudadanía el derecho constitucional del sufragio en las próximas elecciones. . .[10]

Anuncia la modificación del Consejo Central de Elecciones, da "instrucciones" para que se permita el retorno de los exiliados pero. . . continúa intensificando la represión contra los subversivos, cuyo problema es su "*descomposición moral*".

La respuesta de los movimientos revolucionarios, a la que se suma el Partido Comunista al cambiar su línea táctica y adoptar la vía insurreccional en su último Congreso, a principios de este año, es de rechazo. Se trataría, en definitiva, de mediatizar la lucha popular con procesos electorales en los que nadie cree.

[10] Mensaje presidencial del General Carlos Humberto Romero, 1 de julio de 1979.

Si, como un conocido columnista afirmaba en la prensa mexicana,

> Willy Brandt, en Vancouver, se permitía decir con la sonrisa en los labios "que Carter es, al fin y al cabo, un socialdemócrata, pero subdesarrollado", lo que puede contestarse es que difícilmente la socialdemocracia representa una alternativa para Centroamérica;[11]

para el caso salvadoreño, ello ha de decirse de la democracia cristiana, que por su pasado poder electoral ha sido la alternativa escogida. Si "*la Fuerza Armada*" como ha dicho Romero "*garantiza* [. . .] *el derecho constitucional al sufragio*", como antes lo ha hecho, no se necesita ser muy perspicaz para recordar la experiencia de Julio Méndez Montenegro en Guatemala, que ascendió al poder sólo mediante un pacto con el ejército, que permitió la mayor masacre en la historia de dicho país, no obstante la calidad de "viable" que se le quiso dar a su período.

Eso sobre el supuesto de que el ejército cediera la presidencia, cosa sumamente difícil de esperar después de casi cuarenta y ocho años en el ejercicio de la misma.

La situación, prácticamente de guerra civil, no implica necesariamente resultados inmediatos. Los condicionantes históricos mismos y las características de la lucha de clases plantean una situación distinta a otros países, incluso de la región. Ello obliga a las fuerzas revolucionarias a continuar con decisión, pero con cautela, impidiendo maniobras abortivas que puedan retrasar la lucha por la liberación, por la democracia.

[11] Juan María Alponte, en *Unomásuno*, 8 de agosto de 1979.

III. Primeras enseñanzas de la revolución salvadoreña*

*Editorial de la Revista *Coyoacán*, núm. 9, México, julio de 1980.

La revolución salvadoreña, por una conjunción de circunstancias objetivas y subjetivas, aparece en estos momentos como la punta avanzada y la prefiguración de tendencias que podrán abrirse paso en la revolución latinoamericana en los años venideros. Trataremos de analizar, en lo que sigue, cuáles son esas circunstancias, en qué medida son particulares de El Salvador o de Centroamérica o pueden generalizarse (bajo formas específicas de cada país) a otras partes de América Latina, y cómo pueden influir las primeras enseñanzas de la revolución salvadoreña en el desarrollo previsible de la lucha de clases en los demás países latinoamericanos.

I

En el proceso revolucionario en curso en la República de El Salvador pueden registrarse los siguientes rasgos característicos:

1. el carácter de masas y el carácter armado, combinados, de la lucha revolucionaria;

2. la radicalidad del programa de las organizaciones político-militares que la dirigen y que integran la Coordinadora Revolucionaria de Masas;
3. la participación organizada del proletariado urbano y rural, en alianza con los campesinos, y la influencia de sus métodos de clase que impregnan toda la actividad revolucionaria y culminan, en 1980, con varias huelgas generales;
4. el frente de organizaciones de masas, organizaciones sindicales y tendencias políticas, con un programa antimperialista, agrupadas en el Frente Democrático Revolucionario;
5. la existencia de una Junta militar "reformista" en el gobierno del país como poder represivo al cual se enfrenta la revolución, en lugar de una dictadura militar de tipo clásico;
6. el desarrollo de un proceso específico de acumulación de fuerzas por parte de la revolución, a través de la combinación de acciones armadas, huelgas, huelgas generales, manifestaciones, organización de comités de base de todo tipo (de fábrica, de escuela, de campesinos, de barrios), como parte de una estrategia declaradamente dirigida hacia la insurrección para la toma del poder político.

II

Diversos tipos de organismos se articulan en este proceso y permiten que en él se exprese un contenido a la vez amplio y variado.

Están en primer lugar las *organizaciones político-militares*, cualitativamente diferentes por programa, concepción política y relación entre dirección política y dirección militar, de los focos guerrilleros de los años

sesenta. Estas organizaciones son el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN), las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí (FPL), el Partido Comunista Salvadoreño (PCS) y el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC).

De la actividad política de estas organizaciones, como punto de atracción para fuerzas más amplias, han surgido los *frentes de masas*, cada uno de ellos relacionado, en el mismo orden, con la política de las organizaciones antes mencionadas: las Ligas Populares 28 de Febrero (LP-28), el Frente de Acción Popular Unificada (FAPU), el Bloque Popular Revolucionario (BPR), la Unión Democrática Nacional (UDN) y el Movimiento de Liberación Popular (MLP). Son estos agrupamientos los que integran desde principios de 1980 la *Coordinadora Revolucionaria de Masas* (CRM).

Por otro lado, forma parte integrante de estos frentes una parte importante de las *organizaciones sindicales*, obreras y campesinas, que desarrollan así una actividad sindical y política y dan una base de clase y de masas organizada a dichos frentes.

Esta base de masas se completa, en el último período, con la constitución y el desarrollo de *comités populares* de diverso tipo en fábricas, lugares de trabajo, barrios, pueblos, zonas campesinas, que reúnen para las tareas de la revolución y para las luchas democráticas a los sectores más extensos de la población, incluidos o no en las anteriores organizaciones.

Finalmente, las organizaciones que integran la Coordinadora Revolucionaria de Masas, en cuyos programas figura el socialismo como objetivo de su lucha, aunque sus tácticas difieran, se han unido con tendencias democráticas y antimperialistas, no socialistas, para constituir el *Frente Democrático Revolucionario*, que ha adoptado como programa el de la Coordinadora.

El último paso de este proceso de coordinación, agrupación y centralización de fuerzas ha sido la constitución en junio de 1980 del mando único de las organizaciones político-militares, la *Dirección Revolucionaria Unificada* (DRU).

Es importante comprender cuál es la racionalidad de este proceso, que parte de una situación de división y enfrentamiento de las organizaciones revolucionarias para culminar en una unidad centralizada y articulada de todas sus fuerzas, sin que ninguna de ellas pierda su fisonomía política y organizativa ni su programa.

III

En el curso de los años setenta, bajo el impulso de los cambios ocurridos en la economía y la sociedad salvadoreñas y de la maduración de experiencias acumuladas por las tendencias revolucionarias, tiene lugar lo que podemos llamar un *proceso de doble ruptura* de éstas: con el reformismo por un lado, con la concepción militarista de la revolución, por el otro. Este proceso no es homogéneo, rectilíneo, completo ni sigue las mismas fases en todas las tendencias. Pero, aun a riesgo de simplificar, pueden verse en él algunos rasgos definitorios y algunos factores determinantes comunes.

Medio siglo de dictaduras, con muy breves intervalos, ha dominado la sociedad salvadoreña desde la derrota de la insurrección de 1932 y el fusilamiento de su dirigente, el fundador del Partido Comunista, Agustín Farabundo Martí, y sus dos compañeros Luna y Zapata. Pero aquel episodio sangriento, donde fueron masacrados decenas de miles de trabajadores, dejó una huella profunda en la conciencia de los explotados. Cubierta por los efectos de la derrota, por decenios de dictaduras

y por la degeneración stalinista-reformista de los partidos comunistas, esa huella vuelve a aparecer cuando la crisis del Estado dictatorial —que es la forma política de la crisis del viejo patrón de reproducción del capital en El Salvador y Centroamérica particularmente a partir de la segunda mitad de los años setenta— y el crecimiento del proletariado urbano y rural plantean, a la vez, las condiciones para una crisis de la sociedad salvadoreña en su conjunto y algunas de las premisas básicas para su solución revolucionaria.

En otras palabras, así como la tradición antimperialista y guerrillera de Sandino volvió a tomar cuerpo en la crisis revolucionaria en la cual fue derribada la dictadura de Somoza, el fantasma de la insurrección comunista de masas de 1932 es el que se encarna nuevamente en la crisis de El Salvador a partir de la memoria histórica de sus clases trabajadoras.

Esto sucede, además, a partir del hecho, generalmente conocido, del desarrollo de un proletariado relativamente numeroso entre los cinco millones de habitantes que pueblan el pequeño territorio salvadoreño (20 mil km^2), debido en particular al tipo de economía agroexportadora centrada en el cultivo del café concentrado en un reducido número de grandes propietarios, y el crecimiento reciente (en los últimos quince años) de un nuevo sector industrial.

Dos elementos cruciales intervienen, a partir de allí, en lo que llamamos proceso de doble ruptura de las tendencias revolucionarias.

a) En lo económico, el Mercado Común Centroamericano favorece, en los años sesenta, un desarrollo importante de la industria salvadoreña y de la guatemalteca, que penetran en los mercados de Nicaragua y Honduras particularmente. Este desarrollo produce, como hemos dicho, un crecimiento del proletariado

industrial, y entra en crisis junto con la crisis del Mercado Común, la cual a su vez se abre conjuntamente con el giro mundial de fines de los años sesenta y el inicio de un período prolongado de tonalidad recesiva en las economías imperialistas.

b) En lo político, la crisis del Mercomún se presentó bajo la forma específica de la llamada "guerra del futbol", en 1969, cuando ambas burguesías —hondureña y salvadoreña— tomaron como pretexto los incidentes de un partido de futbol para arrastrar a sus pueblos a una guerra en la cual la burguesía hondureña defendía su mercado de la penetración de los productos de El Salvador y la de este país quería, a su vez, salvaguardar las condiciones que le permitían la conquista de ese mercado.

El primero de estos dos elementos determinó, como decimos, un crecimiento del proletariado y de sus organizaciones sindicales; una crisis interburguesa entre el viejo sector dominante de la oligarquía cafetalera y el nuevo sector burgués industrial (cuyos capitales provenían en parte también de dicha oligarquía) desarrollado en las nuevas condiciones; y una crisis bélica con la burguesía hondureña que marcó el fracaso del Mercomún y, en consecuencia, la agudización de la disputa interburguesa que el auge inicial del MCCA ya había abierto en el seno de las clases dominantes salvadoreñas.

El segundo elemento, la llamada "guerra del futbol", provocó además una crisis en la izquierda y en las tendencias nacionalistas, ya que tanto éstas como el Partido Comunista Salvadoreño apoyan al gobierno de El Salvador en su aventura militar contra Honduras y son arrastrados por su campaña *chauvinista*. Es decir, la "guerra del futbol" pone en crisis a todos los reformis-

mos, al presentarlos asociados con su burguesía en una empresa que resulta desastrosa para las masas.

Allí se origina la primera ruptura de importancia en el PCS, en donde un ala ligada a los sindicatos y marcada por las viejas tradiciones insurreccionales de 1932, rompe y constituye las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí. Por otra parte, la misma crisis política de ese período estimula la radicalización de un sector de la pequeña burguesía, proveniente de tendencias cristianas, del movimiento estudiantil y de intentos guerrilleros anteriores, que constituyen el Partido de la Revolución Salvadoreña y su organización armada, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

Esta ruptura con el reformismo —comunista, nacionalista y cristiano— está impregnada todavía de foquismo y de concepciones militaristas de la revolución. Las dos organizaciones se proponen romper con el Estado, organizarse fuera de él, y por eso toman las armas; pero se constituyen también al margen de una ligazón con el movimiento de masas, el cual permanece controlado por los sindicatos y centrales ligados al Estado.

La ruptura progresiva con la concepción militarista (que no nos proponemos reseñar aquí) se produce por la influencia de varios factores, entre los cuales tiene un lugar importante la influencia de la experiencia de Vietnam donde el partido combina la lucha militar con la organización de frentes de masas. La victoria de la revolución vietnamita en abril de 1975 y su desarrollo ininterrumpido como revolución socialista tienen indudablemente un efecto muy grande en las concepciones políticas de organizaciones que desde tiempo atrás buscaban asimilar las enseñanzas militares de la guerra popular de Vietnam. Esta ruptura, sin embargo, se opera a través de un accidentado proceso de discusión política y crisis interiores, uno de cuyos incidentes más trágicos es el asesinato de Roque Dalton.

En este proceso se produce en 1974 la escisión del ERP, del cual se separa el sector que constituye las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN). Precisamente remitiéndose a las enseñanzas vietnamitas, las FARN impulsan la constitución de un frente de masas, el Frente de Acción Popular Unificado (FAPU), ligado particularmente al desarrollo de un trabajo sindical. También las otras organizaciones operan el viraje hacia los frentes de masas y la conquista de direcciones sindicales, para lo cual en especial las FPL cuentan con arraigo previo en importantes sectores de trabajadores agrícolas. Así nacen en 1975 el Bloque Popular Revolucionario y en 1977 las Ligas Populares 28 de Febrero. En esta práctica van descubriendo las formas específicas de la articulación entre las acciones armadas y un movimiento obrero y campesino que tiene métodos, tradiciones, organismos y dirigentes naturales propios.

La segunda mitad de los años setenta está marcada por la agudización de la crisis interburguesa (sobre la cual influye la recesión generalizada de 1974-76) y por la pérdida de influencia de la Confederación General de Sindicatos Salvadoreños (CGS), ligada al Estado, que en 1971 agrupaba al 41.4% de los trabajadores sindicalizados y en 1976 sólo al 19.3% , mientras ganan afiliados e iniciativa en la lucha de clases los sindicatos y federaciones que se van ligando a las organizaciones revolucionarias, crecientemente influidos por éstas en un proceso constante de radicalización del movimiento sindical.

Este proceso de radicalización se expresa en movimientos huelguísticos a los cuales se ligan el BPR, el FAPU, las LP-28, organizaciones que, a su vez, son influidas por este crecimiento de actividad del movimiento obrero. Es allí donde la ruptura con el reformismo y con el militarismo —que es también un proceso, y no un salto instantáneo— adquiere cuerpo en la realidad de la lucha de clases y no sólo en las ideas y discusiones de los revolu-

cionarios. Un momento culminante lo constituyen las huelgas de los obreros cerveceros, en febrero-marzo de 1979, apoyados solidariamente por paros electricistas y por otros sectores obreros, y de los trabajadores electricistas, en marzo de 1979. Ambos movimientos se desarrollan con la ocupación de las empresas respectivas y culminan victoriosamente, estimulando la generalización posterior de la ocupación de los lugares de trabajo como método de lucha.

La ofensiva final —combinación de guerrillas, huelga general e insurrección popular— y el triunfo de la revolución nicaragüense en julio de 1979 fortalecen este curso de radicalización de la lucha de clases en El Salvador.

IV

De la necesidad de las fuerzas políticas de la burguesía y del ejército de dar una nueva respuesta a este ascenso para evitar una repetición de la situación nicaragüense, nace el golpe militar del 15 de octubre de 1979 que pone fin a la dictadura de Romero (establecida en las elecciones fraudulentas de 1976) y constituye una Junta militar y civil que lanza un programa de reformas políticas y sociales: derechos democráticos, reforma agraria, etcétera.

La Junta militar, apoyada por los oficiales jóvenes del ejército, por los democratacristianos, los socialdemócratas, las tendencias nacionalistas, el Partido Comunista salvadoreño y otros sectores, entra también dentro de la nueva estrategia de dominación "democrática" del imperialismo y tiene el beneplácito de Washington. Su política de reformas espera dar una salida a la crisis interburguesa que sacude desde años atrás al Estado salvadoreño y cortar el apoyo bajo los pies de las organizaciones revolucionarias, aislándolas del movimiento

de masas con concesiones limitadas a éstas y dejándolas reducidas a una izquierda "extremista" y fuera de la nueva realidad.

Puede decirse que, en cierto modo, el proyecto de la Junta establecida en octubre de 1979 reproduce el esquema del reformismo militar peruano de 1968: modernizar el Estado, modernizar la economía, ganar apoyo de direcciones sindicales, introducir una reforma agraria limitada que ligue a una nueva capa campesina a la perspectiva del desarrollo capitalista; en una palabra, modernizar el modo de dominación, para preservar la dominación misma.

El defecto principal de esta iniciativa es que fue demasiado tardía: diez años después del golpe peruano, con una economía más reducida y más débil, castigada por la crisis mundial, meses después de la victoria de Nicaragua y, sobre todo, frente a un desarrollo independiente ya muy importante del movimiento obrero y de masas y de las organizaciones revolucionarias arraigadas en él que ofrecían una alternativa de revolución radical a las reformas desde arriba prometidas por la Junta. Es decir, si ésta se proponía efectivamente llevar adelante algunas de tales reformas, no sería el Estado quien dictaría el ritmo y fijaría la profundidad de cada etapa controlando al movimiento de masas, sino que ritmo y profundidad estarían fuertemente determinados por la movilización independiente de las masas.

Era tarde, sobre todo por la existencia de direcciones revolucionarias con arraigo en los sindicatos, para un control reformista de estas movilizaciones. Si dichas direcciones no aceptaban colaborar con las reformas de la Junta —como inicialmente hicieron algunos partidos, tendencias o personalidades democráticos o antimperialistas, incluido un partido obrero como el PCS—, sólo quedaba a ésta intentar, mediante la represión, quebrar su hegemonía entre las masas y contener

la aceleración de ritmos y la profundización de objetivos, mientras, al mismo tiempo, se hacían algunas concesiones.

Así se gestó la combinación de "reformas con represión", que no es nueva ya que en dosis diversas ha sido aplicada por otros gobiernos nacional-burgueses latinoamericanos y ha tenido éxito temporal cuando la represión se ha podido restringir a vanguardias más o menos limitadas y las reformas han significado algunas concesiones a masas amplias desligadas de esos sectores de vanguardia.

Para las organizaciones revolucionarias salvadoreñas, el desafío reformista de la Junta significó un momento crucial de decisión. Si aceptaban la invitación al "apoyo crítico", como habían hecho ya otras tendencias, corrían el riesgo de desarmar sus fuerzas, de cortar el ritmo de la lucha de las masas y de que, una vez logrados estos objetivos, la Junta limitase las reformas a algunas concesiones menores para ganar prestigio y retomar el control de las masas a través de las direcciones sindicales oficialistas. Habría sido entrar en una típica operación de "frente popular" con un sector hegemónico de políticos burgueses "progresistas", los miembros civiles y militares de la Junta, postergando indefinidamente la salida revolucionaria.

Si, por el contrario, continuaban la lucha contra el Estado burgués, ahora dirigido por la Junta, y contra su ejército, que ahora se declaraba "reformista", corrían el riesgo de quedar aislados por las reformas de la Junta y de sus aliados nacionalistas, socialdemócratas y comunistas y de aparecer como una "oposición extremista" y "sectaria", incapaz de comprender la posibilidad de un período intermedio de reformas y empeñada en llevar a los trabajadores a enfrentamientos sangrientos, estimulando así el retorno de las fuerzas de extrema derecha al control del ejército.

Es indudable que la respuesta no fue sencilla y generó un intenso debate en las organizaciones revolucionarias salvadoreñas (y también de otros países de la región y de América Latina). Puede decirse que la posición tomada por dichas organizaciones, con bastante homogeneidad, significó para ellas, en ese momento, jugarse políticamente el todo por el todo a una de las dos opciones; pero, al mismo tiempo, salvar el porvenir de la revolución salvadoreña de la amenaza más insidiosa que ésta había debido afrontar hasta ese momento y, en esa medida, dejar una enseñanza fundamental para el conjunto de la revolución latinoamericana y de sus organizaciones.

La respuesta fue no desarmarse, no dar ningún apoyo a la Junta, denunciar su proyecto de mediatización del movimiento de masas y poner a prueba sus promesas exigiendo el cumplimiento efectivo de sus reformas, incluso con huelgas y movilizaciones de masas urbanas y campesinas. Aquí se ponía a prueba, a su vez, la autoridad misma de las organizaciones revolucionarias sobre la población trabajadora, al aparecer desafiando no sólo a los militares "progresistas" sino también a las tendencias reformistas que en ese momento aceptaron aliarse con ellos. Era la lucha de clases quien decidiría. No cabe duda de que, de un modo u otro, esta opción no se tomó sin antes medir por formas diversas el estado de ánimo de las masas, elemento esencial para determinar el éxito de una u otra salida.

V

Los hechos han demostrado la justeza de la opción tomada. La Junta fue un intento de dividir a los revolucionarios y contener al movimiento de masas, dando al mismo tiempo una salida a la crisis interburguesa. La política revolucionaria, en cambio, obligó a sacar a luz las contradicciones de la Junta; la enfrentó con el movimien-

to de masas; afirmó la independencia de éste y su radicalización; dividió a la Junta y separó de ella a principios de año a sus integrantes civiles reformistas, atrayendo a la mayoría de ellos del lado del movimiento revolucionario y agudizó la crisis interburguesa y la división del ejército, presentes en la actividad de las bandas paramilitares (UGB, ORDEN, etc.) y en los roces políticos de los jefes militares de estas bandas con la Junta misma.

Entre los diversos factores que impidieron que las organizaciones político-militares (FLP, FARN y ERP, fundamentalmente) cayeran en la política errónea —y que hubiera resultado catastrófica, de ser mayoritaria— del Partido Comunista salvadoreño frente a la Junta, creemos que existe uno dominante y decisivo: el *programa de revolución socialista* adoptado por esas organizaciones, su superación de la concepción de la revolución por etapas y, por consiguiente, de la creencia en la posibilidad de una etapa democrático-burguesa a cumplirse en alianza con la burguesía "progresista", con su Estado y con su ejército (elemento este último determinante de la hegemonía burguesa en dicha alianza).

No era pues un simple problema de decisión individual, de coraje personal o de agudeza política por parte de cada dirección. Era una cuestión de programa histórico. Quien, como el Partido Comunista, ha sido educado y cree en la posibilidad de una fase separada democrático-burguesa de la revolución, de un período de "democracia nacional" o como se le llame (y ésta era la convicción del Partido Comunista indonesio al apoyar a Sukarno, del Partido Comunista peruano al apoyar a Velasco Alvarado, del Partido Comunista chileno al propagar ilusiones sobre el ejército antes del golpe de 1973 y del Partido Comunista boliviano al apoyar a Siles Suazo, para citar sólo unos pocos ejemplos), es natural que dé su apoyo a la Junta y considere "extremistas" a quienes se oponen a esa política. Quien

rechaza esa posibilidad y concibe a la fase democrática y antimperialista de la revolución como una transición hacia su culminación socialista, que significa, a la vez la destrucción del viejo Estado y de su ejército, está teóricamente preparado para rechazar la subordinación al proyecto reformista de la Junta.

Pero éste es sólo el primer paso. El segundo era no aislarse en el "socialismo puro", en la "revolución socialista o nada", sin transiciones y sin aliados, y llevar adelante una política de alianzas que fortaleciera al campo revolucionario y dividiera al frente enemigo. Las continuadas movilizaciones de masas, más su propia incapacidad para cumplir sus promesas reformistas frente a la oposición de un sector decisivo de la burguesía cafetalera y del mismo ejército, más la imposibilidad de contener los efectos de la crisis económica o de tocar sus causas, llevaron rápidamente al fracaso al proyecto reformista.

Este fracaso, sin embargo, no ocurrió en el vacío, sino que la continuidad de la política de las organizaciones político-militares y de sus frentes de masas ofrecía, al mismo tiempo, un polo alternativo de reagrupamiento, arraigado en los trabajadores y en sus organizaciones sindicales y no un simple programa de vanguardia pero sin fuerza organizativa. Este polo representó un punto de atracción sobre la crisis centrífuga de las fuerzas que integraban la Junta del 15 de octubre. Entre diciembre de 1979 y enero de 1980, ésta se desintegró y se retiraron los socialdemócratas, los nacionalistas, un importante sector demócrata cristiano que formó el Partido Social Cristiano, así como retiró su apoyo inicial el Partido Comunista.

La agudeza del enfrentamiento de clase, el hecho de que la Junta asumía la representación del reformismo burgués (y no de la derecha fascista) y la existencia de un polo alternativo de izquierda con apoyo de masas,

dejaban poco espacio para una tercera opción entre la Junta y las organizaciones revolucionarias.

En ese momento, estas organizaciones —BPR, FAPU, LP-28 y UDN (Unión Democrática Nacional, ligada al Partido Comunista)— constituyeron la Coordinadora Revolucionaria de Masas, que en enero de 1980 lanzó su programa de gobierno, ya muy conocido. La Coordinadora estuvo desde un principio en el centro de grandes movilizaciones, entre ellas la gigantesca manifestación del 22 de enero en conmemoración de la insurrección de 1932, a las cuales la Junta respondió con la represión y la masacre. Todo esto aceleró la formación del Frente Democrático Revolucionario, entre la CRM y las tendencias que habían roto con la Junta entre diciembre y enero.

VI

El Frente Democrático Revolucionario se constituye en torno a la fuerza de masas de la Coordinadora y adopta desde un principio su programa. Toma así el carácter de un típico frente antimperialista, y se considera tal. Las fuerzas de origen burgués y pequeñoburgués que se incorporan quedan bajo la hegemonía de las organizaciones revolucionarias que detentan las armas y dirigen los organismos de masas, particularmente los grandes sindicatos incorporados a la Coordinadora.

Sólo un sectarismo estéril habría rechazado la alianza con esas tendencias en tales condiciones, arriesgando así empujar a algunos nuevamente cerca de la Junta y sus maniobras y desperdiciando la posibilidad de apoyos y alianzas más amplios, dentro y fuera de El Salvador, que la adhesión de esas tendencias al programa de la Coordinadora significaba. Por otro lado, la formación del FDR polarizaba definitivamente la situación en dos bandos contrapuestos y beligerantes, presentándose a

nivel nacional e internacional como una alternativa de gobierno al poder de la Junta militar-democristiana.*

Esta polarización obligó a la Junta a aparecer cada vez más identificada con sus apoyos de extrema derecha, las bandas paramilitares, y a depender abiertamente del apoyo del imperialismo estadunidense y de su embaja-

*Existen pequeñas organizaciones sectarias, particularmente en un ala del trotskismo, que consideran al FDR una réplica de los frentes populares por los cuales, en los años 30 y 40, los partidos comunistas colocaron al proletariado bajo la hegemonía de direcciones burguesas, especialmente en Europa pero también en América Latina. Este doctrinarismo no resiste el análisis. Los frentes populares llevaron a las masas a apoyar un programa reformista burgués. El programa de la CRM es un programa antimperialista revolucionario, con fuerte influencia proletaria, sostenido por organizaciones armadas que defienden el programa de la revolución socialista y por sindicatos de masas independientes del Estado. En El Salvador, el programa reformista burgués equivalente al de los frentes populares también fue propuesto: es el programa de la Junta del 15 de octubre, y por eso, no por equivocación, el Partido Comunista le entró al juego: porque cree en los frentes populares. La CRM se enfrentó precisamente al frente popular propuesto por los "reformistas burgueses" de la Junta. Lo que la CRM constituye es la alternativa proletaria de izquierda al frente popular, eso que, por ejemplo, trató de establecer la insurrección de Barcelona en mayo de 1937.

Para estos desastrosos doctrinarios, que sólo saben razonar por esquemas y se ahogan cuando deben sumergirse en la realidad, se puede ofrecer una analogía histórica, forzada como las que ellos realizan, pero que no carece de verdad. En El Salvador, el equivalente de la revolución de febrero de 1917 en Rusia fue el golpe de Estado del 15 de octubre que derribó a la dictadura de Romero y prometió —pero no dio— tierra y libertades. Algunos, como en Rusia en 1917, creyeron en esa vía y la apoyaron. Las organizaciones político-militares, en cambio, tomaron una posición similar a las *Tesis de Abril* de Lenin: ninguna confianza a este gobierno falsamente reformista, lucha por el poder, y plantearon así el equivalente de la perspectiva de la insurrección de octubre de 1917. Es lo que está por delante, con los rasgos específicos y peculiares de El Salvador. Pero ni aun con esta esquematización los doctrinarios sabrían reconocer la realidad como ella es, porque su problema no es que no la comprenden, sino que le huyen.

dor, Robert White. Se le cerró la posibilidad de realizar el juego de los dos últimos gobiernos peronistas en Argentina, los de Juan Perón y su sucesora Isabel Perón, que conservaban a través de las burocracias sindicales y de una política supuestamente nacionalista el apoyo de masas mientras las bandas paramilitares, que ellos encubrían, asesinaban sistemáticamente a la vanguardia obrera en las fábricas y a los militantes revolucionarios, abriendo así el camino a la dictadura militar terrorista de marzo de 1976 en adelante. No pudo presentarse como mediadora entre una extrema derecha y una extrema izquierda en combate sangriento entre sí, sino que se vio obligada a asumir la representación y la identificación con todas las fuerzas contrarrevolucionarias.

Nada de esto habría ocurrido si en el momento crucial del 15 de octubre de 1979 las organizaciones revolucionarias se hubieran dejado arrastrar al "apoyo crítico" a la Junta, deponiendo las armas y desarmando políticamente a los trabajadores. La revolución salvadoreña se hubiera truncado allí, como antes sucedió con tantas otras por las mismas razones: la política de su dirección.

Lo que se produjo, en cambio, fue un acontecimiento de particular importancia para otros países de América Latina. El reformismo burgués, la política nacional-burguesa que en otras partes se ha denominado "populismo", tuvo que medirse con una alternativa revolucionaria de masas, organizada en los sindicatos y, además, armada frente a la dictadura. Su desgaste fue rapidísimo. La experiencia que las masas realizaron, también: el nacionalismo burgués dejó de ser una alternativa en su conciencia, y su antimperialismo natural fue canalizado, en cambio, hacia la lucha por el poder y hacia una perspectiva socialista. La burguesía salvadoreña perdió, en el fuego de este enfrentamiento, una de las opciones que en otros países le han permitido hasta hoy mantener

a grandes sectores populares amarrados a su hegemonía política e ideológica, la opción del llamado "nacionalismo de izquierda". Ese nacionalismo quedó atado a la protección del embajador White (como antes el "nacionalismo" de Paz Estenssoro en Bolivia), mientras el nacionalismo de las masas comenzó a orientarse hacia la revolución socialista.

No fue una cualidad particular del pueblo salvadoreño, sino el fenómeno inédito hasta hoy en América Latina, de las organizaciones político-militares con sus frentes de masas, su programa socialista y su unificación en la CRM, lo que determinó ese camino. En El Salvador comienza a despuntar así una nueva perspectiva proletaria para la revolución latinoamericana.

VII

Es importante determinar qué son estas organizaciones, y ello supera los márgenes de este escrito. Hemos mencionado su origen, su evolución, sus rupturas con concepciones pasadas, sus métodos de lucha, sus programas, su política ante la Junta militar.

Todo ello configura una diferencia cualitativa tanto con los agrupamientos guerrilleros de los años sesenta, como con movimientos que, adoptando tácticas de lucha armada como los Montoneros en Argentina o el M-19 en Colombia, mantienen sus programas, sus alianzas y su política dentro de los marcos del Estado burgués y dentro de la ideología del nacionalismo burgués o pequeñoburgués, sin proponerse la tarea esencial de conducir a las masas, a través de su propia experiencia, a la ruptura con dicha ideología. No se trata aquí de una cuestión de heroísmo personal de los combatientes de esos movimientos, que nadie pone en duda, sino de la perspectiva histórica de su lucha.

Las organizaciones político-militares revolucionarias salvadoreñas han ganado la dirección de las masas y han llevado a una parte fundamental de los organismos sindicales en que éstas se agrupan a la ruptura con el Estado burgués y a la perspectiva de la lucha por el poder. Es una de las rupturas más radicales con el reformismo, porque es una ruptura realizada a través de los métodos proletarios de huelgas, huelgas generales, ocupaciones de empresas, manifestaciones, organización de comités de base de todo tipo, es decir, a través de la *experiencia vivida y organizada* de las masas.

Esa ruptura *programática* de la clase obrera salvadoreña se ha producido, como sucede siempre en estos casos, combinada e impulsada por un proceso de *autorganización* obrera, campesina y de masas en las formas específicas que la historia, la tradición y la situación política y social de El Salvador determinan. Las masas agrupadas en esos organismos de base luchan en ellos por sus necesidades inmediatas y por sus derechos, preparan la insurrección y van aprendiendo las condiciones del ejercicio de su propio poder en el futuro. Cualesquiera sean las tareas concretas que en un momento dado se den esos organismos en fábricas, campos, barrios, escuelas y aldeas, es la perspectiva insurreccional y de lucha por el poder la que da el tono y la lógica a toda su actividad.

El proceso por el cual las organizaciones político-militares han llegado, en junio de 1980, a crear la Dirección Revolucionaria Unificada ha sido relativamente largo, accidentado y lleno de contradicciones resueltas sólo a través de la experiencia y su discusión. El mando único, militar y político, es una condición indispensable de la victoria en la fase de la ofensiva final y la insurrección.

La división entre las organizaciones revolucionarias es una herencia de las condiciones en que se construyó y se desarrolló el movimiento obrero y revolucionario de

El Salvador. Divisiones semejantes se repiten regularmente en todos los demás países. Si la unidad es una condición deseable, y es indispensable en los momentos decisivos de la lucha contra el enemigo de clase, no puede decirse que la existencia previa de varias organizaciones haya sido solamente un elemento nocivo o de retraso del proceso. Ella ha permitido también una discusión teórica y política pública y una diversidad de experiencias entre los diferentes agrupamientos que han contribuido a enriquecer el programa, las tácticas y la estrategia de la revolución. Cuando se haga la historia de la revolución salvadoreña, todo ese período, aun con los enfrentamientos más duros y los episodios más trágicos, permitirá trasmitir experiencias y conclusiones invalorables para el resto del movimiento obrero y revolucionario latinoamericano, que se ha visto más de una vez en las mismas encrucijadas y ante parecidas dificultades interiores.

Es importante registrar que la formación de la Dirección Revolucionaria Unificada en junio, secuela de la constitución de la CRM en enero, no puede considerarse simplemente como una resolución tomada en las direcciones, aunque allí la discusión al respecto haya sido intensa. Es sobre todo una conclusión necesaria de la lógica del movimiento de masas desarrollado en la primera mitad de 1980, a partir de la formación de la CRM y, luego, del FDR. La presión y la actividad de este movimiento cuyo eje es la clase obrera han sido decisivos para esa unidad y para las condiciones en que ella se ha dado, anunciada públicamente después de la huelga general de 48 horas de mediados de junio.

La revolución salvadoreña entra así a su fase decisiva, cuya extensión no puede preverse, dado que en ella inciden también la crisis interburguesa, la crisis en el ejército y los efectos de la crisis económica sobre la pequeña burguesía por un lado y sobre la burguesía por el otro, cuyo movimiento de fuga de capitales no ha cesado de crecer.

El imperialismo estadounidense, que ha intervenido permanentemente con sus asesores militares, sus envíos de créditos y de armas a la Junta y la intervención política cotidiana, sobre el terreno, del embajador Robert White, se dispone a intervenir en forma más directa si ve que, después de Nicaragua, puede ahora perder El Salvador frente a una revolución aun más radical que no dejará de estimular un nuevo impulso de la revolución nicaragüense y condiciones mucho más favorables para los revolucionarios de Guatemala, país clave de la región.

Sería ingenuo subestimar los obstáculos que aún debe enfrentar y vencer la revolución salvadoreña y los riesgos que la amenazan. Pero tanto en el proceso anterior, como en los combates que tiene por delante, ha realizado ya una extensa y articulada *acumulación de fuerzas* objetivas y subjetivas, una *selección de militantes* en las severas condiciones de la lucha en El Salvador y una *educación de cuadros dirigentes* a todos los niveles, tanto en las organizaciones político-militares como en los organismos básicos de las masas, todo lo cual difícilmente puede ser destruido, aun por los golpes más severos.

Nada de eso da por asegurada de antemano la victoria. Sólo la lucha puede decidir, y entre los factores de esa lucha cuenta la extensión y la magnitud de la solidaridad internacional hacia los revolucionarios salvadoreños. Sin embargo, una conquista irreversible e indestructible, cualquiera sea el resultado de los enfrentamientos venideros, ha tenido lugar ya en la conciencia del proletariado y las masas salvadoreñas. Es la experiencia de su autorganización, la ruptura con las concepciones burguesas y reformistas de la revolución, la independencia de sus organizaciones frente al Estado, la combinación entre organización sindical, frente de masas y partido revolucionario, la suma de experiencias, en una palabra, que permiten que la *revolución socialista*, como programa histórico y como perspectiva de clase, se encarne en la

conciencia colectiva y se transforme en una fuerza material.

Es la enseñanza más grande, hasta el momento, entre las muchas que va dejando El Salvador para la revolución latinoamericana.

JULIO DE 1980

IV. Curso y ritmos de la crisis salvadoreña

1. El imperialismo busca una decisión sangrienta*

La situación en Centroaméricana parece aproximarse a uno de sus momentos de decisión. No se trata de la conquista del poder sino, al contrario, de la tentativa coordinada desde Washington de quebrar el impulso de las movilizaciones revolucionarias de masas cuyo actual epicentro se encuentra en El Salvador.

La respuesta a la huelga general salvadoreña ha sido un operativo militar cuidadosamente estudiado. La represión, los asesinatos, la violencia del ejército en todas sus formas (incluidos cañoneos y ametrallamientos de establecimientos fabriles y fusilamientos de huelguistas) fue dirigida mucho más contra los obreros industriales y los trabajadores agrícolas en huelga que contra los efectivos armados de los movimientos guerrilleros. Antes de dar el asalto contra éstos, las fuerzas represivas quieren paralizar al movimiento de masas mediante el terror, de modo de poder enfrentarse luego en combate singular, arma contra arma, con los destacamentos de la guerrilla; es decir, en un terreno en el cual el poder de fuego y el apoyo logístico con que cuenta el ejército siguen siendo enormemente superiores.

***Unomásuno*, 19 de marzo de 1980.

El plan no termina allí: si el ejército lograra llegar a esta segunda fase de su operación contrarrevolucionaria y superarla con éxito, la tercera sería —vencida la oposición de masas y la resistencia armada— una masacre de proporciones incalculables, una repetición agigantada de la matanza de 1932, una verdadera Comuna de París con rastreos y asesinatos casa por casa, fusilamientos en masa, bombardeos y ametrallamientos de barrios obreros, un baño de sangre que ahogaría por larguísimos años la revolución en El Salvador.

Estarían entonces maduras las condiciones para una operación equivalente en Guatemala y para dar el asalto contra Nicaragua. No hace falta decir la amenaza directa que esto significaría para Cuba —con la cual el imperialismo conserva viejas y nuevas cuentas que ajustar— y la presión intolerable que establecería, desde el sur y desde el norte, sobre la capacidad de autodeterminación de México.

La operación no es sencilla y nada indica que su éxito esté garantizado. Hay una carrera, desde ambos bandos, contra el tiempo y por una adecuación de sus respectivos recursos organizativos al ritmo objetivo de los acontecimientos, determinados por el ascenso del enfrentamiento entre las clases y no por los cálculos previos de ninguna dirección.

En Guatemala, la huelga de 50 mil trabajadores agrícolas del algodón, el azúcar y el café acaba de obtener un éxito resonante: el salario mínimo ha pasado de 1.14 a 3.20 quetzales (el quetzal está a la par con el dólar), lo cual ha provocado roces entre el gobierno que ha debido hacer tales concesiones y la oligarquía terrateniente que debe pagarlas. Pero las concesiones están claramente concebidas para separar (aun a costa de la agudización de la crisis interburguesa) a los obreros agrícolas de los campesinos sin tierra, en cuyas regiones operan las guerrillas, y de los trabajadores urbanos,

sobre los cuales se ha intensificado la represión militar. (El ejército acaba de desalojar a los obreros en huelga que ocupaban la empresa CAMSA). Semejante tipo de cedimientos se hace con el calculado riesgo de poder lanzarse a recuperarlos en un plazo que no puede ser excesivamente largo, porque de lo contrario no harán más que estimular el afán y la necesidad de reivindicaciones de los otros sectores de la población explotada.

No es difícil que tenga alguna relación con este plan centroamericano la decisión de los congresistas de Estados Unidos de congelar el crédito de 75 millones de dólares a Nicaragua, a pesar de todas las condiciones con que lo habían aderezado, mientras se refuerza y se lleva a efecto la decisión contraria de enviar ayuda y asesores militares que ya están actuando en El Salvador. En este marco habría que ubicar también —independientemente de la intención subjetiva de sus protagonistas— el momento escogido por Alfonso Robelo para anunciar la formación de su partido, el Movimiento Democrático Nicaragüense, plantear su programa de contención de la revolución y abrir desde la derecha el comienzo de una crisis en el gobierno de Managua.

Es evidente también que no solamente el imperialismo y la derecha toman iniciativas. La negativa del crédito estadounidense ha sido seguida por el viaje a Moscú de cuatro de los principales dirigentes sandinistas, en busca de la ayuda técnica y financiera que otras fuentes le niegan. La represión del ejército guatemalteco en la ciudad de Guatemala y en las montañas del norte ha sido respondida con nuevos ataques de las organizaciones guerrilleras, que alcanzan ya a desplazarse con notable soltura y audacia. La nueva masacre salvadoreña no ha podido diluir el efecto social de la huelga general para unificar en torno a la clase obrera a todos los sectores movilizados contra la dictadura del ejército y de las catorce familias.

Hay que cuidarse siempre de ver una aceleración de los ritmos allí donde sólo hay una intensificación de las acciones de uno y otro bando. Pero es la acumulación de los problemas económicos y sociales —la parálisis de la producción salvadoreña, las dificultades económicas y de abastecimiento de Nicaragua, la extensión de la influencia de las huelgas de la costa del Pacífico a otras regiones de Guatemala, la crisis en sectores militares hondureños— lo que puede determinar la decisión de Washington de buscar, en el período inmediato, una prueba de fuerza decisiva antes de que el control, no sólo de Nicaragua sino de todo el proceso centroamericano, se le escape de las manos.

Si el choque se produce en esos plazos, la decisión será, obviamente, social y militar. En ambos planos, pero particularmente en el primero que es donde más se afirma la fuerza de las organizaciones revolucionarias, es un deber incondicional de todos los latinoamericanos y revolucionarios de otros países dar, *concentradamente, rápidamente*, la mayor solidaridad posible a los compañeros de El Salvador, de Guatemala, de Nicaragua, en cuyas batallas de hoy se está jugando nuestro destino de mañana.[12]

[12] La Coordinadora Revolucionaria de Masas llamó a una huelga general para el 17 de marzo de 1980. El movimiento se realizó, como se ha vuelto habitual en El Salvador, con ocupación de los establecimientos. Los centros de trabajo en huelga —fábricas, puertos, haciendas y comercios— fueron cercados y atacados desde la madrugada de ese día por tropas del ejército, la Policía Nacional, la Guardia Nacional y la Policía de Hacienda. Muchos obreros fueron sacados de las fábricas y fusilados en el lugar. La Universidad también fue cercada y ametrallada. Al fin del día, se habían contado 138 muertos en todo el país.

2. El asesinato de monseñor Romero: un "error" fríamente preparado*

En todas las revoluciones, desde la rusa hasta la iraní y la nicaragüense, lo que decide en el momento culminante es la crisis y la desintegración del ejército, ese instante supremo en el cual un sector de las fuerzas armadas, influido y penetrado por la potencia del movimiento de masas, vacila y se pasa al otro lado, negándose a reprimir al pueblo y volteando sus armas contra los oficiales masacradores.

Ese punto de no retorno llegó a Teherán cuando los oficiales y cadetes de la aviación, asqueados por las masacres y conmovidos por los llamados que las masas y sus dirigentes les lanzaban, abrieron los arsenales, repartieron las armas al pueblo y, junto con éste, se lanzaron contra los *Inmortales*, las tropas más selectas y asesinas del Sha, haciéndolos trizas en cuestión de horas y decidiendo así la suerte de la revolución.

Ese momento aún no ha llegado en El Salvador. Pero el delicado equilibrio del ejército enfrentado a un movimiento de masas sin precedentes ya está en cuestión. El fracaso de las dos últimas masacres, contra la manifestación del 22 de enero y contra la huelga general del 17 de marzo, y la impotencia de los asesinatos cotidianos

**Unomásuno*, 26 de marzo de 1980.

para contener las movilizaciones populares, están sin duda carcomiendo la moral represiva de las tropas. La suerte, sin embargo, aún no está decidida y los altos mandos militares, cuyos hilos llegan hasta el Pentágono, quieren apresurar una prueba de fuerza definitiva antes de que sea demasiado tarde para ellos.

Por eso, cuando monseñor Oscar Arnulfo Romero, arzobispo de El Salvador, llamó a los soldados a desobedecer las órdenes asesinas de sus oficiales y exclamó: "les ordeno, en el nombre de Dios, que cese la represión" el ejército —sí, el ejército, y nadie más que él— dictó su sentencia de muerte.

Es seguro que el arzobispo sintió, después de la huelga general, que el momento decisivo estaba cercano y que su pueblo iba a ser masacrado. Quiso lanzar el peso de su voz y de su autoridad religiosa contra los masacradores y lo hizo resueltamente y a tiempo.

El llamado de monseñor Romero a los soldados y oficiales no es un simple caso de conciencia o de inspiración divina. Es un acontecimiento terrenal de la lucha de clases. Las conciencias no obran en el vacío social, y la de monseñor Romero, sensible como había mostrado ser, fue indudablemente sacudida hasta el fondo por esa agudización extrema del enfrentamiento que se expresó en la huelga general y en las masacres que la rodearon pero no pudieron impedirla.

Ese ritmo objetivo de la lucha de clases, determinado por la movilización de las masas mismas y no por los planes de ninguna dirección de derecha o izquierda (al contrario, son éstas las que deben adecuar sus propósitos y planes a ese ritmo), es lo que dictó tanto la actitud resuelta del arzobispo como la respuesta criminal de sus asesinos.

Se dice que éstos cometieron un error, porque el resultado de su crimen se volcará contra ellos. Pero si bien es posible que no hayan podido medir todas las

consecuencias del asesinato del arzobispo, es seguro que calcularon bien las consecuencias que su supervivencia, y la continuación de sus llamados al ejército, hubieran traído consigo. A esa altura, consideraron que no tenían otra alternativa: para salvar al ejército había que acallar de inmediato esa voz que sonaba en los oídos católicos de los soldados campesinos con una autoridad superior a la de los oficiales que les ordenaban reprimir.

Si los militares, o su sector más duro, recurrieron a una medida tan extrema, no puede pensarse que ahora retrocederán ante el repudio universal que cae sobre su crimen. Ahora más que nunca necesitan no perder tiempo y seguir adelante.

La agudización creciente de la crisis interburguesa, expresada nítidamente en este asesinato, los obliga también a jugarse el todo en las próximas semanas, quemando los puentes tras de sí, para tratar de infligir una derrota decisiva a las organizaciones revolucionarias y al movimiento de masas.

El resultado de este enfrentamiento no está escrito en ninguna parte: se decidirá en la lucha.

Desde lejos, es aventurado opinar sobre las condiciones en que ésta se desarrolla. Parece evidente, sin embargo, que una nueva huelga general tendrá una repercusión aun más poderosa que la anterior; que la conciencia de los soldados está sacudida y los llamados de los revolucionarios tienen ahora el aval de las palabras y el sacrificio de monseñor Romero; y que la combinación entre ambos factores, más el hecho de que del lado de la revolución existen organizaciones armadas arraigadas en la población, puede determinar que la crisis en el ejército represor estalle antes de que éste haya podido ahogar en sangre al movimiento.

Dos cosas dice la experiencia nicaragüense: una, que parece llegado el momento de que la Coordinadora de Masas sea continuada (si ya no lo ha sido) por una for-

ma superior de unidad para la lucha decisiva, por un mando único político y militar con representantes de todas las organizaciones en lucha, sin ninguna exclusión, que decida las próximas medidas; dos, que este mando único, de formarse, necesita estar apoyado en funciones inmediatas de decisión y de poder llevadas adelante por los organismos de base constituidos en el curso de los últimos meses, para evitar el vacío que deja la crisis completa de autoridad de los funcionarios estatales y la arrogancia asesina de las bandas militares disfrazadas de paramilitares.

Para evitar que decenas de miles de salvadoreños sean exterminados en la carnicería que el asesinato de Romero anuncia, el régimen militar debe ser abatido por todos los medios necesarios. Quienes están jugando directamente sus vidas en esa empresa deben recibir toda la solidaridad posible y aún más, antes de que los acontecimientos decisivos se precipiten.[13]

[13] El domingo 23 de marzo el arzobispo Oscar Arnulfo Romero se dirigió a los soldados salvadoreños con estas palabras: "Les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios que cese la represión. Recuerden que los campesinos muertos también son sus hermanos. Ningún soldado está obligado a obedecer una orden si va contra su conciencia." A continuación, refiriéndose a la huelga del 17 de marzo, dijo: "El paro es una demostración de que la izquierda puede paralizar la actividad económica del país. Pero aún le falta mucho para convertirse en una alternativa coherente." A esa misa asistía el nuevo embajador de Estados Unidos, Robert White.

El 24 de marzo a las 17.30 horas, mientras monseñor Romero oficiaba una misa en la capilla del Hospital de la Divina Providencia en San Salvador, cuatro hombres armados entraron al templo, uno de ellos avanzó hasta el altar y asesinó al arzobispo de dos tiros, uno en la cabeza y el otro en el pecho. Las repetidas amenazas contra su vida se habían cumplido. Los asesinos nunca fueron apresados ni identificados.

3. La técnica de la masacre*

El ejército salvadoreño continúa fría y metódicamente su operación masacre contra el pueblo de su país.

Nada hay de improvisado o fuera de control en una situación donde cada hora y cada día aparecen nuevos cadáveres de hombres y mujeres del pueblo y donde masacres como la de ayer se han hecho sistemáticas y periódicas.

Es una opción consciente y deliberada. Es el precio que está dispuesto a pagar el ejército salvadoreño para exterminar de raíz a las organizaciones revolucionarias y de masas y retomar el control de una situación que ya no cree posible recuperar de otra manera. Los dos mandantes de ese ejército son la oligarquía salvadoreña y el imperialismo estadounidense.

Pero tras la *técnica perfeccionada de la masacre* se ve sobre todo el cerebro del Pentágono, que desde la masacre de Indonesia hasta la masacre de Ezeiza en Argentina, pasando por muchas otras, ha estudiado y puesto a punto este método, tratando sus datos y resultados con computadoras, de modo que el plan propuesto a las fuerzas represivas de El Salvador y puesto en mar-

**Unomásuno*, 31 de marzo de 1980.

cha por éstas desde hace meses no sea ninguna improvisación. El análisis de lo que acaba de suceder en San Salvador confirma esta hipótesis punto por punto.

Un día antes del sepelio de monseñor Romero, el ejército mostró que podía controlar plazas y calles y sembró el territorio de retenes, combinando sus movimientos con los de las tropas de Guatemala y Honduras. El día del rito fúnebre, ni un solo soldado apareció por las calles.

La manifestación no fue atacada con medios artesanales. Bombas de fragmentación, ametralladoras y bazukas fueron las armas empleadas, según confirman testigos presenciales. El efecto del terror, en una masa popular fundamentalmente campesina y de todas las edades que había ido a despedir a su arzobispo, fue cuidadosamente estudiado. Los disparos, bombazos y bazukazos fueron hechos de modo de provocar un violento desplazamiento de esa masa que multiplicaría el número de bajas. En efecto, muchos de los muertos y heridos lo fueron por aplastamiento o asfixia debido a la estampida que el ataque desató. Sesenta muertos y más de seiscientos heridos son el primer saldo; en los hospitales están los cuerpos de muchos de ellos destrozados por los proyectiles de las bazukas.

El blanco principal no fueron las organizaciones revolucionarias, que desfilaron protegidas por sus milicias de autodefensa. Fue la gran masa inerme, en un propósito deliberado de paralizar por el terror toda iniciativa de lucha futura.

Tampoco fue casual ni improvisado el pillaje posterior. Indudablemente, elementos del lumpen o gente desesperada aprovecha siempre esos momentos de confusión extrema. Pero se vio asaltar almacenes, tiendas de alimentos y zapaterías a gente bien vestida, llegada en automóviles o motocicletas, y nada de eso es tampoco improvisado. Había que mostrar escenas de caos y desor-

den para hacer sentir la necesidad de la intervención del ejército.

Esta vino puntualmente, como siempre, después de la masacre y el saqueo. Los militares han implantado el toque de queda y amenazan ahora con intensificar la represión. Su primer comunicado culpa a las organizaciones populares y revolucionarias de la matanza que ellos, los militares salvadoreños, prepararon y ejecutaron, y lo hace con un cinismo tal que sólo puede anunciar los preparativos de un gobierno de terror sistematizado para destruir cuanto haya de fuerza organizada en el pueblo de El Salvador.

Pero la suerte no está echada. El propio ejército está jugando contra el tiempo. En sus filas hay fisuras, por eso los altos mandos apresuran los planes. Las organizaciones de masas no han perdido el control de sus fuerzas ni de sus armas. Sobre todo, la *huelga general* era ya completa el sábado y no se ve aún cómo podrán los masacradores obligar a la gente a trabajar. Es evidente que las organizaciones de la Coordinadora están midiendo cada uno de sus pasos, porque los combates decisivos parecen haber llegado. Hasta ahora han demostrado capacidad de control y olfato para no caer en las provocaciones, obligando así al ejército a hacer sus matanzas casi a cara descubierta. Esto ha agudizado al extremo la crisis en la Junta y va dejando a los militares solos con sus máquinas de muerte. Pero el odio de las masas salvadoreñas es tal, que ni las mismas direcciones de las organizaciones pueden garantizar por mucho tiempo que no suceda un estallido espontáneo cuyo resultado es difícilmente previsible.

La fría determinación de los militares salvadoreños responde a algo más que las fuerzas sociales internas que los apoyan. Detrás de ellos están Estados Unidos —la actitud del embajador White es inconfundible— y todas las fuerzas reaccionarias del continente, decididas a im-

pedir al costo que sea una Nicaragua más, y resueltas a lanzarse después a ajustar cuentas con la revolución sandinista.

Sólo el pueblo salvadoreño puede detener y destrozar a esta máquina de matar. Ese pueblo ha mostrado una resolución sin límites: como el 22 de enero, como el 17 de marzo, todo el mundo sabía hoy en El Salvador que habría masacre. La gente, sin embargo, acudió lo mismo, como en Teherán en las últimas semanas del Sha.

Pero mientras el imperialismo apoya y arma a los masacradores, no es posible, no es justo y además es extremadamente peligroso para el futuro inmediato de todos nuestros países, dejar solo a ese pueblo que se bate cada día y cada hora. No es la hora de llamados a la paz, porque nada, salvo su destrucción, detendrá a la dictadura y a su ejército. Es la hora de apoyar con todos los medios posibles, en todos los niveles, bajo todas las formas, como fue con Vietnam contra los yanquis, como fue con Nicaragua contra Somoza, a ese pueblo, a sus organizaciones, a su heroica y masiva huelga general. Desde adentro y desde afuera, esa dictadura debe ser paralizada, dividida y abatida, cuanto antes mejor, y por todos los medios.[14]

[14] El 30 de marzo se realizó el sepelio de monseñor Romero. Más de 100 mil personas asistieron al acto, pese a que las tres últimas grandes manifestaciones, en los meses anteriores, ya habían sido masacradas. La matanza se repitió, multiplicada, en esta ocasión. Francotiradores ubicados en los edificios que rodean la plaza frente a la catedral, atacaron a la multitud allí reunida con ametralladoras, granadas y bazukas. Esa noche el balance era de cincuenta muertos y seiscientos heridos.

4. La significación del Frente Democrático Revolucionario*

Dos procesos paralelos y de signo opuesto se acentúan en El Salvador a partir de la masacre del Domingo de Ramos. Uno es el aislamiento (nacional e internacional) de la junta de gobierno masacradora y la división y las fisuras en la base de su ejército, entre cuyas tropas han comenzado las deserciones. El otro es la creciente trabazón entre el movimiento de masas y su dirección, la Coordinadora Revolucionaria, y la ampliación de las alianzas de ésta que permiten esbozar ya, con la constitución del Frente Democrático Salvadoreño, una alternativa de gobierno al poder de la dictadura militar.

Pero mientras el poder efectivo de la Junta sobre la sociedad salvadoreña declina, no declina en cambio su poder de fuego. Y mientras la autoridad social de la Coordinadora Revolucionaria de Masas asciende, no se eleva en la misma medida su poder de fuego. La Junta masacradora tiene el apoyo de Estados Unidos, a través de sus vecinos Guatemala y Honduras, sin el cual hace rato habría caído. Por allí recibe armas y pertrechos en cantidad, además de los asesores militares y del crédito que el gobierno de Washington acaba de concederle.

Unomásuno, 4 de abril de 1980.

El duelo de las bazukas, las ametralladoras y las bombas de los atacantes, contra las pistolas y los incendios de automóviles con que los defensores de la manifestación del domingo trataron de proteger al pueblo desarmado y organizar la evacuación de la plaza bajo el fuego cruzado de las "fuerzas del orden", duelo desigual registrado por la televisión y los fotógrafos, ilustra dramáticamente esa situación. De ella tratan de sacar ventaja los que, desde el Pentágono y el alto mando del ejército salvadoreño, planean científicamente la represión y las masacres. Ellos intentan por todos los medios forzar un choque con las organizaciones revolucionarias, obligarlas con provocaciones a salir a campo abierto en una tentativa insurreccional prematura, movida por el odio y la desesperación de ver asesinado día con día al pueblo salvadoreño, y encontrar así una justificación para una masacre metódica y generalizada de decenas de miles, ya que por menos no cuentan con erradicar la revolución.

La Coordinadora está demostrando tener los nervios firmes y el corazón bien puesto. No cabe duda de que la actitud calma que tuvieron sus dirigentes frente a la inaudita provocación del sepelio de monseñor Romero, pero al mismo tiempo el no haber rehuido el combate defensivo junto a su pueblo masacrado, han contribuido a hacer crecer la confianza que sus pasos inspiran en las masas. La fusión entre éstas y una dirección en la cual terminan por reconocerse, no es un proceso de un día ni se logra sólo con discursos o volantes. Las masas tienen que ver a sus dirigentes durante un período, ir midiendo en la prueba de los hechos la prudencia y la audacia de sus decisiones, verlos jugarse junto a ellas y ser capaces de organizar las ofensivas y los repliegues. Cuando las masas —y no una minoría temeraria— se lanzan finalmente al asalto insurreccional, como en Teherán, como en Managua, es porque, por un lado, la descomposición y la ferocidad represiva del poder no les deja otra salida;

y por el otro, porque han adquirido seguridad en sus propios movimientos y organismos de bases (comités, sindicatos u otros) y han adquirido confianza en la dirección que tienen a su frente, midiéndola en la acción, en las buenas y en las malas.

Este proceso progresa a ojos vistos en El Salvador. Su combinación con el proceso paralelo y opuesto de disgregación de la autoridad de la Junta, ha sido determinante para hacer cristalizar la formación del Frente Democrático en esta semana. Este surge así no como producto de un acuerdo entre direcciones, que firman un comunicado más, sino sobre todo como resultado de un *desplazamiento de fuerzas sociales* que de una actitud de expectativa pasan a una posición de beligerancia en apoyo de la salida democrática y revolucionaria. Es precisamente este carácter de expresión política de un *proceso social*, que tiene lugar bajo el fuego de la lucha de clases, lo que da toda su significación al Frente Democrático.

La formación del Frente Democrático en plena huelga en curso constituye un polo de atracción para otras fuerzas intermedias, que ahora pueden oscilar hacia su lado. Si a ella sigue, como es previsible, la constitución de un organismo provisorio de poder revolucionario, una nueva fase del enfrentamiento estará definitivamente franqueada. El tiempo, que ya está jugando contra la Junta y su ejército represor, sufrirá un efecto de aceleración, mientras en las masas crecerá la expectativa de una salida favorable.

Pero estos cálculos también saben hacerlos el Pentágono y los militares salvadoreños, así como saben medir la moral tambaleante de sus tropas. Puede preverse que intentarán cortar por la fuerza, una vez más, estos procesos políticos y sociales. Buscarán la solución militar. Si las masacres no resultan, intentarán el golpe de ultraderecha (que acaba de proponer el mayor salvadoreño

D'Aubuisson en Washington), o la invasión de *marines*, o los dos a la vez. Pasos terriblemente peligrosos para ellos, porque quienes ahora dirigen la represión desde las sombras deberían dar la cara, borrar la última huella de legitimidad de la grotesca junta que hoy "gobierna" y echarse en contra de todo el mundo. Pero, si se les da tiempo y modo, ellos están dispuestos a todo, absolutamente a todo, con tal de impedir otra Nicaragua que haría invencible, también, a la revolución de Guatemala.

De una parte y de otra, está entablada una carrera contra el tiempo. Quien marca ese tiempo no son las decisiones de las direcciones, sino el ritmo propio del enfrentamiento social entre las clases.

Esa carrera desembocará, antes o después, en una decisión armada. La fuerza social y la justicia histórica que acompaña al Frente Democrático no alcanza a compensar, todavía, la terrible desigualdad material en que se encuentra ni le permitirá eludir indefinidamente el enfrentamiento armado que la dictadura y el imperialismo terminarán por imponerle.

Aparece pues plenamente justificada la demanda de los revolucionarios salvadoreños de ser considerados por todo el mundo como parte *beligerante*. Sobradas pruebas han dado en los últimos meses de que no se trata de la lucha de pequeños grupos armados, sino de una dirección de masas cuya legitimidad y apoyo social son ya indiscutibles.

El reconocimiento internacional de su calidad de beligerantes significaría no sólo un importante apoyo moral que es difícil regatear a quien tantas muestras está dando de madurez y responsabilidad políticas y de mayoritario consenso popular, sino también una posibilidad mucho mayor de recibir en pleno derecho toda clase de apoyo material, en armas, pertrechos y dinero, frente a un enemigo despiadado que no cesa de recibir moderno armamento y asesoría del mayor poder militar del planeta.

El más grande y rico país del continente, Estados Unidos, se está ensañando a vista y paciencia del mundo entero con el más pequeño, El Salvador. En ese enfrentamiento desigual está en juego una parte del futuro de cada uno de nosotros, latinoamericanos. Pero no se trata solamente de eso. Está en juego también nuestra dignidad de pueblos secularmente oprimidos, vejados y explotados por los poderes imperiales.

Por dignidad, por razón y por justicia, no se puede dejar solo a El Salvador cuando la prueba decisiva se avecina.[15]

[15] El 2 de abril se proclama la constitución del Frente Democrático Revolucionario, que agrupa a más de cincuenta organizaciones (sindicatos, asociaciones de estudiantes, frentes de masas, partidos políticos, asociaciones de técnicos, profesionales, empresarios). En su primera declaración pública, el FDR hace suya la plataforma de gobierno dada a conocer por la Coordinadora Revolucionaria de Masas en enero de 1980.

5. Robert White y el frente de ultraderecha*

Robert White, esa especie de Henry Lane Wilson de bolsillo que Washington tiene como embajador en San Salvador, acaba de dar su veredicto: a monseñor Romero lo asesinó la extrema derecha, pero la matanza del Domingo de Ramos la ejecutó la extrema izquierda. La única que sale limpia es este fallo es la Junta de gobierno que sería digna, así, de seguir mereciendo el apoyo que el Departamento de Estado le provee en dólares y en asesores militares. La Junta pide, además, armas. Carter dice que duda si dárselas o no. Pero ellas entran, entre tanto, y generosamente, por la frontera guatemalteca, pagadas con los dólares que Carter sí concede. (Otras, todos lo saben, desembarcan "clandestinamente" en las playas, ¿y quién puede controlarlo o impedirlo?)

Pero los alcances del fallo del embajador estadounidense pueden ser más sutiles y complejos de lo que a primera vista se presentan. La declaración, si bien lava de culpas a la Junta, también la presenta como objetivamente incapaz de mantener el orden. Vistas desde este ángulo, las palabras del embajador pueden combinarse perfectamente con la presentación pública, *en Washington y no*

**Unomásuno*, 7 de abril de 1980.

en San Salvador, del Frente Amplio Nacional, que dice contar con la comprensión o el apoyo del 90% de la oficialidad del ejército salvadoreño y propone integrar el gobierno para que éste lleve una política derechista y represiva coherente.

Hay que tomar en serio a este Frente Nacional, en el cual figuran representantes de los cafeticultores y los algodoneros, pilares de la oligarquía salvadoreña y centroamericana. Sus portavoces en Washington (el mayor y ex jefe del servicio de inteligencia del ejército, Roberto D'Aubuisson, y el cafeticultor Alfredo Mena Lagos), pretenden representar en sus personas la alianza entre el ejército y la gran burguesía agroexportadora. (D'Aubuisson vive en Guatemala y tiene un programa de televisión en El Salvador, cuya curiosa característica es que todas las personas que en él son denunciadas como "comunistas" —entre ellas, monseñor Romero— sufren luego atentados. Mena Lago, terrateniente de Ahuachapán, es uno de los dirigentes de Orden.) Esa alianza, que hasta ahora ha financiado y provisto los hombres de mano para las bandas paramilitares de Orden y Unión Guerrera Blanca, se presenta ahora en el primer plano de la escena como la última garantía del "orden" frente al "comunismo".

Estos señores dicen que el "objetivo comunista" no es El Salvador, sino "el control del Caribe, en el marco de la lucha global entre las dos grandes potencias", lo cual implica "el petróleo de México, Venezuela y Colombia y el control del canal de Panamá".

También hay que tomar en serio el delirio geopolítico de estos dos personajes, tanto como las fabulaciones detectivescas del embajador White. Ese delirio reproduce los temores y las pesadillas de la poderosa ala del Congreso estadounidense que finalmente congeló el condicionadísimo crédito de 75 millones de dólares a Nicaragua. Y esa ala, que por boca de estos dos servidores coloniales

se permite (con la benevolencia de Brzezinski) atacar al Departamento de Estado y a su política actual en Centroamérica, no es pequeña cosa, sobre todo en el clima de fiebre prelectoral que vive Estados Unidos, propicio a todas las presiones y a todas las distorsiones.

Que el militar y el empresario salvadoreño atribuyan a Moscú los movimientos que vienen de la rebelión de las masas centroamericanas contra la opresión y la injusticia que ellos mismos encarnan, y que en su delirio mezclen el petróleo y el canal, no es sólo propio de su visión de capataces del imperio que van a casa del amo a pedir ayuda contra los peones sublevados. Es la confirmación de que la revolución centroamericana amenaza, ni más ni menos, todo el dominio imperialista en la región, todos sus instrumentos de subordinación y de control sobre estos países, sus pueblos y sus riquezas. Es además la confirmación, por si alguna faltara, de que la derecha, que también aprende, ha *centroamericanizado* la reacción y la contrarrevolución, no sólo a nivel militar con el Condeca (o lo que de él subsiste), sino también a nivel político: desplegados de los empresarios salvadoreños aparecen en los periódicos guatemaltecos; la Cámara de Industrias de Nicaragua publica en *La Prensa* de Managua desplegados con declaraciones antihuelguísticas y anticomunistas de Carazo Odio en Costa Rica; el venezolano Herrera Campins reafirma su apoyo a la democracia cristiana que integra la Junta salvadoreña; y así sucesivamente.

Mientras tanto, las aguas de los ríos de El Salvador siguen bajando cargadas de sacos con cadáveres mutilados por las torturas, y el ejército sigue quemando poblados y cazando campesinos y campesinas en el monte. La Junta, "última garantía de la democracia", es precisamente el tipo de gobierno débil y represor que, según el modelo ya clásico, prepara el camino para que la ultraderecha ascienda al poder y establezca como

política oficial el exterminio. Esa fue, por ejemplo, la función siniestra del peronismo tardío, con Isabel Perón a la cabeza, en la Argentina de 1975. (O, salvando el medio siglo de cambios en el mundo, el papel que cumplió la presidencia de Arturo Araujo en El Salvador, antes del golpe militar de Maximiliano Hernández Martínez y la atroz masacre de 1932.)

Hay una diferencia sustancial: la existencia, hoy, de la Coordinadora Revolucionaria de Masas y el Frente Democrático Salvadoreño que, si ascienden y se consolidan a través de su red de organismos como una alternativa efectiva de gobierno, pueden ahorrar a El Salvador y Centroamérica el baño de sangre que, con voces diferentes, le prometen D'Aubuisson, Mena Lago, Robert White y sus mandantes.[16]

[16] El 3 de abril, un día después de la proclamación del FDR en San Salvador, el mayor Roberto D'Aubuisson, ex director del Servicio de Inteligencia del ejército salvadoreño y reconocido jefe de bandas paramilitares, y el empresario Alfredo Mena Lago, cafetalero, anuncian en Washington, en una conferencia de prensa, la formación del Frente Amplio Nacional. Este frente dice contar con 32 organizaciones (entre ellas el Movimiento Pro Paz y Trabajo, el Movimiento Nacionalista Salvadoreño, el Frente Unido de Cafeticultores, el Frente Unido de Algodoneros) y disponer del apoyo "del 90% del ejército". Su objetivo es ingresar al gobierno y establecer una coalición con la Junta Militar en el poder para "salvar al país del comunismo".

6. ¡Armas para la revolución salvadoreña!*

El Salvador necesita apoyo hoy. Hace años, allá por el año 58, la revolución argelina estaba bastante sola en el mundo. Muchos marxistas no creían en ella, pues decían que era una revolución nacionalista. Los compañeros de Argelia luchaban solos. Muchos franceses los ayudaron. A los trotskistas de la IV Internacional, que sólo pudimos participar modestamente, cuando les preguntamos qué necesitaban, nos respondieron "¡Armas!". Gente tenían, solidez tenían, porque todos los argelinos radicados en Francia ponían parte de su salario para las fuerzas de liberación de su país. Pero el camino de las armas estaba bloqueado por todas partes. Por eso, entre las cosas que hicieron con nuestra ayuda fue establecer una fábrica clandestina de armas.

Hay otro caso ejemplar en la historia. Cuando la república española se vio cercada, las potencias imperialistas que no estaban con los países del Eje nazifascista descubrieron un modo singular de intervenir en esa guerra: un "comité de no intervención". No hacer llegar armas ni a los fascistas ni a la República. Como los fas-

*Publicado en *La Alternativa*, revista mensual, México, D.F., junio 1980.

cistas tenían las armas del ejército español, las de Hitler y las de Mussolini, los que se quedaron sin armas fueron los republicanos, calificados de comunistas, de anarquistas, de rojos. Los bloqueadores pagaron esto muy caro.

Pero hubo quienes rompieron ese bloqueo. México estuvo entre ellos. El gobierno de Cárdenas, antes de dar refugio a los españoles y de proteger a los derrotados, trató de que no fueran derrotados mandándoles armas. Y ésta no fue una decisión del general Cárdenas solamente, sino del pueblo mexicano. Porque las organizaciones sindicales hicieron grandes campañas para enviar víveres, dinero, medicinas y armas al pueblo español. Aunque la República no triunfó entonces, esa ayuda tuvo gran importancia para la España de hoy, y más todavía para el porvenir de México y de América Latina. ¿Cómo? En la formación de las conciencias del pueblo mexicano y de los pueblos latinoamericanos. Recuerdo estos dos casos porque veo similitud con El Salvador.

Todo movimiento que lucha contra un poder dictatorial necesita evidentemente medios, necesita armas. No es que éstas se vayan a repartir por todos lados, ni que cualquier movimiento que inicie una lucha las necesite. Pero cuando la situación se vuelca, cuando los movimientos comienzan a arrastrar masas, cuando las masas demuestran su apoyo contra todo peligro, como en el caso de la república española, de los argelinos o de las colonias portuguesas de África, es cuando han superado ese estadio crítico de la iniciación. Y es el momento en que todo el país dice " ¡Sí, éstos son! A éstos nosotros los apoyamos. ¡Ayúdenlos, apóyenlos ustedes también!"

Yo creo que esto es lo que las masas de El Salvador han dicho y lo están diciendo. No sostengo que todos los casos sean iguales. Pero hubo un momento en Nicaragua en que aquellos movimientos pequeños, aislados

aunque tenaces y que tenían la razón, pasaron este límite, comenzaron a arrastrar a las masas. De ahí que para todo el mundo fuera legítimo apoyarlos. No sé si en El Salvador esta transición ha pasado del todo. Pero el pueblo salvadoreño ya habló. Habló en las grandes manifestaciones del 22 de enero, en la manifestación del sepelio de Monseñor Romero, en la huelga general de marzo, y habla en lo que está haciendo todos los días. Habló y dijo que la Coordinadora Revolucionaria de Masas es realmente de masas. Y que ese apoyo es un derecho legítimo que esos compañeros se han ganado.

El Salvador hoy necesita este apoyo. Yo no digo que acá nos pongamos a juntar armas y cartuchos, pero digo que esto hay que decirlo, hay que mostrarlo, hay que intentar todos los medios para que los compañeros de la Coordinadora de Masas puedan recibir lo que la república española no recibió con el pretexto de la no intervención.

Me dirán que la República era el gobierno legítimo y la Coordinadora Revolucionaria de Masas no lo es. Si hay una diferencia, es jurídica y tiende a desvanecerse. Porque lo que interesa y hace la juridicidad, es la legitimidad que dan las masas.

Y si la República Española la tuvo, la Coordinadora la está ganando y mostrando.

¿Qué podemos hacer los que no estamos hoy en esa situación pero hemos estado ya o podremos estarlo mañana?

A nosotros nos toca abrir el camino para que esa legitimidad de la lucha de El Salvador sea finalmente reconocida. No digo que pueda serlo hoy. Digo que este camino se construye con la participación de todos. Digo que el reconocimiento como fuerza beligerante, que es un problema jurídico, no empieza como problema jurídico. Empieza como problema de legitimidad y de reconocimiento de esa legitimidad por los

movimientos y por las fuerzas políticas de otros países en los cuales podrán apoyarse luego las decisiones jurídicas necesarias.[17]

[17] En el marco de la campaña de solidaridad con la revolución salvadoreña en México, el 29 de abril se realizó un Foro de Solidaridad con El Salvador en el auditorio Che Guevara de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. La reunión tuvo el patrocinio de diversas facultades e institutos de la Universidad Nacional Autónoma de México. El texto que aquí aparece es un fragmento de la intervención sobre el tema, recogido y reproducido por la revista *La Alternativa* en junio de 1980. En la reunión, que se prolongó toda la jornada, participaron diversos oradores.

7. La derrota de Majano*

El coronel Majano ha perdido la prueba de fuerza con el mayor D'Aubuisson y la derecha del ejército salvadoreño. Había dos razones fundamentales para que así fuera. La primera es que encerró el enfrentamiento en los marcos institucionales de la oficialidad militar, donde naturalmente son más fuertes las tendencias más reaccionarias. La segunda, que en realidad Majano había estado cubriendo, con una fachada "reformista", la política represiva de esas tendencias dominantes en los altos mandos, y en consecuencia no podía —ni quería— llamar en su apoyo a algún sector popular para inclinar a su favor la balanza dentro de las fuerzas armadas. ¿Y cuál sector de masas lo iba a apoyar a él, presidente de la Junta que asesina o deja asesinar decenas de salvadoreños cada día?

Es inútil que Majano insista ahora, después de someterse a su destitución, en que cuenta con el apoyo de la "oficialidad joven". ¿El apoyo para qué? ¿Para la política de represión y de cobertura de las bandas paramilitares, que fue el rasgo dominante de su gobierno "reformista"? D'Aubuisson ha demostrado que no lanzaba baladronadas cuando afirmaba, ante sus patrones

Unomásuno, 15 de mayo de 1980.

en el Congreso de Washington, que contaba con el apoyo de la mayoría de la oficialidad salvadoreña.

En Majano funcionó el reflejo de disciplina y subordinación propio de todo jefe militar (salvo excepciones): cualquier cosa, antes que romper la unidad de la institución frente a las masas. Ese mismo reflejo continuará funcionando ahora en sus partidarios, fortaleciendo así al sector que acaba de ganar la prueba de fuerza. Vendrán posiblemente traslados y pases a retiro y quedarán con mando de tropa los hombres de Abdul Gutiérrez y del ministro de Defensa, José Guillermo García, cabeza oficial de la represión (las cabezas extraoficiales son Medrano y D'Aubuisson).

Como militar, el coronel Majano debe saber que cuando se lanza una ofensiva a fondo y no se alcanza el objetivo fijado (en este caso, el enjuiciamiento, al menos formal, de D'Aubuisson y su banda de asesinos), las posiciones no quedan en el punto donde la ofensiva se detuvo. Sobreviene un efecto de agotamiento en el atacante y comienzan a ganar terreno, hasta cierto punto, los contrarios. Si éstos saben obrar bien, pueden ganar mucho terreno. Y ellos conocen, seguramente, ese principio elemental.

La unidad de los militares no significa, necesariamente, la integridad del ejército. La tropa está trabajada en su conciencia por la influencia de las movilizaciones de masas. Por eso la táctica del Estado es utilizar bandas paramilitares como punta de lanza de la represión, no lanzar cada vez abiertamente a la tropa contra las masas. Pero precisamente esas incertidumbres en la tropa, mientras se mantengan a ese nivel (descontento, deserciones esporádicas, no confiabilidad de algunas guarniciones), empujarán a los oficiales de tendencias opuestas a unirse, porque una división y un enfrentamiento público entre ellos alentaría un desgarramiento real del ejército por su base.

Es oscura la actividad del embajador White en esta delicada coyuntura. Su cargo de "procónsul" —no es calificativo de la propaganda de izquierda, sino el título casi oficial que le dan en Estados Unidos— lo lleva a participar cotidianamente en tratos y alternativas incluso minúsculas de la política salvadoreña, como un ministro más de la Junta. Abundan las anécdotas al respecto. Es posible que él haya patrocinado el arreglo en que terminó la crisis entre Majano y D'Aubuisson. En todo caso, es seguro que su política busca mantener la continuidad del Estado represor.

No es D'Aubuisson en primera persona, en el poder del Estado, quien puede hacer ahora esa política. Su golpe frustrado —si existió— habría dado el justificativo a la insurrección popular. Lo que en realidad buscaba era el desplazamiento hacia la derecha que se produjo en la Junta. Eso permite a las bandas que él dirige (Unión Guerrera Blanca y otras), continuar su actividad impunemente, mientras la Junta cubre las apariencias. Ésta es la función que D'Aubuisson tiene asignada por el momento, a reserva de que tenga mayores ambiciones políticas para el futuro próximo.

Esta táctica, patrocinada por White, es sumamente peligrosa para la revolución salvadoreña. El máximo punto de acumulación de fuerzas parece haber sido, hasta ahora, la huelga general de marzo y las dos grandes manifestaciones, en enero y después del asesinato de monseñor Romero. Pero a partir de ahí, el ataque de las fuerzas represivas contra las masas se ha intensificado. Es un ataque permanente, por los flancos, asesinando decenas de personas cada día y manteniendo un terror y una inseguridad constantes en la población trabajadora, sin dar la cara a través de una represión militar en forma. Como señalaba hace días un militante peronista, se asemeja en algo a la táctica llevada bajo el gobierno

de Isabel Perón, cuando las bandas asesinaban y desangraban a las organizaciones de masas, los sindicatos y la población trabajadora, mientras el gobierno seguía hablando en nombre de las "reformas" y del "pueblo". Así se preparó, entre 1974 y 1975, la terrible y desembozada dictadura militar que después vino en Argentina.

Esa táctica juega sus cartas al cansancio de las masas. Efectivamente, éstas no pueden permanecer en forma indefinida a la expectativa de la insurrección, mientras sus enemigos implantan el terror cotidiano. En el caso de El Salvador, las organizaciones de masas y sus ramas armadas responden evidentemente con la misma moneda a ese terror y provocan muchas bajas en los cuerpos represivos. El estado de movilización de las masas, sin embargo, puede prolongarse muchos meses, pero no ilimitadamente.

Es cierto que tampoco la burguesía puede aguantar indefinidamente una situación como la salvadoreña. Fugas de capitales, huelgas, paralización de la siembra de algodón en estos meses, los efectos económicos de la crisis salvadoreña son devastadores sobre sus intereses, como lo son sobre el nivel de vida y los ingresos de los trabajadores.

Los movimientos de la extrema derecha y la derecha unidos indican que ven con claridad el acortamiento de los plazos por razones tanto objetivas como subjetivas. Es difícil y aventurado emitir opiniones desde lejos sobre una situación a la vez tan tensa y fluida. Pero parece innegable que las fuerzas revolucionarias no tienen nada que ganar si acaso persisten en esperar una división de la oficialidad (no de la tropa y los suboficiales, que son otra cosa) por el solo efecto de su crisis interna, y tienen mucho que perder si cuestiones de orden puramente táctico e inmediato ponen en peligro la unidad, duramente alcanzada, y la posibilidad cada vez más urgente

de un mando militar unificado de las armas de la revolución.[18]

[18] El 8 de mayo, por orden del coronel Arnoldo Majano, entonces presidente de la Junta de Gobierno y representante del grupo de oficiales conocido como Juventud Militar, son apresados Roberto D'Aubuisson y un grupo de militares y civiles de extrema derecha y quedan arrestados en el cuartel de San Carlos, principal centro de apoyo de Majano. La acusación es que preparaban un golpe de Estado de ultraderecha. Se abre una crisis en el ejército y varios cuarteles piden la liberación de D'Aubuisson, mientras otros solicitan su enjuiciamiento ante la justicia militar. El 12 de mayo las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional, en su parte de guerra número 6, se dirigen a la Juventud Militar manifestando su oposición a la liberación de D'Aubuisson y diciendo que ha llegado ha hora de definirse y de abandonar "tanta vacilación". Otras organizaciones político-militares no comparten la iniciativa de dirigirse públicamente a la tendencia majanista. Ese mismo día 12, horas más tarde, una reunión de altos oficiales del ejército realizada en la casa presidencial, sustituye a Majano en el comando supremo del ejército por el coronel Jaime Abdul Gutiérrez, del sector más conservador. El coronel José Guillermo García, ministro de la Defensa y miembro de la Junta, mantiene su puesto y con él el mando supremo de todas las fuerzas armadas. Majano conserva su lugar en la Junta y da su apoyo al nuevo comandante en jefe, Abdul Gutiérrez, subordinándose así a las jerarquías y aceptando su derrota. El 13 de mayo a la noche, D'Aubuisson y sus amigos son puestos en libertad.

8. Los democristianos ante El Salvador*

Giulio Andreotti no es un idiota: podría suscribir esta afirmación tan sencilla cualquier dirigente político italiano, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, cualquiera fuera su opinión sobre las demás cualidades políticas y morales del ex primer ministro y astutísimo representante de la democracia cristiana italiana.

Ahora bien, si este lugar común es verdadero, ¿por qué entonces Andreotti avala con su presencia una reunión como la realizada por la democracia cristiana internacional en Washington, donde han corrido estulticias como ríos salidos de madre y se han dicho tonterías del tamaño del mundo?

Es muy posible que Andreotti no crea en la representatividad del Frente Democrático Revolucionario de El Salvador ni en la fuerza de la Coordinadora Revolucionaria de Masas. Sería, creo, un serio error de información, pero no un absurdo político. ¿Pero cómo es posible que crean él y su partido, que ejerce hace 35 años el gobierno ininterrumpido en una sociedad tan compleja como la de Italia, que la actual Junta salvadoreña es una vía hacia la democracia, que el jefe máximo de las bandas paramili-

**Uno más uno*, 26 de mayo de 1980.

tares no es el ministro de Guerra de esa junta, el coronel García, y que los dos democristianos salvadoreños que la integran como ministros, Duarte y Morales Ehrlich, son realmente representativos de su corriente y no dos políticos que utilizan su investidura "democrática" y "cristiana" para cubrir una masacre cotidiana, que va desde monseñor Romero hasta el último de los campesinos católicos de El Salvador?

No, ni Andreotti ni la democracia cristiana italiana pueden engañarse así. Por razones pragmáticas que escapan a la información de que dispongo, han aceptado embarcarse en una empresa que no son ellos quienes dirigen y que los ata, de acuerdo con todos los indicios, a una alianza de la cual son comparsas, probablemente conscientes, pero seguramente segundonas.

La reunión de Washington tiene el aspecto de una amplia operación de reajuste interior de la democracia cristiana internacional, conducida por la alianza entre el dúo Carter-Brzezinski (los padres de dos ideas tan ingeniosas y exitosas como el envío de los helicópteros a Teherán y el boicot a las olimpiadas de Moscú) y el dirigente del ala derecha de la democracia cristiana alemana, Franz Josef Strauss, aspirante a canciller de la República Federal Alemana si su partido derrota a la socialdemocracia en las próximas elecciones generales.

Si esto es verdad, este candidato a neo-Führer (un "Führer con ideas modernas", mucho más ilustrado, internacionalizado y trasnacionalizado que su provinciano predecesor de allá por los años 30, hace medio siglo), busca también la hegemonía de su tendencia en el conjunto de la democracia cristiana. América Latina, y en particular Centroamérica, le parece un buen terreno para dar esa batalla preparatoria de otras mucho mayores en el futuro. (Y para enfrentar allí a sus enemigos, la socialdemocracia alemana y europea, que en la reunión de Santo Domingo y en la reciente de San José de Costa Rica sobre

Guatemala, no ocultaron que están apostando al bando opuesto.)

El dúo Carter-Brzezinski, notoriamente molesto por las iniciativas de la socialdemocracia europea, por las fricciones dentro de una alianza atlántica que no quiere someter su política internacional en Irán o en otras partes del mundo a las necesidades electorales de Jimmy Carter, por las actitudes de autonomía relativa de Giscard D'Estaing y hasta por la gira europea del presidente de México, se ofrece entonces como anfitrión y patrocinador solidario de la reunión internacional de la democracia cristiana, la cual avala en sus deliberaciones la política centroamericana y salvadoreña de Washington.

O sea, El Salvador es el motivo y el pretexto de un posible eje Carter-Brzezinski-Strauss (o Reagan-Strauss, si ambos ganan sus elecciones) que tendría alcances mundiales y latinoamericanos extensos si llegara a consolidarse efectivamente.

Pero es también el peor de los motivos actuales. Porque la reunión de Washington ha debido silenciar, entre otros mil, tres hechos que por su evidencia claman a los cielos:

1] En El Salvador no hay tal reforma agraria ni tales reformas. Fuera del papel y de los discursos, hay sólo sangre, tortura y miseria. La junta de gobierno y su ministro de guerra son los organizadores de la represión más sangrienta que vive en estos días país alguno de América Latina.

2] En El Salvador no hay tal lucha entre extrema derecha y extrema izquierda, con la Junta en el centro "moderado". Si pocas dudas cabían antes, acaban de despejarse con la liberación del mayor D'Aubuisson, jefe directo de los torturadores y asesinos (ver artículo de Gregorio Selser en *El Día*, 25 de mayo 1980), y su integración de hecho en el esquema de gobierno luego de la derrota de palacio de Majano. Lo que hay

son *dos bloques contrapuestos y polarizados:* por un lado la derecha y la extrema derecha aliadas en la Junta de Gobierno y ejecutoras del esquema represor; por el otro lado, el centro y la izquierda aliados en el Frente Democrático Revolucionario, cuyo apoyo material es la Coordinadora Revolucionaria de Masas y un amplio conjunto de organizaciones populares, sindicales, políticas de todo tipo. Entre ambos polos enfrentados, *no hay nada ni se puede ya inventar nada.*

3] En El Salvador la democracia cristiana está abierta y orgánicamente dividida: dos de sus dirigentes de derecha, Duarte y Morales Ehrlich, integran la Junta y estuvieron en la reunión de Washington; otros dirigentes del mismo partido, como Dada y Mayorga, rompieron hace meses con la Junta y este último integra el Frente Democrático Revolucionario, al cual apoya también buena parte de la juventud democristiana. La reunión de Washington parece haber resuelto jugar la suerte de toda la democracia cristiana internacional a la política de los dos dirigentes democristianos salvadoreños que se mantuvieron sin pestañear en sus puestos de ministros después del asesinato del jefe de la Iglesia católica de El Salvador, monseñor Romero, a manos de los *killers* enviados por D'Aubuisson y su superior jerárquico, el ministro de Guerra García.

Circunscribiendo aun más la pregunta inicial: ¿a quién representa Andreotti, el hombre que en tiempos recientes se empeñaba en mantener el contacto con los comunistas italianos, en la reunión de Washington? ¿A todo su partido? ¿A una fracción de él, que en todo caso difícilmente sería la misma que apoyó su política de acuerdos en Italia? ¿O acaso está representando algo más sutil y significativo, que sería la política vaticana (cuyo brazo secular en política ha sido, entre otros, la democracia

cristiana), notoriamente lanzada, con el nuevo papado, de su antiguo ámbito italiano al vastísimo escenario mundial?

No tengo la respuesta a estas preguntas pero el futuro, sin duda, la tendrá. Y ese futuro no augura nada bueno para quienes en El Salvador le juegan hoy a los cristianos Duarte y Morales, como en Vietnam le jugaron ayer al no menos cristiano Cao Ky.[19]

[19] El 22 de mayo tuvo lugar en Washington una reunión internacional de la democracia cristiana, la Conferencia sobre el Estado de los Partidos Demócratas Cristianos y Centristas en América Latina y el Caribe. La patrocinó la Fundación Konrad Adenauer. Asistieron, entre otros, los dos miembros democratacristianos de la Junta salvadoreña, José Napoleón Duarte y Antonio Morales Ehrlich, el alto dirigente de la DC venezolana Arístides Calvani, representantes de la democracia cristiana centroamericana, alemana, belga, argentina y de otros países, y Richard Allen, asesor de Ronald Reagan en asuntos de política internacional.

La reunión discutió la participación de la democracia cristiana en gobiernos de coalición con los militares en América Latina como alternativa a la llegada de la izquierda al poder. La propuesta consiste en que la democracia cristiana trate de participar desde ya en los gobiernos militares que "se oponen al comunismo" y trate de cambiarlos paulatinamente desde adentro, mitigando su carácter dictatorial "sin necesidad de derramamiento de sangre". Arístides Calvani es, posiblemente, la figura latinoamericana clave en esta estrategia. El modelo al cual la reunión dio su apoyo es, precisamente, la Junta salvadoreña.

La información inicial según la cual en esa reunión había estado presente Giulio Andreotti, dirigente y ex primer ministro de la democracia cristiana italiana, fue posteriormente desmentida, en una carta publicada en *Unomásuno* el 15 de junio de 1980, por un funcionario de la embajada de Italia en México.

9. La huelga general*

La huelga general de 48 horas que ha realizado el pueblo salvadoreño es una de las expresiones más nítidas, en la historia latinoamericana de estos años, de la maduración *objetiva* y *subjetiva* de una situación revolucionaria.

Una huelga general es siempre una acción en que la clase obrera moviliza y pone en tensión todas sus fuerzas y, al paralizar la producción, cuestiona al Estado y al capital, afirma su independencia de pensamiento y de acción y se coloca como sujeto de la historia. Puede cada obrero, como individuo, no tener conciencia completa de la trascendencia de su acto. Pero la clase obrera como tal, que forma históricamente su conciencia de clase en la acción huelguística, *habla* con toda su voz en cada huelga general, construye en ellas su confianza en sí misma y va adquiriendo la convicción de que es capaz de resolver la crisis de la nación.

Cada huelga general plantea, implícitamente, la cuestión del poder en la sociedad moderna, mucho más cuando su objetivo es declaradamente político. Pero por sí sola no lo resuelve. Es el clásico error de las direcciones sindicalistas, que creen poder enfrentar al ejército y derrotar

***Unomásuno*, 26 de junio de 1980.

los golpes militares simplemente interrumpiendo el trabajo. En Chile en 1973, en Argentina en 1976, y en tantas otras partes, esa ilusión llevó a la catástrofe.

Pero también cada insurrección popular victoriosa —aunque a veces sólo sea días o semanas— ha sido acompañada por huelgas generales: así fue en Italia en 1945, a la caída del fascismo; en Hungría en 1956, contra los tanques soviéticos; en Saigón en 1975, cuando la victoria de la revolución vietnamita; en Irán y en Nicaragua en 1979.

La característica específica de la huelga general salvadoreña del 24 y 25 de junio es que no pretende sustituir a la insurrección ni poner de rodillas al Estado represor mediante la sola paralización del trabajo. Pretende, al contrario, continuar *la preparación de masas para la insurrección.*

Sus dos rasgos principales han sido, primero, el carácter masivo del paro, que suspendió entre el 80 y el 90% de las actividades, lo cual en cualquier país del mundo equivale a un *paro total;* segundo, que fue realizada y conducida con prudencia, cuidando las fuerzas populares, rehuyendo enfrentar a las patrullas del ejército con manifestaciones y realizando en cambio pequeños mítines y reuniones barriales. Éstos testimonian una vez más la capilaridad y la extensión de la autorganización de las masas en múltiples organismos de base, cuyas mallas no pueden ser destruidas pese a la intensidad y crueldad de la represión militar y paramilitar. En la actividad autónoma y múltiple de esos organismos se está templando y consolidando la estructura del futuro poder.

Una huelga no tumba a un gobierno militar, a menos que divida y ponga en crisis al ejército y pueda ofrecer, al mismo tiempo, una alternativa de poder. Es seguro, sin embargo, el impacto de este paro sobre la estructura entera del Estado. Un testimonio lo da la declaración de monseñor Arturo Rivera —quien dista de mostrar la re-

solución y la pasión de su predecesor asesinado, monseñor Romero—, al manifestar que "el pueblo ha respaldado la huelga general". Más que a los oprimidos, que ya lo saben, la declaración de monseñor parece una advertencia y un consejo a los poderosos. Por otro lado, el frenesí de desmentidos y llamados del general Abdul Gutiérrez es un síntoma de su necesidad de contener la crisis en el ejército y el peligro de mayor desmoralización en las exiguas fuerzas democristianas que todavía cubren a la Junta militar.

Aunque siempre es arriesgado opinar desde lejos, llama la atención también la notable noción del *tempo*, del ritmo objetivo revolucionario, que muestra la dirección de masas. Cada vez que ha dado un nuevo paso organizativo de importancia lo ha hecho respaldada en una gran acción de masas. Esta vez se ha apoyado en esta huelga unánime para anunciar la formación de la dirección política única y del comando militar único de la revolución, que aparecen así ante las masas como fruto y resultado de su propia acción unificada desde abajo.

Un mando unificado y centralizado es condición necesaria de la insurrección, como de cualquier acción militar. Esto, que lo sabe bien el ejército, lo comprende todo trabajador, a quien su experiencia dice que no se puede ir a una huelga si antes sus direcciones no se unifican, para esa acción, en un único comité de huelga donde estén representadas todas las tendencias con apoyo y organización en las bases; menos, entonces, a una insurrección. En El Salvador, ese mando militar unificado acaba de conquistarse, sin que nadie deponga sus ideas y superando dificultades que tiempo atrás parecían insalvables.

Las masas, que se vieron a sí mismas unidas en la huelga general, ahora ven al mismo tiempo unida a su dirección. Esta combinación no puede sino acrecentar la confianza y la fusión entre ambas.

No hay que alimentarse con ilusiones: el alto mando imperialista ve también todo esto y no está dispuesto a

permanecer de brazos cruzados. Sin embargo, la *madurez* que muestra esta revolución en sus masas y en sus dirigentes y su profunda *raíz proletaria*, permiten ser optimistas y, sobre todo, obligan a la solidaridad sin condiciones y sin límites. Es así, y no de otra manera, como la nación salvadoreña está irrumpiendo hoy en la historia.[20]

[20]La huelga general de los días 24 y 25 de junio fue la más completa lograda hasta ese momento y paralizó totalmente la industria, el comercio, el transporte y la administración pública. Junto con el anuncio del resultado de este paro total, testimonio del apoyo de la población al Frente Democrático Revolucionario, se informó la constitución de un mando político-militar único de las cuatro principales organizaciones combatientes: el Ejército Revolucionario del Pueblo. las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional, las Fuerzas Populares de Liberación y el Partido Comunista Salvadoreño, y la coordinación de este mando por Movimiento de Liberación Popular (MLP), organización político-militar de formación más reciente y menor peso numérico. El mando único se denomina Dirección Revolucionaria Unificada (DRU), y se constituye como la instancia superior de las fuerzas revolucionarias para la conducción de la guerra.

Durante los dos días de huelga general, el ejército patrulló las calles de El Salvador y otras ciudades pero no intensificó la represión, y en esos días prácticamente no se registraron bajas en ninguno de los dos bandos.

10. Experiencias y conquistas de una huelga límite*

En la huelga general se concentran, siempre, algunas de las expresiones más elevadas de la lucha de clases del proletariado. Por eso mismo, cada huelga general tiene características específicas, de acuerdo al nivel y a las formas de la lucha de clases en el país dado. Muy fácil ha sido a la Junta militar de El Salvador, a sus portavoces democristianos y a los múltiples medios informativos dispuestos a aceptar su opinión sin someterla al menor análisis crítico, hablar del "fracaso" de la huelga general del 13, 14 y 15 de agosto pasados y lanzar, al menos para consumo exterior, un suspiro de alivio.

Otras son las informaciones y las apreciaciones que desde el interior van haciendo llegar los revolucionarios salvadoreños. El cuadro que de ellas se desprende es muy diferente del que pinta la propaganda de la Junta, y su balance de las tres jornadas directamente opuesto. Pero este balance no se puede extraer de los simples porcentajes de huelguistas —elevados de por sí, aunque menores que los de la huelga general de junio—, sino de su combinación con la situación y los objetivos específicos bajo los cuales tuvieron lugar esas jornadas.

*_Unomásuno_, 21 de agosto de 1980.

No es pequeña cosa que, en la jornada más alta del movimiento huelguístico, el ausentismo haya sido del 70% en industrias y fincas, el 60% en comercio y transporte y el 50% en la administración pública. Cualquier huelga general con esas cifras constituye ya un éxito relativamente importante. Pero la calidad de las cifras es superior si se consideran las condiciones de represión y terror bajo las cuales debió desarrollarse el paro: amenazas de despidos masivos, asesinatos de militantes obreros y campesinos, cerco militar de instalaciones fabriles, amenaza de muerte por los paramilitares a los comerciantes que cierren, autobuses circulando (vacíos, por supuesto) con dos soldados atrás y uno junto al chofer, la ciudad de San Salvador prácticamente ocupada por un ejército que concentró en esos días allí lo mejor de sus efectivos para enfrentar esta prueba de fuerza con el movimiento de masas. En esas condiciones, 70% de parados en industrias y fincas es un resultado sorprendente.

Menor que en la huelga general de junio, se dirá. Es verdad, como es verdad también que la magnitud de cada huelga no se puede medir aisladamente, sino en relación con el curso general del movimiento huelguístico, para saber si hay un ascenso, una detención o una inflexión de la curva. La huelga general de junio pareció haber tocado el punto máximo en cuanto a amplitud y determinación, así como las manifestaciones de marzo tocaron el máximo en cuanto a este tipo de movilización, después de lo cual o se profundizan los métodos y formas de lucha en dirección de la conquista del poder, o comienza paulatinamente un desgaste de la capacidad de movilización de las masas bajo los efectos de una represión cuya diversidad, profundidad y multiplicidad de métodos es realmente ejemplar.

Pero el significado de la última huelga general de El Salvador comienza a comprenderse si se la entiende como lo que fue: una *huelga límite, situada entre la huelga ge-*

neral clásica, como la de junio, y la *huelga insurreccional* que aún no ha comenzado. Entonces ya no bastan las cifras comparativas de huelguistas para medir sus resultados, sino que hay que introducir en el análisis otros factores.

Después de la huelga de junio, la Junta y el ejército sacaron sus conclusiones y decidieron paralizar por el terror militar la huelga de agosto. Esto los obligó a concentrarse en San Salvador y desguarnecer muchas poblaciones del interior, coyuntura que las fuerzas de la Dirección Revolucionaria Unificada (DRU) aprovecharon debidamente, como registran las crónicas, multiplicando en esos días emboscadas, ataques y ocupaciones de poblados. Ni la acción huelguística ni la acción armada en El Salvador son *inteligibles* y *mensurables* si no se comprende que se trata de una combinación inextricable de una *lucha de clases proletaria* con una *guerra civil* sin frente fijo ni retaguardia. Precisamente, del *contenido de clase de la lucha insurreccional* combinado con el *contenido insurreccional de la lucha de clases*, proviene la dificultad para entender de tantos cronistas habituados a formas más clásicas y lineales de los enfrentamientos. Mientras el ejército ocupaba masivamente la capital y bajaba, por fuerza, el número relativo de huelguistas, los barrios populares suburbanos eran tomados por las *fuerzas regulares* de la DRU, combinadas con las *milicias populares* y las *unidades de autodefensa*, las tres formas de organización armada desarrolladas por los revolucionarios salvadoreños. Pese a los ametrallamientos por helicópteros artillados y al hostigamiento del ejército, esos barrios y poblaciones se mantuvieron durante buena parte de esas jornadas en poder de los insurgentes (ya que el ejército no podía dispersarse y abandonar el centro acudiendo a todos lados), y bajo su protección se desarrollaron, más que mítines o asambleas, diversas formas de ejercicios armados con participación de la población, con armas

regulares o de fabricación casera, con inventivas tácticas innumerables (e inimaginables para una sola cabeza, sobre todo si ésta es de militar de escuela), verdaderamente *a la vietnamita.* Todo esto no aparece en las cifras de huelguistas que provocaron la exultancia triunfalista de los democristianos, pero se acumula en la experiencia de las masas y en su confianza en sí mismas para las semanas y los meses decisivos por venir.

Si los informes que van llegando de los revolucionarios salvadoreños son verídicos —y no hay razón para dudarlo—, ellos y el pueblo salvadoreño han inventado, en estos días, *un nuevo tipo de huelga general en América Latina*, superior a las grandes huelgas generales pero sin armas de los obreros argentinos y a las huelgas insurreccionales pero sin dirección nacional centralizada y revolucionaria de los mineros bolivianos. Esas noticias dicen, además, que uno de los problemas que tuvo que resolver la DRU, sacando conclusiones de la experiencia de la primera insurrección de Estelí en Nicaragua y otras similares, fue contener aquí y allá la presión o los impulsos insurreccionales prematuros que, obteniendo un éxito local pero aislado, habrían permitido al enemigo concentrar su fuego sobre un punto y masacrar una población entera.

Esta huelga general política, que busca ofrecer el menor blanco posible a la concentración del ejército represor al mismo tiempo que es apoyada y protegida por las fuerzas regulares e irregulares del ejército insurgente de la DRU, es así, una experiencia inédita en América Latina. Y en una huelga general política lo que cuenta al hacer el balance, es lo que viven, sienten y aprenden las masas y no los partes oficiales del enemigo. Esas son las conquistas *materiales* de la huelga.

Los acontecimientos de El Salvador se van desarrollando como una lección casi clásica de estrategia revolucionaria. Un pueblo entero va aprendiendo en ellos, a la luz

de una clandestinidad de masas, bajo la represión multiforme del enemigo, el arte más difícil de la táctica revolucionaria: el arte de la insurrección. Nada de esto se aprende sin el viejo método empírico de la prueba, el error y la corrección, y sin ir generalizando los resultados de esa práctica en conclusiones para las acciones sucesivas. El método a veces es costoso, pero no hay otro. Esa combinación entre práctica y generalización es imposible, en la lucha de clases, sin una movilización de masas y sin una dirección revolucionaria centralizada y arraigada en la población trabajadora, capaz de asimilar las experiencias y de organizar y dirigir, en consecuencia, las fases sucesivas y más agudas del enfrentamiento, aprendiendo ella misma junto con esas masas. Con la formación de la DRU, esa combinación parece afirmarse en El Salvador. La victoria no será fácil ni está asegurada. Pero estas tres jornadas de agosto, lejos de ser un éxito de la Junta, son una prueba más —diversa de las anteriores, diferente de las siguientes—, franqueada por la revolución salvadoreña en su acumulación de fuerzas y de experiencias hacia sus horas decisivas.[21]

[21]El FDR llamó a una huelga general para el 13, 14 y 15 de agosto para exigir el cese del estado de sitio, el retiro del ejército de una Universidad, la libertad de los presos políticos y otras demandas. Frente a una gran movilización preventiva y represiva del ejército y a las amenazas de la Junta de despidos y cierre de comercios que se adhirieran al paro, la participación en la huelga fue parcial, ciertamente menor que en la huelga de junio. Las estimaciones de la prensa internacional oscilaron entre un 50 y un 70% de huelguistas en la industria y un 30 y un 50% en el comercio en los dos primeros días, con cifras mucho menores en el tercer día. El gobierno se apresuró a declarar el fracaso total de la huelga. La DRU hizo un balance diferente, integrando en los resultados el conjunto de acciones militares intensificadas en esos tres días, mientras el ejército debía concentrarse en desalentar el paro laboral y la participación de muchos sectores de la población en dichas acciones.

11. Los ritmos de la crisis salvadoreña

I. OFENSIVA EN DOS FRENTES DEL CORONEL GARCIA*

Crisis encontradas atraviesan a la sociedad salvadoreña y se reflejan, en formas diferentes, en ambos bandos beligerantes. Es una situación propia de una sociedad sometida a una extrema tensión, donde la violencia alcanza ya niveles difícilmente imaginables y se traduce en masacres, asesinatos y torturas, fusilamientos de revolucionarios, de simples obreros o campesinos o de agentes de las fuerzas represivas, desplazamientos de poblaciones enteras hacia las "aldeas estratégicas" establecidas por el ejército, hacia las zonas protegidas por las fuerzas insurgentes o hacia el difícil y muchas veces ilusorio refugio de los países vecinos. Todas estas son desgarraduras más o menos profundas del tejido social, que van desarticulando el aparato económico y poniendo en crisis el funcionamiento del aparato estatal y administrativo, pero también van sometiendo a un efecto de desgaste la increíble capacidad de persistencia en la movilización y en el combate que están mostrando las masas salvadoreñas en este año crucial de 1980.

Este efecto podría ser contrarrestado por próximas victorias de importancia de las fuerzas revolucionarias

Unomásuno, 13 y 14 de septiembre de 1980.

sobre los cuerpos armados de la Junta militar. Pero también ésta lo sabe, y ha aprendido de sus enemigos no sólo a buscar los enfrentamientos que éstos eluden cuando el terreno les es desfavorable, sino a eludir aquellos choques que los revolucionarias buscan cuando y donde las condiciones son favorables a ellos.

La huelga general de mediados de agosto evidenció ya este nivel crítico del equilibrio de fuerzas. Y la huelga electricista, una semana después, rápidamente reprimida con la militarización de los trabajadores y el encarcelamiento de sus dirigentes, terminó de borrar las expresiones de euforia que al día siguiente de la huelga general lanzaban los democristianos por el supuesto "fracaso" de los huelguistas. Más precisamente, esa euforia quedó reducida a sus verdaderas dimensiones: la de un sentimiento no de victoria sino de alivio porque la temida amenaza de que la huelga general fuera el preludio inmediato de la insurrección, no se había materializado. La realidad había mostrado a las tres jornadas de agosto como una etapa más del proceso de acumulación de fuerzas y de experiencias. Que esa experiencia, con todas sus dificultades, había sido asimilada por los revolucionarios, lo dijo luego tanto la huelga electricista como el recrudecimiento de las acciones armadas de la DRU en las semanas subsiguientes.

Del virtual empate de la huelga general de agosto, el alto mando del ejército sacó la conclusión de que era el momento de acentuar la ofensiva contra el movimiento sindical y, a la vez, de ajustar definitivamente las cuentas a la tendencia de Majano en el ejército. De ahí la decisión de encarcelar y enjuiciar militarmente a los dirigentes de la huelga electricista y, al mismo tiempo, la orden de traslado de los oficiales majanistas, cuyas posiciones estaban crecientemente debilitadas a partir de la derrota de Majano en la pugna interior del mes de mayo pasado.

Esta ofensiva en dos frentes, al parecer dirigida por el coronel José Guillermo García, puede estar relacionada con un acercamiento más estrecho entre el mismo García y los ministros democristianos y, posiblemente, con una opción de Washington a favor de esta alianza como eje de su política en El Salvador, abandonando a su suerte al coronel Majano. Pero la decisión de desplazar definitivamente a los majanistas tiene que ver también con los ritmos de la crisis interior en el ejército, que no se detiene porque Majano pierda fuerza y autoridad. Al contrario, su eclipse definitivo podría dejar en libertad de decisión y de acción a un sector más reducido de la Juventud Militar que, siendo más radical que Majano y habiendo hecho la experiencia del fracaso de su táctica claudicante ante la derecha, puede sentirse inclinada a ir más lejos y, en un momento de crisis, a pasarse directamente del lado de la revolución. Obviamente, los revolucionarios no pueden basar su perspectiva ni su actividad sobre la existencia o los ritmos de esta crisis militar pero, a la inversa, tampoco pueden ignorarla como un factor adicional en los momentos de las decisiones mayores.

Pero hay otro factor que presiona a García para apresurar los ajustes de cuentas, y a los democristianos y al imperialismo para consolidar una fusión con él y su tendencia. Es la agudización de la crisis económica, con el aumento de la fuga de capitales (según el FDR, 2 mil millones de dólares desde 1976; según el subsecretario de Economía de la Junta, Oscar R. Melgar, *sólo* 800 millones de dólares); los cierres o traslados de fábricas enteras a países vecinos; la desorganización del sistema económico; el incremento de los gastos militares; la caída de la actividad agrícola como resultado de la violencia extrema que asuela los campos donde se producen el café, el algodón, el azúcar, los principales productos de exportación del país; el déficit de la balanza de pagos, que para este año se calcula en no menos de 150 millones de dólares; y la

amenaza de devaluación del colón (cotizado hoy a 2.50 por dólar), que se va volviendo prácticamente ineludible pese a que el gobierno se resiste a tomar tal medida por el efecto que los consiguientes aumentos de precios tendrían sobre la pequeña burguesía, volcándola en masa contra la Junta (recuérdese que Somoza debió devaluar el córdoba *in extremis*, en abril de 1979, lo cual dio el golpe final a sus precarios apoyos).

Todo esto dice que la triple alianza del coronel García, los democristianos y el imperialismo está corriendo una carrera contra el tiempo, en la cual están lejos de controlar todos los factores. Deben adoptar sus decisiones bajo la doble presión de la crisis de la sociedad, su economía y su Estado, por un lado, y del hostigamiento militar y social de las fuerzas revolucionarias, por el otro. Por eso el aspecto enérgico de algunas de esas decisiones —la prisión de Recinos y sus compañeros, por ejemplo— esconde las urgencias bajo las cuales deben tomarlas. Sin embargo, su sentido es inequívoco: acentuar la represión, desdibujar las reformas. Y en la medida en que ese curso se acentúa, la alta burguesía salvadoreña se apoya más y más en la triple alianza y va dejando en segundo plano (sin descartarlo jamás) al fascista D'Aubuisson, como un elemento de presión integrado en ese esquema y no como una real alternativa independiente.

Pero, al mismo tiempo, esa carrera contra el tiempo asimismo, es la de las fuerzas revolucionarias, sobre las cuales también se ejerce con intensidad paralela la extrema presión proveniente de la crisis de la sociedad y de sus efectos sobre la población trabajadora. Conviene analizar aparte cómo esas presiones, y el cambiante cuadro de los reajustes en el bando enemigo y en sus iniciativas, se manifiestan en la política de las organizaciones revolucionarias salvadoreñas.

II. Unidad y Contradicciones en las Filas Revolucionarias

Bajo la presión del tiempo y de la crisis, el sector dominante de la junta militar salvadoreña (que necesariamente coincide con el sector dominante en el ejército, dirigido por el coronel José Guillermo García) ha emprendido las operaciones necesarias para imponer la unidad de la Junta bajo su hegemonía indiscutida. Lo ha hecho, como es natural, con la imposición de los métodos militares sobre las otras fracciones (caso típico, la de Majano). Éstas, por su parte, se someten a esa imposición porque quedan paralizadas por la idelogía común de la unidad del ejército como bien trascendente e intocable. Son esos métodos, por lo demás, los que regularmente utiliza la burguesía para recomponer sus crisis a nivel político y militar y asegurar su unidad de acción, bajo la conducción de una de sus facciones, frente a su enemigo de clase en los momentos decisivos. Cuando no lo logra, su entera dominación en la sociedad corre peligro.

Esta salida momentánea de la crisis en la Junta, como hemos visto, es precaria y está amenazada desde afuera y desde adentro. Pero el factor tiempo también aquí es decisivo y el bloque hoy dominante en la Junta sabe que si en plazo relativamente corto consigue algunos éxitos, éstos alimentarán su estabilidad y podrá operarse en su torno un reagrupamiento más sólido para una ofensiva a fondo contra la revolución.

Precisamente cuando la Junta atraviesa esta situación, y por obra de los mismos factores sociales que también operan en el campo opuesto, se ha abierto una crisis en la unidad de las fuerzas revolucionarias. Y lo dramático de esta crisis es que ella, si culmina en una división duradera, no sólo dificultará golpear al enemigo en el momento en que éste aún no ha consolidado su nueva y

precaria unidad ni cerrado su crisis interna, sino que ofrece un mayor blanco a ese mismo enemigo para anotarse algunos éxitos tratando de batir por separado, en combates parciales, a las fuerzas revolucionarias.

De los comunicados mismos no surge claro el motivo central de las presentes divergencias, que llegan a una virtual amenaza de división. Ese motivo no puede ser, a cuanto pueda verse, la actitud hacia la fracción militar de Majano, foco de anteriores disensiones, ya que la posición de las FARN al respecto es similar en sus últimas declaraciones a la de los otros componentes de la DRU.

Los hechos posteriores a la huelga general de agosto, y el balance mismo de esta huelga, llevan a pensar que la principal causa objetiva que ha exacerbado las divergencias es, justamente, la decisión sobre qué hacer después de la huelga general, cómo continuar la ofensiva sobre un enemigo cuya debilidad es manifiesta, pero cuya habilidad de maniobra y capacidad política no pueden de ningún modo ser subestimadas (tanto que ese enemigo se muestra dispuesto a aprovechar esta situación de los revolucionarios para montar su propia contraofensiva).

El dilema de las organizaciones revolucionarias no está en sus cabezas, sino en la realidad: qué acción de masas sigue a la huelga general de agosto, si la huelga general clásica ya no es posible y para pasar inmediatamente a la huelga insurreccional aún no existen las premisas materiales necesarias. En otras palabras, cómo continuar más allá de ese límite objetivo el proceso de acumulación de fuerzas sin que éste toque un techo a partir del cual se estabilice y no vaya más lejos, dando lugar así a una recuperación de la iniciativa del enemigo. Y, bajo el fuego exasperado de la lucha de clases y el enfrentamiento militar, la respuesta no puede mantenerse a la espera, porque por un lado el enemigo no espera (si no, se descompone él mismo) y por el otro podría in-

sinuarse un proceso de fatiga en sectores de masas sometidos a niveles casi inverosímiles de violencia y represión.

La primera respuesta parecer ser que las fuerzas revolucionarias necesitan anotarse en plazos próximos algunos éxitos importantes (aunque no se trate de la ofensiva final) en el plano militar o en el social, que paralicen o dificulten el proceso de unificación hegemónica del enemigo y alimenten la persistencia de la movilización de masas. Sin ser derrotas, ni la huelga electricista (pese a su importancia) ni la última huelga de Fenastras han constituido ese tipo de éxitos resonantes, como no alcanza a constituirlo tampoco el recrudecimiento de las acciones militares de otras organizaciones (aun con el desgaste que ellas provocan al enemigo).

Esos éxitos sólo parecen concebibles, en el momento actual, si postergando cualquier tipo de decisión definitiva e irreversible sobre la separación de las organizaciones revolucionarias, éstas lograran llegar a un acuerdo concreto, sobre una o una serie de acciones precisas de cierta envergadura, que desencadenaran nuevamente, a la vez, los procesos de crisis en el frente enemigo y los procesos unitarios en el propio frente.

Pero más allá de estas reflexiones excesivamente simples, lo que la actual crisis sugiere es que la unidad no estaba madura a los niveles en que se proclamaba; y que, entonces, es preciso recomponerla a partir de sus niveles reales, que son de todos modos notablemente altos. No se pueden encarar acciones decisivas sin la unidad, pero tampoco se puede romper la unidad a cada divergencia sobre las acciones decisivas.

Por otra parte existe la tendencia, vieja herencia del pasado, a confundir frente único con unidad orgánica en un solo partido, y a creer que si esto último no se logra, no hay frente único posible entre organizaciones que tienen orígenes y concepciones diversas aunque todas sean

organizaciones revolucionarias y socialistas. La unidad de los revolucionarios salvadoreños ha sido y no puede ser sino al nivel del frente único —eso, en sustancia, son la CRM y la DRU—, lo cual garantiza acuerdos muy claros, sólidos y operativos sin que nadie pierda su identidad ni se someta a la imposición hegemónica del otro. El frente único no anula las divergencias, pero debe garantizar un marco unificado para discutirlas, una acción unida frente al enemigo y una disciplina común para llevar adelante esa acción. En cambio, puede revelarse sumamente peligrosa, y en última instancia fuente de enfrentamientos y divisiones, la idea de llegar forzosamente a un partido único, como si ésta fuera la única forma posible y aceptable de unidad.

Si ha de lanzarse una ofensiva final, el mando militar único es tan imprescindible como lo es el comité de huelga único en una lucha sindical. Ambos exigen, en la acción contra el enemigo militar o patronal, una disciplina estricta de respeto a las decisiones adoptadas. Pero ninguno de los dos significa por fuerza disolver todas las organizaciones en una sola. Reconocer este hecho facilita enormemente las cosas.

Son las dificultades enormes y la agudización extrema de la lucha lo que pone a prueba la unidad. Quien no hace nada, no tiene contradicciones. Pero es preciso no olvidar jamás que la unidad de los revolucionarios, una vez alcanzada como se logró hacerlo en El Salvador en el curso de este año, deja de ser una propiedad de las organizaciones que la han realizado, y pasa a ser un bien común de las masas que bajo su dirección se movilizan y combaten. El frente único no es una necesidad de las organizaciones revolucionarias para luego tratar de alcanzar en su interior la hegemonía. *Es una necesidad de las masas en lucha, su necesidad suprema en los momentos decisivos.* Sería de extrema peligrosidad no respetar esa conquista

precisamente cuando el enemigo está buscando superar su crisis.

Fue la presión, la combatividad, la decisión y arrojo sin límites de las masas, y no sólo la capacidad o la habilidad estratégica y táctica de los revolucionarios que las dirigen, lo que antes permitió limar divergencias y constituir primero la CRM y luego la DRU en El Salvador. Retroceder de esas conquistas, bajo cualquier motivo, no paralizaría a las organizaciones político-militares, que sin duda continuarían sin vacilaciones su combate. Pero sería un golpe profundo a la confianza y la esperanza de las masas y no habría explicación ni justificación ideológica que pudiera contrarrestar, si la división se revelara irreversible, el efecto de desaliento y principio de desmovilización que ese golpe tendría sobre el pueblo salvadoreño. Él es el dueño, el depositario y el destinatario de la unidad, y no hay esfuerzo de conciliación o concesiones mutuas que resulten excesivos si es que esa conquista ha de ser preservada y respetada.[22]

[22]El 21 de agosto, mientras continuaba intensificándose la actividad militar de la DRU, el sindicato de electricistas (STECEL), que agrupa a los casi 2 mil obreros de la rama y forma parte de la Federación Nacional Sindical de Trabajadores Salvadoreños (FENASTRAS), declaró un paro y dejó sin luz a San Salvador y otras regiones del país. Los trabajadores exigen la derogación del Decreto 296 que prohíbe a los empleados públicos sindicalizarse e ir a la huelga, y la reincorporación de más de seiscientos trabajadores despedidos por adherirse a la huelga general de mediados de agosto. El 22 de agosto el ejército ocupa las plantas eléctricas y el gobierno las declara militarizadas, rompiendo el paro a punta de fusil. El 23 de agosto se militarizan los servicios públicos, el agua, las telecomunicaciones y los puertos y son apresados y enviados a la justicia militar doce dirigentes electricistas, entre ellos Héctor Bernabé Recinos, secretario general de la FENASTRAS.

El 1 de septiembre se da a conocer la orden de traslado de numerosos oficiales de la tendencia de Majano. Después de varios días de deliberaciones y protestas, Majano vuelve a subordinarse

a las órdenes del coronel José Guillermo García, y prosigue el desmantelamiento de las posiciones de su tendencia en los mandos del ejército. En la primera semana de septiembre, la FENASTRAS declara un paro para exigir la libertad de los dirigentes sindicales presos, que obtiene sólo un limitado apoyo.

Desde la primera semana de septiembre se conocen divergencias entre las FARN y las otras tres organizaciones que forman parte de la DRU. Los comunicados, poco claros y contradictorios, dicen que las FARN ya no estarían representadas en la DRU y la unidad se mantendría sólo al nivel del FDR. Si bien es difícil conciliar los hechos y las diferentes versiones, es evidente que la unidad entre las organizaciones revolucionarias atraviesa un momento de crisis. Todos expresan, sin embargo, la voluntad de resolverla y de restablecer la unidad anterior.

El 17 de septiembre, mientras cumplían una misión de su organización en el exterior, mueren en un accidente de aviación Ernesto Jovel, primer comandante de las FARN, Augusto Cotto, representante de dicha organización en el exterior, y Anabel Ramos, militante de las FARN. Cotto era pastor bautista. Jovel, como tantos otros dirigentes de la revolución salvadoreña, era de origen obrero (carpintero). Tenía 30 años de edad. Poco antes había ratificado la línea de la dirección de su organización, favorable al restablecimiento de la unidad.

A principios de octubre las tres organizaciones que permanecen en la DRU —FPL, ERP y PCS— funden sus fuerzas en un solo frente, el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional, bajo mando político-militar único y con una sola estrategia y táctica. Adoptan el centralismo democrático y las decisiones por mayoría como normas de funcionamiento del Frente y de su direccón. El 23 de octubre la Resistencia Nacional anuncia en un comunicado su incorporación al FMLN y reconoce que su retiro de la DRU constituía "un error táctico, un paso equivocado que puede acarrear funestas consecuencias estratégicas". Queda así consolidada una nueva unidad. A partir de octubre los partes de guerra son emitidos por la DRU en nombre del FMLN.

En octubre de 1980 el Socorro Jurídico del Arzobispado de El Salvador presentó un documento con cifras fidedignas de la masacre: 5503 personas asesinadas en los primeros nueve meses de 1980, con sus nombres, profesiones y residencias, además de una larga lista de desaparecidos. Según el informe, el 80% de esos asesinatos fue realizado por las fuerzas armadas, y el 20% restante, por las bandas paramilitares que participan en la represión. En la mayoría de los casos, los cadáveres aparecen víctimas de violencias previas a la ejecución: torturados, violados, descabezados, según la técnica de secuestro-tortura-asesinato, elaborada por Estados Unidos, como una forma más para infundir terror en la población.

12. Los que huyen y los que mueren*

A María Magdalena Henríquez, secretaria de la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador, secuestrada el viernes pasado por policías vestidos de civil y cuyo cadáver, con cuatro balazos, apareció ayer en una playa, la habían amenazado de muerte más de una vez. Ella continuaba calma, con una valentía íntegra, asegurando su tarea. Abría cada día el local de la comisión, reunía los datos, las cifras y las pruebas de la represión cotidiana contra el pueblo salvadoreño, los trasmitía objetivamente a la prensa y a los medios de difusión. Su trabajo contribuía a arrancar de la clandestinidad y de las sombras los crímenes de la junta militar y permitía no sólo llevar la denuncia ante el mundo, sino también salvar vidas. Su intervención fue determinante para ubicar inmediatamente dónde habían sido llevados los dirigentes electricistas de STECEL en agosto, cuando fueron apresados y para asegurar así su incolumidad física. Eran muchas cuentas las que los militares tenían para presentar a María Magdalena Henríquez. Acaban de cobrarlas todas juntas.

Gracias a gente como ella, que cumple una función indispensable en la difícil lucha salvadoreña, el Socorro Jurídico del Arzobispado de El Salvador ha podido pre-

**Uno más uno*, 9 de octubre de 1980.

sentar en Sao Paulo uno de los documentos más fidedignos de la masacre: 5 mil 503 personas asesinadas en El Salvador en los primeros nueve meses de 1980 —más de 600 por mes, más de 20 por día— con sus nombres, profesiones y residencias, además de una impresionante lista de desaparecidos. De esos asesinatos, el 80 por ciento fue ejecutado por las fuerzas armadas y el 20 por ciento restante por las bandas paramilitares, dirigidas e integradas por miembros de esas mismas fuerzas armadas. (Más de cinco mil asesinatos en nueve meses, en una población de cinco millones, que es la de El Salvador, equivale a unos 70 mil muertos en el mismo lapso en una población de casi 70 millones como la que tiene México: cálculos sencillos y macabros, suficientes para mostrar cómo se sostiene esa junta que los democristianos cubren con su presencia).

No hace mucho María Magdalena había sido entrevistada por la televisión mexicana. Días antes había recibido una amenaza precisa: si en diez días no se iba de El Salvador, sería asesinada. Cuando el periodista le preguntó, dijo: "Sí, me dieron diez días, ya pasaron cuatro o cinco, así que me quedan cinco". Y siguió en su trabajo, aun después de que semanas más adelante, un bombazo voló por segunda vez la sede de la Comisión de Derechos Humanos. A nadie puede exigírsele, en esas condiciones, que continúe en una actividad que, por su naturaleza misma, debe ser pública, legal y expuesta a todos los riesgos: su indefensión contra los asesinos era absoluta. María Magdalena Henríquez continuó por su propia voluntad (y posiblemente no faltaron compañeros que, con toda razón, le exigieron lo contrario: que se fuera o que pasara a la clandestinidad).

No creo que fuese vocación de sacrificio. Era, en cierto modo, la conciencia de que arriesgando así, calmamente, la propia vida, contribuía a proteger muchas otras. Era además, posiblemente, otra convicción que ella, militante

de la UDN influida por el ejemplo de monseñor Romero, seguramente llevaba consigo: la convicción testimonial de que gente que cumple esa tarea, pública, desarmada, expuesta a todos los peligros, contribuye a trasmitir con su presencia, con su paso cotidiano, con el simple gesto de abrir todos los días el local más amenazado de San Salvador, un sentimiento de serenidad y de seguridad no tanto al militante organizado, que adquiere ese sentimiento en su lucha, sino a toda la gente trabajadora, que va y vuelve cada día del empleo o del mercado y que puede ser asesinada a cada momento simplemente porque, como cualquier salvadoreño, simpatiza con la revolución. El ejemplo y la actividad de María Magadalena era uno de los muchos lazos, y no el menos importante, entre esa gente sencilla e innumerable y la actividad de los revolucionarios organizados. Por eso la mataron hombres cuya cobardía moral resulta directamente proporcional a la valentía de esta mujer.

El mismo día en que aparecía el cadáver de la militante asesinada, el secretario general del Partido Demócrata Cristiano, Ricardo Ramírez Rauda, renunció a su cargo, denunció la represión de la junta de la cual forma parte su partido y huyó a Costa Rica. Con toda razón, pues nadie mejor que él podía saber lo que arriesgaba si permanecía en El Salvador. Ramírez Rauda, que en otros tiempos trabajó en conexión con la embajada estadounidense, era activamente anticomunista y con seguridad lo sigue siendo. Su renuncia es, en primer lugar, el último testimonio de que la crisis que corroe al principal pilar político de la junta, la democracia cristiana, no se ha detenido con la actividad febril de Duarte y Morales Ehrlich proclamando victorias inexistentes. La huida del secretario general de partido, habla por diez discursos. Pero, en segundo lugar, puede ser una actitud relacionada con la reciente denuncia de las FARN en el sentido de que Estados Unidos, contando con Majano y con los democristia-

nos, estaría intentando introducir cambios en la junta. Sin embargo, si esto fuera así, no aparece claro por qué el secretario general se va cuando su partido está comprometido en una maniobra para aparecer *menos represivo*. Las semanas próximas dirán.

Mientras unos mueren, otros huyen. Los que se van testimonian una fase más avanzada de la crisis del gobierno salvadoreño. Los que, como María Magdalena Henríquez, mueren en su puesto, están diciendo con su lúcido coraje que para El Salvador no hay otra salida que acabar de raíz con ese gobierno y con las fuerzas represivas que los sostienen. Todos los proyectos intermedios, vengan de donde vinieren, no pueden tener otro resultado que repetir, agravada, la experiencia del golpe del 15 de octubre: reproducir la represión, los crímenes, la violencia inenarrable que asuela la tierra salvadoreña.

13. La masacre del 27 de noviembre*

Pese a sus declaraciones, Robert White, el embajador de Estados Unidos en El Salvador, no dejará de sentir cierta satisfacción: esta vez Juan Chacón ha sido asesinado, ese mismo Chacón cuya muerte él había informado falsamente más de una vez. La muerte atroz por despedazamiento, asfixia y plomo de Chacón, Enrique Álvarez Córdova y sus compañeros de la dirección del FDR no era tal vez el método ni la salida a que aspiraba el embajador. Pero es una consecuencia directa de la ayuda y el sostén irrestricto que su gobierno ha dado a la junta militar democristiana, mandante de los torturadores y asesinos que ejecutaron el crimen, así como un resultado indirecto de la trampa que ese mismo gobierno, en complicidad con la junta, ha tendido a los revolucionarios con la propuesta de negociaciones secretas sin la menor garantía para los negociadores.

¿Por qué, se preguntan todos, los dirigentes del FDR organizaron una conferencia de prensa, pública e inerme, en un local céntrico de San Salvador, entregándose así atados de pies y manos a sus asesinos? ¿Es que todavía no creían en la inescrupulosidad total de la junta a la cual combaten, después de diez mil salvadoreños muer-

*Uno más uno, 30 noviembre-1 diciembre de 1980.

tos en un año y de crímenes como los de monseñor Romero o de María Magdalena Henríquez? ¿Es que los movía una vocación de testimonio y sacrificio, para dar seguridad a su pueblo de que sus dirigentes están dispuestos a asumir los mismos riesgos que cualquier militante o cualquier gente de ese pueblo perseguido y masacrado por el ejército de los terratenientes, los financistas y los imperialistas? ¿O es que confiaban en que las propuestas ambiguas y secretas de negociación por parte de elementos de la junta o de sus protectores gringos ofrecían una garantía relativa de respeto a sus personas, que como representantes del FDR se movían públicamente y sin armas por las calles de San Salvador? En otras palabras: ¿es que esperaban siquiera un mínimo de lealtad por parte de los individuos que integran la junta o que gobiernan desde la Casa Blanca o el Pentágono?

Posiblemente los tres móviles —cada uno de ellos resultado de un cálculo erróneo— llevaron a los compañeros del FDR a la extrema imprudencia que les costó la vida.

Sin embargo, el resultado de la huelga general de agosto había sido claro y nítido: se había tocado el límite de los medios pacíficos; la solución sería por las armas. Y si negociación tenía que haber para alcanzarla, dicha negociación sólo se podría entablar con bases serias cuando la prueba de las armas hubiera demostrado y comprobado una relación de fuerzas que obligara realmente a la dictadura y a sus patrones imperiales a negociar, como ocurrió en Argelia o en Vietnam. (Y aun en Vietnam, después de los acuerdos de 1973, los vietnamitas tuvieron que tomar Saigón y disolver por las armas al ejército enemigo, en aquel inolvidable abril de 1975). Esta prueba aún no se ha dado en forma definitiva en El Salvador y, por lo tanto, las supuestas ofertas de discusión de ser reales, son sólo tentativas de ganar tiempo para conquistar posiciones más favorables para batir a los revolucionarios. Por eso nunca fueron acompañadas por la condición in-

dispensable para ser aceptadas: que la oferta y la negociación sean *públicas* y con *garantías expresas* para la otra parte.

Es experiencia vieja de la lucha de clases que no se puede depositar ni un gramo de confianza en la palabra de los enemigos con quienes, a veces, hay que negociar. Zapata nunca quiso salir de sus territorios para discutir: se limitó a recibir a los enviados del enemigo. Los obreros polacos no aceptaron ir a las oficinas del gobierno en plena huelga: exigieron y obtuvieron que los funcionarios vinieran a discutir a las fábricas. En ambos casos, el criterio determinante fue la sana y concreta desconfianza de clase hacia enemigos a quienes sabían o intuían hipócritas en los dichos, implacables en los hechos y desleales hacia la palabra empeñada (porque para los señores la palabra vale sólo entre los de la propia clase, y no siempre. . .).

Yo no creo ni digo que los dirigentes del FDR confiaran en la lealtad de la junta. Pero en todo caso, al exponerse más allá de toda medida, facilitaron el golpe y permitieron que volviera a funcionar, esta vez sobre sus propias vidas, esa *trampa mortal* que tantos dividendos ha dado hasta ahora a la contrarrevolución salvadoreña: la combinación entre fuerzas armadas regulares, que se dicen más o menos respetuosas de las "normas legales", y supuestas bandas paramilitares sin ley y sin escrúpulos; la combinación entre militares y civiles democristianos en la junta de gobierno; la combinación entre militares reaccionarios y militares "progresistas" (el conocido Majano, por ejemplo) en el ejército mismo. Y si bien esas tres combinaciones complementarias *no son pura farsa* y conservan siempre un mínimo de realidad (ése es precisamente el cebo que hace funcionar la trampa), lo cierto es que en cada *ocasión decisiva* todas ellas se alinean sobre la tendencia y las acciones más reaccionarias, criminales y represivas, todos unificados en un objetivo común:

aplastar a la revolución y *restablecer el orden oligárquico, imperialista y opresor.*

II

El Salvador vive una *guerra civil completa*. Parece absurdo tener aún que repetirlo después de la masacre del 27 de noviembre, crimen típico de esta clase de guerras y a la vez más terrible, por sus características abominables, que todos los precedentes. En esta guerra los prisioneros son la excepción y las ejecuciones (con vejación y tortura) la norma por parte de las fuerzas armadas de la dictadura.

No se trata aquí de una guerrilla urbana más o menos numerosa y clandestina o de focos rurales que empiezan a extenderse. Como en toda guerra civil en regla, en ésta hay dos bandos armados y pertrechados: el ejército de la Junta militar y el ejército del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN). O gana uno o gana el otro. O se apoya a uno o se apoya al otro. La neutralidad, por explicable que algunos puedan considerarla, juega siempre en estos casos a favor del bando *materialmente* más fuerte: en El Salvador, hasta el momento, la Junta militar democristiana.

En una guerra civil no sirve para nada llamar a la razón y a la mesura a los contendientes: tanto valía llamar a la cordura a los yanquis y a Van Thieu en Vietnam o a los federales de Victoriano Huerta en la revolución mexicana. En ambos casos, lo único justo y necesario para esos pueblos era ayudar y apoyar a los revolucionarios para que derrotaran a sus opresores y conquistaran con sus armas la victoria. Y los combatientes de esos pueblos necesitaban, en ambos casos, precisamente eso: *armas*. Pudieron vencer porque encontraron a tiempo quien se las proveyera, fronteras por donde pasarlas y gobiernos que reconocieran su legítimo carácter de beligerantes.

El asesinato de Enrique Álvarez Córdova, Juan Chacón, Manuel Franco, Doroteo Hernández, Enrique Escobar Barrera y Humberto Mendoza, dirigentes del FDR, en la masacre del 27 de noviembre, dice a gritos que la única fuerza y el único medio que puede impedir que los autores del crimen impongan definitivamente su ley y sus métodos sobre el martirizado cuerpo del pueblo salvadoreño, son el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional y sus efectivos armados. Sólo la *victoria militar* de los revolucionarios, sólo el *derrocamiento* de la Junta y la *derrota y desintegración* de su ejército masacrador (como en 1979 la de la Guardia Nacional en Nicaragua) puede traer la paz a El Salvador y salvar al país (y a sus vecinos) de un baño de sangre que dejaría pálidos los crímenes hasta ahora cometidos.

Para esa victoria, el FMLN no necesita recursos humanos: soldados tiene de sobra en los hombres y las mujeres salvadoreños. Necesita en cambio, y con urgencia, *armas, parque y pertrechos de guerra*. Para esto, hace falta dinero (quien lo tiene, consigue las armas que quiere) y facilidades para recibir los suministros. Es la Junta masacradora, por el contrario, quien hasta ahora lleva ventajas en este terreno porque usurpa el título de gobierno legal (ella que también se apoderó del gobierno por las armas).

El reconocimiento por uno o varios Estados de la situación de guerra civil en El Salvador, es decir, de la existencia efectiva de dos bandos combatientes, contribuiría a atenuar esa desigualdad que tan cara está pagando el pueblo salvadoreño.

Hay quienes piden ruptura de relaciones diplomáticas con El Salvador, asimilando la actual situación a la de Nicaragua de Somoza y suponiendo que tal ruptura tendría efectos contundentes. Tal vez no se detienen a considerar una elemental regla de la guerra que aconseja variar siempre las maniobras tácticas; y otra elemental regla de la diplomacia que dice que una representación diplomá-

tica puede ser útil también (según los casos y la política del Estado representado) para los adversarios del gobierno reconocido (ver caso Cámpora en Argentina).

Sería en cambio extremadamente útil para la revolución salvadoreña que todas esas corrientes políticas democráticas de signo diferente; que todos los partidos, grandes y pequeños, que han proclamado su solidaridad con el FDR y han sostenido relaciones con Enrique Álvarez Córdova y sus compañeros; que todas las organizaciones sindicales cuyas direcciones responden a una u otra de esas corrientes políticas o mantienen posiciones propias pero son también solidarias con el FDR, iniciaran una vasta campaña financiera, movilizando todos los recursos de la propaganda (televisión, periódicos, radios, tribunas, carteles) para divulgar a nivel de masas el conocimiento y la conciencia de la encrucijada en que está el pueblo salvadoreño, y recogieran así la solidaridad material de organizaciones y organismos con importantes recursos hacia el FDR y sus objetivos. Podría contribuirse así a reunir, en estos momentos cruciales, parte de los ingentes fondos que los combatientes salvadoreños necesitan para obtener los recursos materiales que compensen las armas que Estados Unidos provee a la Junta Militar, y que se multiplicarán, según se anuncia ya en Washington, con la llegada de Reagan a la Casa Blanca.

El crimen del 27 de noviembre dice que la decisión será por las armas. *Armas para el* FMLN, es la respuesta al crimen.[23]

[23] El 27 de noviembre la dirección del Frente Democrático Revolucionario convocó a una conferencia de prensa en el local del Socorro Jurídico del Arzobispado de El Salvador. A la hora de la reunión el edificio fue rodeado por fuerzas del ejército, uniformadas, y bajo su protección elementos paramilitares vestidos de civil apresaron a los seis dirigentes del FDR y se los llevaron. La Junta militar reconoció inicialmente el apresamiento, pero horas después desmintió tenerlos en su poder. Los cadávers de Enrique Ál-

varez Córdova, Juan Chacón y sus compañeros aparecieron esa noche en Ilopango, cerca de la capital. Presentaban señas de haber sido torturados y despedazados en vida y ultimados finalmente por asfixia, según el método de secuestro-tortura-muerte por los técnicos en tortura del ejército de Estados Unidos, formados entre otras en la guerra de Vietnam. El embajador estadounidense realizó declaraciones condenando el asesinato pero, como de costumbre, exculpando a la Junta de su responsabilidad.

14. En la catedral de San Salvador*

En la catedral de San Salvador, ese edificio cuyo singular destino ha sido convertirse en amparo y tribuna de una de las revoluciones más radicales de América Latina, volvió a resonar el llamado de monseñor Romero a los soldados: desobedezcan las órdenes de sus oficiales, cesen esta matanza del pueblo salvadoreño. Lo repitió uno de los sacerdotes que ofició la misa de cuerpo presente de Enrique Álvarez Córdova y sus compañeros del FDR, en una homilía donde también llamó a "destruir de raíz este sistema podrido para construir una nueva sociedad".

El destino de la catedral es también el de una parte de la iglesia católica salvadoreña: mientras un sector sostiene a la junta y otro vive en la ambigüedad, la parte más sensible y más ligada a la vida cotidiana de su pueblo se ha pasado a la revolución *en forma activa*. Quiere decir que no sólo da asilo y protección a los perseguidos, a los heridos, a los desplazados de sus casas y sus pueblos por la represión y los combates. También milita públicamente por la victoria de la revolución, a cuyo bando es arrastrada por los sentimientos y las decisiones del pueblo pobre de El Salvador.

Esta conversión de una parte de los sacerdotes católi-

**Uno más uno*, 7 de diciembre de 1980

cos, tradicional elemento de orden y conservación en estas sociedades, desde la prédica de la resignación a la prédica de la rebelión armada, es una de las pruebas más significativas no sólo del apoyo de masa ganado por los revolucionarios, ya demostrado por mil otras maneras, sino también de la persistencia y la capilaridad de ese apoyo incluso en los sectores antes más pasivos y menos organizados de ese pueblo. Pero lo es también de la crisis de las seculares ideologías de la dominación, reflejo a su vez de la crisis y la división de las clases dominantes que las utilizaban en su beneficio.

La democracia cristiana salvadoreña, que quiso modernizar la utilización política de la ideología religiosa al servicio del orden dominante, se ha encontrado con que después de un año de su gestión como integrante de la junta el resultado ha sido acelerar la escisión en la iglesia. Ha quebrado así su pretensión de atribuirse la representación política de los católicos salvadoreños, como suele hacer la democracia cristiana en diversos países y latitudes. Esta quiebra va más allá de la democracia cristiana salvadoreña y alcanza a tocar tanto a la democracia cristiana internacional que no ha cesado de apoyar a esa junta a la cual los sacerdotes católicos llaman a derribar desde su púlpito, como a la política reaccionaria del Vaticano, aliado hasta ahora con Washington en el sostén a los políticos democristianos salvadoreños.

El asesinato de las cuatro religiosas católicas estadounidenses viene a ser un punto culminante de la catástrofe interior de esa política. El ejército salvadoreño, ejecutor de esta nueva matanza de seres pacíficos e indefensos, ha querido así cobrar a la iglesia y sobre todo a su parte militante el apoyo de muchos de sus sacerdotes a la revolución. No hay error en este asesinato, como no lo hubo en el de monseñor Romero: el sector más frío, determinado y calculador del ejército quiere cortar toda iniciativa de negociación que reconozca al FDR como in-

terlocutor público, y lo hace tirando sobre la hipotética mesa de negociaciones los cadáveres de los dirigentes del FDR primero, de la monjas estadounidenses después, e incluso del coronel Majano y los ministros democristianos mañana si persisten en molestar sus proyectos. El asesinato del juez que reconoció los cadáveres de las religiosas es la firma al pie de ese programa, la confirmación del cálculo y la frialdad con que sus ejecutores se han propuesto llevarlo adelante.

Ese proyecto tiene, verosímilmente, apoyos sólidos en Estados Unidos y espera no sólo ligarse a los planes del próximo gobierno de Reagan, sino también en cierta medida contribuir a determinarlos en el sentido más agresivo. Pero ese programa es también un programa de crisis entre las tendencias de la junta que después de la huelga general de agosto habían proclamado, livianamente, el éxito de su política y habían creído fortalecida su unidad y resquebrajada la de los revolucionarios. Si la ruptura que ronda a la junta se consuma —cosa que no es segura, pues parece ser infinita la capacidad de los democristianos de aferrarse a sus cargos y subordinarse a los esquemas más represivos— ella dejará aún más aislado, nacional e internacionalmente, al único sector que puede quedarse con el poder en esta crisis: el grupo militar encabezado por los coroneles José Guillermo García y Jaime Abdul Gutiérrez.

La recomposición de la unidad de las fuerzas revolucionarias con la unificación en el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional y la reincorporación a su seno de la Resistencia Nacional en octubre pasado, la reactivación de las iniciativas militares del FMLN particularmente después de la elección estadounidense en noviembre, el agravamiento de la crisis económica con la fuga de capitales y de inversionistas, el fracaso de las cosechas, el incumplimiento de las promesas de la junta hacia sectores de pequeños propietarios (como los camioneros) que antes

la apoyaban o eran neutrales, son elementos que han ido convergiendo en esta agudización de la crisis en el bando de la burguesía salvadoreña y de su gobierno.

La nueva escalada de terror trata de revertir esta tendencia, sin importarle la unanimidad de la condena internacional desde los países y las posiciones más distantes. Por eso es tan importante la actitud de los sacerdotes que no han vacilado en enfrentar ese terror como la decisión del Frente Democrático Revolucionario que tomó el riesgo, grande pero calculado, de hacer aparecer públicamente en la catedral a su nueva dirección, en el sepelio de la anterior, bajo la protección de sus brigadas de autodefensa. Los trabajadores saben reconocer en gestos como éstos, más que en muchas proclamas y discursos, la decisión de lucha y la capacidad de iniciativa de sus dirigentes, elemento esencial de su autoconfianza en las pruebas de fuego que aún vendrán.[24]

[24] El 2 de diciembre fueron secuestradas, en el trayecto entre el aeropuerto y San Salvador, carretera bajo fuerte vigilancia de patrullas de las fuerzas armadas, tres religiosas estadounidenses de la orden Maryknoll y una laica que trabajaba en ellas. Eran Ita Ford, Maura Klarke (que había trabajado diez años entre la población pobre de Nicaragua), Dorothy Kasel y Jean Donovan. El 4 de diciembre, en la misma zona, aparecieron sus cadáveres, con huellas de haber sido violadas y torturadas. Días después fue asesinado el juez que asistió al reconocimiento de los cadáveres.

15. Enrique Álvarez Córdova*

El 6 de octubre pasado se internó en El Salvador, por senderos y veredas, disfrazado. Me pregunto si bajo su disfraz no se traslucía ese aire aristocrático que llevaba consigo y que lo habría delatado a un observador atento en los retenes que sin duda atravesó. Pero pienso también que, como buen retoño de una familia de grandes terratenientes, sabía adoptar cierto porte de los hombres de campo, que difícilmente engaña a los trabajadores en la tierra pero muchas veces sí a los guardias de los retenes.

Cuando salió para el frente interno apenas se había formado el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional, con una sola dirección unificada en la cual los acuerdos se toman por mayoría de votos y con una sola estrategia y táctica político-militar. Pero aún no había terminado de restablecerse la unidad con la Resistencia Nacional, que se reintegró a la Dirección Revolucionaria Unificada y al FMLN el 23 de octubre. Iba seguramente preocupado porque este objetivo se alcanzara, y su presencia en el territorio salvadoreño era un elemento más para lograrlo.

Su regreso a El Salvador era también, imagino, el cruce definitivo de una frontera en su vida personal. Su dis-

**Uno más uno*, 10 de diciembre de 1980.

fraz no lo era tanto porque, como habría dicho el Che, en disfraz se le había convertido la vestimenta, el aire, el porte personal que antes asumía. Y sin embargo, ese porte no lo habría perdido nunca, como no lo perdió el general Felipe Ángeles entre los villistas ni el camarada Christian Rakovsky entre los bolcheviques. La frontera que estaba atravesando era aquella que separa a un dirigente y un hombre político que está con el pueblo, de un dirigente que comparte la vida del pueblo y es reconocido como propio por los trabajadores.

El camino hasta allí había sido largo. Crecido en una familia de terratenientes de cepa liberal, su primer choque con la injusticia había sido en su propio casa, donde él formaba parte de los señores. Esa visión de la desigualdad, dolorosa y culpable incluso para aquellos pocos de su clase que no tienen el alma anestesiada, chocaba también con las doctrinas liberales que escuchaba a su padre. Esa tradición liberal, en nuestros países, suele ser la simiente inicial del radicalismo revolucionario en aquellos que se empeñan en ajustar su vida a sus creencias y llevan ese liberalismo a sus extremos (Ricardo Flores Magón, Manuel González Prada, Antonio Díaz Soto y Gama, Augusto César Sandino. . . la lista es larga). Entre esas contradicciones y sus estudios en el extranjero se volvió terrateniente "progresista" y quiso combinar la modernización capitalista de sus explotaciones agrícolas con una reforma agraria moderada que modernizara también las estructuras de la propiedad agraria y ampliara el mercado interno. Fue para eso ministro de Agricultura en el gobierno del coronel Arturo Armando Molina, en 1972, y renunció cuando sus proyectos tropezaron con la oposición irreductible de los verdaderos dueños del poder, sus pares de entonces, los terratenientes agroexportadores.

Creyó ver una nueva oportunidad en las declaraciones "progresistas" de la junta militar que tomó el poder en El Salvador en octubre de 1979 e ingresó otra vez al go-

bierno como ministro de Agricultura. Pese a la ley de reforma agraria en cuya elaboración él participó, no tardó en comprender que la represión ininterrumpida contra el pueblo salvadoreño no era obra de una supuesta ultraderecha, sino una necesidad consustancial de la política de la junta. A comienzos de enero de 1980 presentó su renuncia, junto con varios otros altos funcionarios, y cuando en ese mes se organizó la Coordinadora Revolucionaria de Masas, ya estaba con ella. Andaba entonces por sus 48 años de edad.

En abril fue designado presidente del Frente Democrático Revolucionario, recién constituido, y en mayo salió legalmente de El Salvador e inició, junto con sus compañeros del FDR, una amplia tarea de contactos internacionales para divulgar los objetivos de la revolución salvadoreña y obtener reconocimientos y apoyos. Los éxitos en ese terreno fueron notables. A algunos de ellos no fueron ajenos su capacidad de persuasión y su figura, esa combinación insólita de calmada pasión por la revolución y educación de clase rica que debe de haber sorprendido primero, y atraído después, a más de un interlocutor de alto nivel.

¿Era más útil Enrique en esa tarea que regresando al frente interno en El Salvador? Decisiones de este tipo siempre son difíciles, porque en algún lado hay que dejar un frente menos guarnecido. Posiblemente su opinión personal, que también cuenta en estos casos aunque sea el voto colectivo el que decida, se inclinó finalmente por entrar al país. Más de una presión debe de haber sentido en actitudes de compañeros que, con el sectarismo ingenuo propio de quien en la revolución no ha pasado todavía demasiadas pruebas, le daban a entender que era un "burgués", bueno para figurar, no para correr riesgos. No era por cierto ésa la actitud de otros, como Juan Chacón, obrero, 23 años de edad, miembro también del FDR y que con Enrique fue asesinado. Juan, en quien el olfa-

to de clase era seguro, le demostraba un afecto tanto más profundo cuanto que reconocía en Enrique no a un aliado transitorio sino a uno que, habiendo quemado los puentes a sus espaldas, se había pasado al bando en el cual Juan Chacón había nacido. Pero a aquellos otros, posiblemente Enrique sentía la necesidad —innecesaria, pero comprensible— de demostrarles quién era y qué responsabilidades tomaba.

Lo demostró hasta el fin, no cabe duda. Cuando a fines de octubre fue asesinado el rector de la Universidad, Félix Ulloa, la dirección entera del FDR en el interior, encabezada por Enrique Álvarez Córdova, se presentó públicamente en la catedral a rendir homenaje a los restos del universitario caído. El pueblo trabajador, la gente salvadoreña allí presente, miró a Enrique con sorpresa por el golpe de audacia, y de inmediato lo aceptó: algunos lloraban, dicen, porque comprendían. Allí debe de haber sentido Álvarez Córdova que realmente tomaba posesión de su cargo ante su pueblo.

Ninguna revolución puede triunfar si no extiende sus alianzas, a condición de que mantenga lo esencial de su programa. Y a los aliados de otras clases no se los puede engañar, no por meras razones morales sino porque ellos tienen también su juicio de clase, y si entran en alianza es porque y mientras les conviene. Mejor, entonces, poner las cosas claras e ir adelante en tanto sea útil, sin pintar de revolucionario o calificar de "progresista" a quien no lo es aunque crea conveniente acompañar a la revolución, porque al discernir tales títulos no se engaña a la burguesía, sino a las masas.

Pese a haberlo conocido solamente durante unos meses, y no en demasiadas circunstancias, me atrevo a afirmar que no era ése el caso de Enrique Álvarez Córdova. Era, estoy seguro, de aquellos hombre con quienes la revolución no se alía, sino que un día se suman a ella con todo su bagaje. Había sido ganado por la ambición legí-

tima de desempeñar un papel y de ser útil en la historia de su país, El Salvador, y por la convicción de que para ese país no había otra vía que la revolución. Pero afloró además en ese paso, una idea de justicia arraigada en su carácter, adquirida en la juventud y aun en la infancia, que cuando existe termina siempre por hallar su camino en la conducta.

V. Bolivia: el fin de una revolución

1. Nicaragua y Bolivia: dos caminos*

Hace veinticuatro años vi, apenas llegado a La Paz, las milicias mineras, obreras y campesinas de Bolivia. Era la primera vez que veía la figura, para mí hasta entonces mítica, de obreros y campesinos armados y organizados en sus sindicatos. Se me hizo un nudo de emoción en la garganta. La revolución de abril de 1952 todavía estaba fresca, esa revolución que estalló para llevar al poder al presidente y vicepresidente electos en 1951, Víctor Paz Estenssoro y Hernán Siles Suazo, cuya investidura había sido anulada por un golpe de Estado militar. Las insurrecciones de La Paz, Oruro, Potosí, derrotaron y disolvieron al ejército al servicio de los magnates mineros y del imperialismo, aquel que el pueblo llamaba "el ejército masacrador", y sus armas quedaron en poder de las milicias sindicales.

En 1952 se nacionalizaron las minas, en 1953 se realizó la reforma agraria (cuando ya los campesinos habían ocupado muchas haciendas). Después la revolución se detuvo, las armas de las milicias empezaron a envejecer y a quedarse sin municiones, el ejército profesional fue pacientemente reorganizado, por Paz Estenssoro primero, por

* *Unomásuno*, 22 de julio de 1980.

Siles Suazo después, con armas modernas, de nuevos calibres, provistas por Estados Unidos. Paralelamente, el Estado estimuló la acumulación capitalista, la empresa privada y las inversiones imperialistas. Nuevo ejército y nueva burguesía crecieron uno al lado del otro y a partir del golpe de 1964, ese ejército volvió a tomar el poder y recomenzó su historia de masacres: todos recuerdan una de las más famosas, la de la noche de San Juan, de 1967, meses antes del asesinato del Che Guevara.

Bolivia tiene una de las más fuertes y más conscientes organizaciones de masas de América Latina: los sindicatos mineros y la Central Obrera Boliviana. Pero conciencia, combatividad y organización, sin partido político propio frente a la burguesía nacionalista y sin armas frente al ejército masacrador, sirven para resistir heroicamente a dinamitazos y en barricadas de última hora, pero no para vencer. La fórmula de Lechín —uno de los principales partícipes de la política que llevó al desarme de las milicias— al afirmar que el golpe militar se resistiría con la huelga general y el bloqueo de caminos, es la vieja fórmula que en Argentina en 1955 y en 1976, en Chile en 1973, y en diversos países y varias ocasiones, ha sembrado la más funesta de las ilusiones: que los obreros pueden resistir, postfacto, con las manos desnudas, a un golpe militar técnica y científicamente preparado para masacrarlos. Es la misma política pasiva y de desastre con que los burócratas sindicales peronistas abrieron el camino a la dictadura terrorista establecida en su país desde 1976. Son estos militares argentinos quienes han asesorado y guiado la preparación del golpe boliviano y su metódico proyecto de masacre, según acaba de denunciarlo en Managua Jaime Paz Zamora, el vicepresidente electo de Bolivia.

Vi las milicias sandinistas en Estelí, hace unos días, y recordé a los campesinos bolivianos, desfilando como ellos, un cuarto de siglo antes, confiados en su revolución y marchando con los mismos gestos.

Vi el ejército sandinista, y también las milicias, el 19 de julio en Managua. El viejo ejército ha sido destruido hasta las raíces y, al contrario de Bolivia, no es la dirección de la revolución quien piensa reconstruirlo: sólo los contrarrevolucionarios osan proponer tal idea. Vi la disciplina, la soltura en el paso y en las evoluciones, el armamento moderno de las fuerzas armadas sandinistas. Volví a recordar a los bolivianos, ahora masacrados por un nuevo golpe, pese al heroísmo indescriptible con que han resistido y hasta desbaratado tantos otros. Y no sólo pensé, sino que sentí a flor de piel la diferencia radical: está bien que el ejército sea sandinista, aunque Robelo, el Consejo Superior de la Empresa Privada (COSEP), los conservadores y otros más protesten; está bien que se prepare intensamente; está bien que sea el escudo de esta revolución, mientras otras vecinas vienen a hacer menos pesadas las tareas y menos arduo el camino por delante.

Digan lo que quieran los defensores de la democracia por encima de las clases: el martirio interminable de Bolivia es la respuesta y el resultado infaltable de sus propuestas. Si la revolución boliviana resistió muchos años, es porque tuvo milicias, realizó una reforma agraria, nacionalizó las minas y fue sostenida por sindicatos de combatividad y tradición de lucha inigualados. Si no pudo resistir más, es porque todo eso se interrumpió a mitad del camino, y la reorganización del capitalismo y de su ejército hicieron el resto.

El gobierno sandinista acaba de anunciar que se dictará una ley de reforma agraria que afectará las tierras buenas que los latifundistas se niegan a cultivar porque no aceptan la rebaja de los arriendos. ("Aquí no ha habido reforma agraria todavía", dijo Sergio Ramírez. "Lo que iniciaremos será la primera etapa. Después vendrá otra sucesiva"). Si esta medida, como se anuncia, cala profundamente, afectará una de las bases más sólidas de la contrarrevolución y ampliará las ya extensas ba-

ses de apoyo del proceso revolucionario. Si el aguerrido ejército sandinista va combinándose con el progreso de una organización de masas que, aun sin llegar al nivel acumulado en decenios y decenios de luchas por los mineros bolivianos, permita expresar la iniciativa, la capacidad de pensamiento, las aspiraciones espontáneas de los trabajadores nicaragüenses, este país podrá ser atacable y hasta arrasable como cualquier otro, incluido Estados Unidos, por una potencia superior, pero será definitivamente inconquistable.

Los mineros bolivianos resisten y buscarán una vez más, como lo hicieron siempre, reorganizar sus filas desde abajo y reconstruir pacientemente el tejido organizativo destruido por los masacradores. Ellos pueden mirar ahora hacia Managua, y seguramente hacia la huelga general que se prepara en El Salvador. Por eso es importante que la Casa de Gobierno de Managua haya sido la tribuna desde la cual el vicepresidente electo denunció ante el mundo el golpe militar.

Al mismo tiempo, de la afirmación de la revolución nicaragüense y de los progresos de la revolución salvadoreña, necesitamos extraer los latinoamericanos no sólo el estímulo sino también las enseñanzas teóricas y las experiencias políticas que contribuyan a reorganizar, en cada país y en el continente, los proyectos, los programas y las fuerzas de la revolución. El nuevo golpe militar de Bolivia, que una vez más está anulando a sangre y fuego el resultado de elecciones democráticas cuando a dicho resultado no lo respalda una fuerza revolucionaria organizada en todos los niveles, está repitiendo que no hay tareas más urgentes.

Viloco ha caído: ¡vivan los mineros!*

1. Con la caída de Viloco, mina cercana a La Paz, bajo el embate de la aviación y las tropas motorizadas del ejército boliviano, parece haber cesado la última resistencia organizada de los sindicatos frente al golpe militar terrorista. Hasta último momento, la radioemisora minera de Viloco continuó llamando a la resistencia. La actitud de los mineros de Viloco, de Huanuni, de Catavi-Siglo XX, de Quechisla, de Santa Fe, de Potosí, de Milluni, de Colquiri, de Caracoles, de todos los centros mineros de Bolivia, tiene una importancia incalculable para el futuro de la clase obrera boliviana y latinoamericana. Ellos no se han rendido, han combatido hasta el último cartucho de dinamita, y han dejado el ejemplo del cual deberá partir, a través de vicisitudes cuya duración y dureza es imposible predecir ahora, la nueva revolución boliviana, la revolución obrera, campesina y socialista.

2. El golpe militar boliviano es un motivo de reflexión, discusión y revisión de análisis, posiciones y perspectivas para todos los revolucionarios y militantes obreros de América Latina. No es el último del largo ciclo de golpes

Unomásuno, 6 y 7 de agosto de 1980.

de estado de Bolivia. Como el golpe argentino de 1976 y sus gemelos chileno y uruguayo de 1973, es el primero de un nuevo ciclo. Aquí se cierra en Bolivia la política nacional burguesa inaugurada en 1952 (aunque en la cabeza de sectores de masas puedan perdurar ilusiones en ella), esa política que desarmó y maniató con ilusiones democráticas a mineros y campesinos, reorganizó el ejército masacrador y preparó, aunque no se lo propusiera, las condiciones para esta masacre de la cual son víctimas sus propios dirigentes.

3. Creer que el motivo principal del golpe es el tráfico de cocaína es continuar sembrando ilusiones moralistas. Los "cocadólares" son la propina que el capital financiero internacional —incluido el argentino y el brasileño— pueden dejar a unos cuantos militares corrompidos. El golpe, concebido por técnicos argentinos instruidos por el Péntagono pero al servicio de la burguesía argentina, va dirigido sobre todo a modernizar y racionalizar la explotación de la enorme riqueza mineral boliviana, a incorporar el territorio boliviano al nuevo desarrollo capitalista en el Cono Sur (sobre todo Brasil, Argentina, Chile, y también Uruguay), a poner a disposición de éste y de sus nuevas industrias nucleares y militares el uranio y los minerales estratégicos del subsuelo boliviano. Es difícil creer que en los recientes acuerdos entre los gobiernos militares de Argentina y Brasil no se haya discutido sobre Bolivia. Los brasileños necesitan el hierro y el petróleo, los argentinos el gas, ambos los minerales estratégicos de Bolivia. Cada uno debe tener su respectivo *lobby* entre los altos oficiales bolivianos. Si es así, no tardarán en comenzar las fricciones. Los "cocadólares" son un negocio secundario —una mordida, como quien dice— que puede servir para atenuarlas, pero no para suprimirlas.

4. El golpe tiene por objeto tratar de quebrar definitivamente la sólida organización y la resistencia de los mineros y los obreros bolivianos, condición para modernizar y racionalizar la explotación minera y obtener inversiones extranjeras en las minas. Como el golpe argentino de 1976 (diferente de los de Aramburu, Onganía o Lanusse), éste del general García Meza utiliza métodos terroristas modernos y depurados, dirigidos contra el núcleo mismo de la organización obrera: los delegados de sección, los dirigentes inmediatos de la clase dentro de la mina o de la fábrica, sus cuadros más probados. Los fusilamientos, torturas, asesinatos nocturnos, destrucción de radios en lugar de confiscarlas, bombardeos de pueblos mineros, son medidas innecesarias para ocupar el gobierno (objetivo logrado en las primeras horas), pero necesarias para quebrar toda resistencia, no sólo a las tropas, sino a la dictadura terrorista que quiere reimplantar el capital en la explotación minera y petrolera.

5. Estos nuevos métodos son una aplicación de la experiencia argentina. El golpe de Natusch Bush, en noviembre último, frustrado por la movilización de masas, fue el último golpe militar "a la antigua" en Bolivia. Sirvió para perfeccionar esta técnica. También mostró los límites de las tradicionales formas de resistencia de las masas. Los militares estudiaron la experiencia y sacaron conclusiones, renovando completamente sus métodos. La dirección de la COB y su principal representante, Juan Lechín, no hicieron lo mismo. Lechín llamó a repetir, contra el nuevo golpe, la vieja e ineficaz política de oponer la huelga y los bloqueos de caminos a los aviones y los tanques. Esa táctica se había vuelto suicida. Los militares lo sabían y actuaron en forma fulminante. Lechín no tardó en capitular, llamando por la televisión a los militantes a abandonar la lucha. Los mineros siguieron combatiendo hasta el fin. Ojalá Lechín haya salvado

la vida, para que mañana pueda rendir cuentas de sus actos a su clase. Muchos mineros no salvaron la suya, pero al caer combatiendo salvaron el honor y el futuro del proletariado boliviano.

6. El débil gobierno de Lidia Gueiler sólo sirvió para cubrir la preparación del golpe. Su papel no fue diferente de los gobiernos que precedieron al ascenso de Hitler al poder en Alemania, en 1932-33, o del de Isabel Perón en Argentina en 1975-76. Los militares ignoraron fríamente el resultado electoral, porque su proyecto no espera someterse al juicio democrático de nadie, sino que se integra en un nuevo modo de dominación cuyos modelos están en Chile, Argentina, Brasil y Uruguay.

7. García Meza acaba de anunciar próximos despidos en las minas y exigencias de aumento de la productividad, junto con la declaración del "receso" de los sindicatos y de congelación de sus fondos bancarios. Para llevar adelante estos planes, necesita desorganizar la resistencia obrera y de la izquierda revolucionaria. Por eso sus asesinos mataron sin preguntar y sin vacilar a Marcelo Quiroga Santa Cruz: no porque había denunciado el tráfico de cocaína, sino porque era uno de los principales dirigentes políticos de la izquierda socialista que, yendo más allá del tradicional nacionalismo revolucionario, había ganado un fuerte apoyo obrero, sobre todo en las minas, en cuyos centros su partido obtuvo casi siempre el segundo lugar y algunas veces el primero en las últimas elecciones. Ni la débil burguesía boliviana ni su ejército son capaces de alcanzar por sí solos la factura y la precisión terrorista de este golpe. La asesoría argentina —ahora públicamente reconocida por Videla— y la intervención directa de sus comandos y sus técnicos militares fue indispensable para obtener este resultado. Esa asesoría no tardará en tropezar con dificultades que no sospecha

cuando, con la tradicional prepotencia y suficiencia de los burgueses argentinos hacia los bolivianos y los latinoamericanos, empiece a topar con el espíritu nacionalista incluso de una parte de los oficiales bolivianos. Los militares argentinos comprenderán tarde que están sobrepasando sus límites y que su aventurerismo de extrema derecha puede revertirse contra su propia estabilidad interna.

8. No se puede prever bajo qué formas ni cuándo comenzará la crisis de esta nueva dictadura. Pero es seguro que los intereses argentinos y brasileños, unidos en el sostén al golpe, no son conciliables a mediano plazo. Brasil buscará restablecer su eje con Chile y Argentina con Perú, y Bolivia volverá a ser un terreno de enfrentamiento entre ambas poderosas burguesías. Éste es un seguro factor de crisis para el gobierno de García Meza.

9. Ningún militante sindical o político serio puede ya creer, en Bolivia, en la efectividad o aun en la posibilidad de las vías democráticas. El nivel del enfrentamiento de clase, en las últimas elecciones, las ha cerrado del todo. Tiene cierta importancia, sin embargo, el establecimiento en la clandestinidad del gobierno legítimo de Hernán Siles Suazo y sus aliados. Por un lado, ese hecho muestra que la dictadura no controla todavía el conjunto de la situación ni tiene los medios para hacer frente a todos los desafíos. Por otro lado, la reivindicación de la entrega del poder a Siles Suazo, que tiene la legitimidad constitucional que le da su victoria electoral, es una demanda democrática elemental que puede agrupar a los más amplios sectores de la población opuestos al golpe y enemigos de la dictadura. Ésta no ha logrado el éxito inicial de Pinochet en Chile ni tiene el apoyo de sectores pequeños-burgueses descontentos que el general chileno tuvo los primeros días. No hay que subestimar, sin embargo, el

apoyo financiero internacional que contribuirá a que García Meza pueda pasar las primeras dificultades: el Banco Mundial acaba de conceder a Bolivia un crédito de 50 millones de dólares y el padrino argentino de García Meza, el general Jorge R. Videla, le ha ofrecido públicamente ayuda económica, alimentos y una línea de créditos para "apoyar el desarrollo boliviano" (y para venderle los productos de la industria argentina).

10. La nueva situación en Bolivia plantea a la izquierda revolucionaria dos órdenes de prioridades. Una es la necesidad de constituir un vasto frente, nacional e internacional, en defensa de las libertades democráticas, contra la represión y el terrorismo militar y por el reconocimiento y el establecimiento en el poder del presidente electo en julio último, Hernán Siles Suazo.

La otra, es no detener su lucha en los límites de la anticuada política nacionalburguesa reiterada por Siles Suazo y su partido, ampliamente superada por los objetivos de este golpe que se propone la reorganización y la modernización capitalista de Bolivia a sangre, hambre y fuego.

La clase obrera boliviana —y latinoamericana— necesita preparar su propia respuesta independiente. Cuando en 1946 un golpe proimperialista derribó al gobierno nacionalista de Gualberto Villarreal, los mineros, que lo apoyaban, no pudieron defenderlo. Pero al año siguiente sus delegados se reunieron en Pulacayo y, en congreso de la Federación de Mineros, aprobaron un programa que fue el sustento de su actividad sindical y política cuando triunfó la revolución de abril de 1952: las Tesis de Pulacayo.

El ciclo de esa revolución y las condiciones en que dichas tesis tuvieron vigencia inmediata se han cerrado definitivamente con este golpe. A partir de las tradiciones de lucha y de organización desarrolladas por los

mineros en todo ese período, será necesario encarar las actuales condiciones de la lucha obrera en Bolivia, bajo la nueva violencia modernizada y tecnificada que ejército y capital financiero internacionalizado están imponiendo.

Se demostrará necesario, como en 1947, un nuevo programa revolucionario que responda a esas condiciones y nuevas formas de organización que incorporen aquellas experiencias pero superen los caducos marcos del nacionalismo burgués en que el lechinismo encerró a los sindicatos.

Esta tarea es la misma de toda la fuerte y concentrada clase obrera del sur de América Latina, a la cual estas nuevas condiciones, que los ejércitos y el capital financiero han internacionalizado, plantean con más urgencia que nunca la actualización socialista de su programa y de sus métodos y la coordinación política de sus experiencias y de sus luchas.

Los trágicos acontecimientos de Bolivia dicen una vez más que es necesario, para la difícil reorganización de las fuerzas obreras del Cono Sur —las más concentradas y maduras del continente, como los mineros bolivianos lo han confirmado con heroísmo—, discutir, asimilar y adaptar a las condiciones de esos países las nuevas enseñanzas y la experiencia proletaria que, en el otro extremo de América Latina, continúa trasmitiendo la revolución salvadoreña.

3. Guerra a muerte a la COB*

La demolición del edificio de la Central Obrera Boliviana, para construir en su lugar un estacionamiento de automóviles, es y quiere ser un acto altamente simbólico de los nuevos señores de la guerra que mandan en Bolivia. Seguramente el estacionamiento estará destinado a los Mercedes Benz de los altos oficiales, símbolo también de *status* y de poder. Aunque por motivos opuestos, la lógica de estos guerreros del capital es la misma que la de otros señores de la guerra, Pol Pot y su grupo dirigente. Los de Camboya dinamitaron el Banco Central de Phnom Penh creyendo así acabar con las relaciones mercantiles, del mismo modo como los de Bolivia arrasan la COB creyendo terminar con los lazos de solidaridad y de cooperación en el trabajo que constituyen la base de la organización obrera. Pero así como los asesinos camboyanos pudieron convencerse que las relaciones mercantiles no están en las máquinas de imprimir moneda, los asesinos bolivianos comprenderán —tarde— que la organización obrera no está en los locales de reunión.

La demolición del local de la COB, acto típicamente hitleriano, es ante todo la manifestación de uno de los

Unomásuno, 14 de agosto de 1980.

más ruines entre los sentimientos humanos, la venganza. Pero la de la COB no es una venganza personal, sino la venganza de una casta —la casta militar boliviana— que guardó por 28 años, desde la revolución de abril de 1952, su odio contra los mineros y los obreros que en aquella insurrección derrotaron el ejército masacrador de la oligarquía minera y lo destruyeron completamente, utilizando sus armas para pertrechar a las recién constituidas milicias mineras, obreras y campesinas de la COB.

Entonces la COB y los mineros no fueron más lejos ni arrancaron la planta de raíz, como después se hizo en Cuba y en Nicaragua. Bajo la dirección del MNR, permitieron la reorganización del Estado de la burguesía, renovado y modificado, y éste reorganizó al ejército, bautizado ahora como "ejército nacionalista". En sus filas crecieron y se educaron los García Meza, los Natusch, los Arce, con la misma mentalidad con que en Chile se formaron los Pinochet y en Argentina los Videla y los Viola. García Meza, con esa franqueza de los novatos en el poder, lo reconoció así en una de sus primeras declaraciones.

Es ese ejército, instrumento y aliado del capital internacionalizado y de la oligarquía financiera argentina, el que ahora quiere hacer con la COB lo que la COB no hizo con él: destruirla hasta la raíz.

El ejército quiere así demostrar terminantemente que la revolución de 1952 se terminó, de una vez y para siempre. Nadie podría razonablemente refutarlo.

Pero así co... el movimiento obrero ha tenido que aprender en durísimas experiencias como ésta que el ejército no son los fusiles sino el Estado burgués y las relaciones sociales en las cuales se basa y que él defiende y reproduce, el ejército se verá obligado a comprobar que el movimiento obrero no son los locales sindicales, sino la conciencia política y la experiencia organizativa

y de lucha acumuladas por la clase obrera y los trabajadores. A partir de ellas, incluida la experiencia terrible de este golpe de nuevo tipo y de esta *nueva violencia* (distinta de la violencia patriarcal de las viejas dictaduras), volverá a comenzar, en plazos aún no previsibles, la reorganización del movimiento obrero boliviano. Y esto, por más que asesinen, no podrán impedirlo eternamente los militares, porque para ello tendrían que matar a todos los mineros, es decir, suprimir a los productores de cuyo trabajo salen los Mercedes Benz y muchas otras cosas.

Nada de esto debe servir para minimizar los alcances de este golpe al movimiento obrero, terribles y devastadores si los hay. Si alguna conclusión se puede extraer del asesinato de Marcelo Quiroga, del triste destino de Lechín y de la demolición del local de la COB, es para que quienes todavía dudaban, buscaban salidas intermedias o creían entretener a los señores de la guerra con los juegos de salón de la señora Gueiler, entiendan de una vez qué clase de enemigo tenemos por delante, qué se puede esperar de él y con qué métodos habrá que destruirlo.

Los nuevos gobernantes de La Paz contarán con ayuda financiera internacional. Ya han recibido cuantiosos préstamos, pese a todas las condenas democráticas. Y Alejandro Orfila, que siempre supo de qué lado sopla el viento, cree más en esos indicios que en las mayorías democráticas cuando les envía sus telegramas de felicitación.

La Junta militar boliviana, seguramente por consejo de sus padrinos argentinos, se ha dirigido a la Unión Soviética diciéndole que sería "muy bien recibida" su ayuda económica al nuevo régimen. Este abierto pedido, que resultaría increíble si no existiera el antecedente de los excelentes negocios con que los gobernantes de Moscú favorecen y contribuyen a sostener a los gobernantes de Buenos Aires (como los de Pekín a los de Santiago de

Chile, por lo demás), pone a los dirigentes soviéticos, ante la opinión pública obrera, comunista y democrática internacional, en la obligación de dar una respuesta contundente, declarando que toda su ayuda irá, en cualquier caso, a las fuerzas obreras y democráticas de Bolivia, a los sindicatos perseguidos e ilegalizados y al gobierno constitucional en la clandestinidad que dirige Hernán Siles Suazo. Si, por el contrario, Moscú guarda silencio o, peor, sigue con el boliviano García Meza la misma política que con el argentino Videla, las consecuencias funestas de esa política, verdadera puñalada por la espalda a los trabajadores argentinos y bolivianos, caerían inexorablemente, antes o después, sobre quienes no se delimitarán de ella condenándola públicamente y sin equívocos.

VI. Partido y sindicatos: la autorganización obrera en América Latina*

*Publicado en *El Machete*, México, junio de 1980, núm. 2.

Es una verdad común que en los últimos quince años la economía, la sociedad y el Estado de los países latinoamericanos han experimentado profundas transformaciones, en las cuales ha incidido decisivamente la creciente internacionalización del capital y de los procesos de trabajo. Estas transformaciones han abierto paso —o lo están haciendo— a una renovación de los modos de dominación de la burguesía y del bloque de sus fracciones en el poder. Se han extendido la industrialización, las agroindustrias y las relaciones salariales, han retrocedido en importancia (sin desaparecer) las relaciones de dominación y de explotación precapitalistas. Estos países se han modernizado, y con ellos se ha modernizado la lucha de clases en su interior.

Mientras el nuevo bloque dominante de la burguesía, conflictivamente asociado con el imperialismo mediante las multinacionales y el capital financiero, ha mantenido la iniciativa en estos cambios, su antagonista social, la clase obrera y el conjunto de los asalariados, ha debido sufrirlos, librando batallas defensivas que en ciertos casos le han permitido salvar algunas de sus posiciones y en otros han conducido a desastres cuyo paradigma es Argentina. La victoria de Nicaragua en 1979 puede ser la confirmación de un cambio de curso de la corriente,

anunciado ya antes por movimientos huelguísticos y huelgas generales en Colombia, Bolivia, Perú, Brasil, Argentina misma; pero ese nuevo curso necesita afirmarse y generalizarse en la realidad política, no solamente en las luchas sindicales.

Y aquí la clase obrera latinoamericana se enfrenta con una tarea que sigue siendo prioritaria entre todas, y todavía no cumplida en la gran mayoría de estos países: la conquista de su independencia política en relación con la burguesía y su Estado, su organización en partido obrero de masas, la vieja tarea que Engels definía en 1892 en una carta a Kautsky: "En nuestra táctica una cosa está totalmente establecida para todos los países y los tiempos modernos: llevar a los obreros al punto de formar su propio partido independiente, opuesto a todos los partidos burgueses". Salvo en Cuba y en Chile (o en los casos peculiares y aleccionadores de Nicaragua y El Salvador), dicho objetivo no ha sido alcanzado, particularmente en los países más poblados y con mayor acumulación de industrias: Brasil, Argentina, México y Colombia.

En la mayor parte de los países latinoamericanos la clase obrera, organizada sindicalmente, continúa bajo la influencia ideológica de direcciones burguesas o pequeñoburguesas nacionales. Una correa de trasmisión privilegiada de esa influencia son precisamente las direcciones de los sindicatos y centrales obreras que agrupan a los trabajadores. También en esto el caso argentino con su dirección peronista es ejemplar, pero no difiere en calidad del boliviano, el brasileño, el mexicano, el colombiano o el venezolano.

La clase obrera combina así un nivel de organización sindical relativamente elevado, enraizado en sus anteriores tradiciones y experiencias de lucha (Bolivia es un caso típico), con un nivel de organización política independiente relativamente bajo. La combinación de ambos

datos (y no sólo el segundo) da una indicación acerca del nivel de conciencia alcanzado por la clase (que no es lo mismo que el nivel de combatividad), y en consecuencia de cuál es el punto de partida concreto en el planteamiento de sus tareas políticas.

Diversas corrientes y partidos socialistas, comunistas o de izquierda revolucionaria, en el pasado, tendieron a ver en aquellos sindicatos solamente la acción mediatizadora de sus direcciones y no su carácter de organismos de masas de la clase obrera en los cuales se concentra y se realiza por ahora gran parte de su experiencia organizada de lucha. Tomando al sindicato por su dirección (confusión que la clase misma no comete), aquellas tendencias concluyeron que era preciso hacer madurar la conciencia de los trabajadores por otras vías, y crearon sindicatos "independientes" pero absolutamente minoritarios o aislados, intentaron experimentos "foquistas" o similares, practicaron diversas variantes de propagandismo revolucionario cuyos ejemplos más típicos aparecieron en los sectores estudiantiles.

Todos sabemos que la experiencia y los golpes, que pese a todo suelen enseñar a quien quiere aprender, llevaron a muchos a cambiar esas posiciones y a revalorizar la importancia de los sindicatos de masas como conquistas históricas —por burocráticas que sean hoy sus direcciones— del proletariado de los países latinoamericanos. Pero en más de un caso esta reacción, en principio saludable, llevó y lleva todavía al extremo opuesto: idealizar a esas direcciones, conciliar con sus modos y métodos de dominación en los sindicatos, creer que sus periódicas izquierdizaciones verbales (que no radicalizaciones políticas) corresponden en alguna medida a las necesidades de los asalariados y no, como sucede en realidad, a las de reajustar su papel de intermediarios de la dominación ideológica de la burguesía bajo las condiciones cambiantes de la lucha de clases.

El preludio de una de las mayores catástrofes del proletariado en América Latina, el golpe militar argentino de marzo de 1976, que llegó al poder frente a una clase obrera paralizada por la política burguesa de su dirección, estuvo señalado por una "izquierdización" de la CGT que meses antes amenazó con huelgas generales contra el golpe en ciernes, pidió nacionalizaciones a granel, exigió otras conquistas y puso todo en manos de la dirección política de Isabel Perón, protectora de las bandas paramilitares de la AAA y madrina sangrienta del caos que llevó al golpe.

Pero la izquierdización verbal de esa dirección sindical tuvo un origen muy preciso: la radicalización real de los obreros argentinos, que a mitad de 1975 realizaron una enorme huelga general contra los planes económicos de "austeridad" de Isabel Perón y su ministro Rodrigo. Este movimiento fue dirigido por las comisiones coordinadoras, surgidas de las comisiones internas de las grandes fábricas de Córdoba, Buenos Aires, Rosario, el litoral y el norte argentinos, que a partir de los lugares de trabajo, y sin romper con los sindicatos nacionales, construyeron una dirección alternativa que pudo sobrepasar en esa ocasión los frenos de los altos burócratas aliados a Isabel Perón.

Este movimiento, sin embargo, no tuvo expresión política propia. Los obreros siguieron siendo peronistas, por razones históricas precisas que no es el caso analizar aquí. Pero, paradójicamente, la fuerza desplegada por el proletariado en la huelga general aceleró el golpe militar, urgido de detener ese proceso de radicalización autónoma y de destruir la organización obrera en los lugares de producción, las comisiones internas, los delegados de fábricas, las coordinadoras y, junto con ellas, los sindicatos. Ése fue el *enemigo real* con el cual se ensañó y se ensaña todavía la masacre metódica y científica establecida como sistema de gobierno y de reorganización del capitalismo argentino por los militares en el poder.

Si me he detenido algo en este caso, es porque él ilustra también una de las vías de superación real de la dominación de las direcciones obreras con ideología y política burguesa, y de politización independiente de la clase obrera y los asalariados a través de sus propias organizaciones sindicales.

Las coordinadoras opusieron centralizadamente la *política* —una huelga general es siempre una decisión política— de las comisiones internas de fábrica, de los organismos de los trabajadores en su lugar de trabajo, a la *política* de la alta dirección sindical. Y las comisiones internas son órganos propios de los sindicatos, no ajenos, opuestos, o alternativos a ellos.

Procesos similares han tenido lugar, con sus características nacionales específicas, en el movimiento obrero boliviano, particularmente a partir de las decisiones de los sindicatos mineros cuyo órgano máximo en cada mina es la asamblea general de trabajadores. Por un camino semejante han progresado tumultuosamente los movimientos y la organización del proletariado brasileño desde 1977 hasta la última extensa huelga de los trabajadores metalúrgicos y del automóvil (41 días y más de 150 mil huelguistas) en abril-mayo de 1980, cuyos protagonistas colectivos han sido las comisiones de fábrica, los delegados electos y las asambleas generales de trabajadores.

Organización de fábrica (comisión, comité, consejo, etcétera) formada por *delegados* de sección o departamento, electos y revocables, y *asamblea general* regular como instancia de decisión democrática colectiva, son los rasgos comunes de los momentos culminantes de esos grandes movimientos sindicales en Brasil, Bolivia y Argentina.

La represión a la huelga brasileña demuestra, como en forma más terrible lo había hecho antes la dictadura argentina, que el Estado y el bloque burgués que lo dirige

no pueden tolerar sin reaccionar, más allá de cierto límite, el crecimiento y la centralización de este tipo de organización del proletariado. Tampoco la burocracia sindical tradicional lo desea, porque pone en cuestión su función mediadora tanto con la patronal como con el Estado y la somete al riesgo, para ella mortal, del control democrático por organismos de base.

Estado, burguesía y burocracia sindical pudieron aceptar y convivir con este tipo de organización mientras la expansión de las economías capitalistas permitió asegurar concesiones al movimeinto obrero y mantener así la influencia de la ideología burguesa sobre los trabajadores y el control de las direcciones sindicales con dicha ideología sobre los organismos de fábrica. Eso es cada vez menos posible a partir de los años setenta, cuando la crisis es el signo bajo el cual vive el capitalismo.

Sobre todo por una razón muy sencilla: mientras el sindicato tiende a privilegiar o a absolutizar la disputa por el monto del salario (disputa a nivel del mercado plenamente aceptable para la burguesía), su órgano de fábrica elegido por los obreros tiende a privilegiar la disputa sobre la organización del proceso de trabajo en la empresa misma (disputa en el plano de la producción inaceptable para el capital porque pone en cuestión el núcleo mismo del poder, el derecho de decidir en *qué* y *cómo* utiliza la fuerza de trabajo que ha comprado con el salario).

El comité de fábrica o comisión interna, el delegado de departamento o de sección, son el receptáculo y el vehículo de las protestas y las luchas de los trabajadores contra las condiciones de trabajo que les impone el capital: aceleración de los ritmos, aumento de la carga de trabajo, más máquinas o más tareas por obrero, insalubridad, supresión o negación de pausas de descanso, ruido, humedad, calor, frío, falta de ventilación o trabajo a la intemperie, ausencia de ropas de protección y de medidas de seguridad en el trabajo, control policial de los super-

visores, los innumerables elementos que componen el régimen dictatorial y despótico bajo el cual viven los trabajadores su jornada de trabajo, es decir, la mayor parte de su vida consciente.

En las nuevas condiciones de las economías latinoamericanas, determinadas por la internacionalización del capital y los procesos productivos, el crecimiento industrial (y el del proletariado por consiguiente) y la crisis mundial, es previsible que sea precisamente a ese nivel adonde se traslade el centro del conflicto de clase, y por lo tanto, el punto focal de la reorganización sindical y política de la clase obrera.

El capital, que en la mayoría o la totalidad de estos países ha logrado imponer por diversas vías una rebaja del salario real (desvalorización de la fuerza de trabajo) en los últimos años, tiende ahora, sobre todo en los países más industrializados de la región, a poner el acento sobre las exigencias de *intensidad* y *racionalización* de la explotación de la fuerza de trabajo, traducidas en un aumento multiforme de la carga de trabajo por asalariado (obrero industrial o empleado). A eso le da un nombre: *productividad.*

Esa exigencia del capital choca directamente con la existencia y el fortalecimiento de la organización de fábrica de los trabajadores. Entonces necesita asegurar condiciones políticas y jurídicas que le permitan impedir esa organización o desbaratarla allí donde ella existe: derecho a despedir personal según la conveniencia de la empresa, inestabilidad en el trabajo, elevada tasa de *turn over* (rotación del personal), sistema selectivo de premios a la producción como complemento sustancial del salario (de modo que éste queda atado a la productividad, es decir, al agotamiento de las energías físicas del trabajador en cada jornada), control y represión política en el interior de las empresas, no reconocimiento de comisiones de fábrica ni de delegados de departamento como

instancias de negociación con la organización obrera.

Y en estos puntos concretos (no en los salarios), el interés de la patronal coincide, por razones diversas, con el de la dirección sindical tradicional, que negocia el salario pero se desinteresa totalmente de todos esos problemas.

Uno de los rasgos de lo que llamamos *modernización de la lucha de clases* es que la modernización de la economía y las nuevas exigencias prioritarias del capital llevarán a los trabajadores a buscar, crear o recrear esas formas de organización. Ellas van al mismo tiempo, contra el capital y contra la burocracia sindical. No quiere decir que derriban a uno y otra por un acto instantáneo: quiere decir que van minando paulatinamente, en un proceso acumulativo, sus bases de dominación incontrolada e indiscutida en las empresas, y por consiguiente en la conciencia de los trabajadores. Y las van minando por un proceso relativamente largo y accidentado, como son siempre los de la lucha de clases, de experiencias de lucha concretas vividas por los trabajadores colectivamente y sedimentadas en progresos organizativos y en conquistas parciales, en triunfos o en derrotas. Nuevamente, la última huelga de los metalúrgicos brasileños es un ejemplo viviente de este tipo de proceso.

Pero el resultado de la huelga también deja una experiencia. Entre los límites que finalmente impidieron su victoria estuvo su dificultad para extenderse a otros sectores y su imposibilidad presente para alcanzar una expresión política. El Estado, órgano esencialmente político de la clase dominante, lanzó toda su potencia en apoyo de la intransigencia patronal (totalmente lógica, desde el punto de vista del capital) para batir a los trabajadores. Es que las demandas centrales de éstos —reconocimiento de los delegados y la organización sindical de fábrica, supresión del arbitraje estatal obligatorio en las huelgas, reconocimiento de la estabilidad en el traba-

jo— trascendían al plano político, mientras eran llevadas por ellos en el plano estrictamente sindical. Es precisamente ese carácter político el que explica la actitud singular de la Iglesia brasileña, al alinearse completamente del lado de los huelguistas frente al Estado.

¿Cómo resuelve la clase obrera esa contradicción, cómo accede a la expresión y la organización políticas independientes? Las experiencias acumuladas en etapas diversas por los trabajadores bolivianos, argentinos, brasileños y colombianos y de otros países latinoamericanos confirman la verdad general y sabida de que no pueden hacerlo sino a través de su propia *experiencia vivida*, camino largo y nunca rectilíneo pero en el cual las conquistas acumuladas en la conciencia y la experiencia colectivas son las que nunca se pierden, aunque las conquistas llamadas materiales puedan retroceder o debilitarse por períodos enteros.

Esa experiencia la viven, precisamente, en los sindicatos. Pero, a partir de esta verdad general, hay que introducir una distinción decisiva. Los sindicatos y la organización sindical encubren, como hemos tratado de mostrar, diversos niveles y diversas realidades. Son también un terreno de la lucha de clases.

La clase obrera, en ese terreno, avanza en su conciencia, en su confianza en sí misma y en su independencia a través de todos aquellos caminos, experiencias, políticas y formas organizativas que favorecen y fortalecen su relación interior democrática, su iniciativa, sus posibilidades de elaboración de pensamiento colectivo y su capacidad de decisión autónoma. Eso se llama *autorganización obrera.*

Frente a las nuevas exigencias del capital y al terreno de lucha que ellas plantean a los asalariados, la autorganización se convierte en la dimensión y la condición primordial para que éstos puedan responder al desafío. Los métodos y formas de la autorganización tienen esto en

común: al mismo tiempo que cuestionan al capital en el núcleo central de su dominación dentro de las empresas, cuestionan los métodos y las decisiones burocráticas de las direcciones sindicales tradicionales y, en consecuencia, el vehículo de la dominación ideológica de la burguesía sobre la clase obrera sindicalmente organizada.

¿Quiere decir esto que la autorganización obrera genera automáticamente la conciencia política de clase y la organización política independiente del proletariado? No es posible tal salto, tal generación espontánea. Pero sí genera las condiciones más favorables para el desarrollo de esa conciencia y esa organización políticas.

A partir de allí, es necesario que, con el proceso de autorganización de la clase en el curso de sus luchas, confluya y se entrelace el proceso de influencia del programa socialista y la teoría marxista, que es llevado por las tendencias o partidos que los defienden políticamente. La táctica de esos partidos será acertada —o no— si ella lleva, como decía Engels, "a los obreros al punto de formar su propio partido independiente, opuesto a todos los partidos burgueses", paso necesario para la lucha por el socialismo.

Cada partido obrero existente, con su programa y su organización, puede en América Latina proclamar ser tal partido: el partido de la clase obrera. Pero aquí no importa lo que diga o piense cada partido de sí mismo, sino lo que diga la clase obrera misma. Ella se reconocerá en un partido marxista si éste es capaz de hacer encarnar en la conciencia de la clase, a través de la experiencia vivida de ésta en la lucha de clases, la convicción del programa socialista como perspectiva histórica de la propia clase, de su país y del mundo; es decir, si alcanza a dar un contenido anticapitalista y socialista consciente a su lucha espontánea y natural contra el capital.

Esto, ya se ha dicho, no puede alcanzarse a través de la mera propaganda de las ideas socialistas sino a través de

la organización de la experiencia del proletariado. De esa acumulación de experiencias nacieron los grandes partidos obreros de masas de Europa, lo cual explica su extraordinaria durabilidad y arraigo a pesar de políticas reformistas, fracasos o derrotas.

La América Latina de hoy no es Europa, ni es la América Latina de hace quince años. La lucha por la organización política independiente del proletariado, por su partido de clase, se basa sin duda en los viejos y sólidamente probados principios del marxismo.

Pero en cada país, además, esa organización recoge la historia y las tradiciones de organización nacionales y latinoamericanas de las masas: la revolución mexicana (incluida su fase cardenista), la revolución boliviana, la revolución socialista cubana, el movimiento peronista de masas en Argentina, la Unidad Popular chilena, la revolución guatemalteca, los movimientos campesinos y mineros del Perú, la guerra antimperialista de Sandino y la actual revolución nicaragüense, la insurrección de 1932 y la actual revolución salvadoreña, y tantos otros movimientos. Quien ignore o menosprecie sus huellas en la conciencia de las masas que los han vivido o han heredado sus tradiciones, no podrá organizar nada importante ni duradero.

Pero principios y tradiciones, para encarnarse en una organización política reconocida por la clase obrera como suya, deben expresarse y traducirse en una política y una táctica que permita a ésta enfrentar al capital en las modernas condiciones de la lucha de clases, impuestas por el dinamismo central del capital internacional, por las formas agudas de su crisis, y por el nuevo modo de dominación que en consecuencia ejercen los Estados nacionales.

Hemos tratado de individualizar dónde se ubica el núcleo central que rige ese enfrentamiento presente entre capital y trabajo en nuestros países, y en consecuencia

el conjunto de la lucha de clases. Creemos que tanto la organización política futura como la actual reorganización sindical de la clase obrera latinoamericana tienen como condición primordial, dentro de las formas específicas muy diversas entre país y país, el hacerse fuertes en ese núcleo. La clase obrera se reconocerá políticamente como tal en aquel partido, existente o por crearse, cuyo programa, política y táctica se abran camino en sus luchas para permitirle responder a este desafío.

Apéndice

Centroamérica, primera trinchera contra Reagan*

******Uno más uno***, 14 de noviembre 1980.**

1. El ascenso de Ronald Reagan al poder no significa, como es obvio, que Estados Unidos haya resuelto su crisis de dominación en Centroamérica. Ésta no depende de la política del presidente de turno en la Casa Blanca, sino de la crisis económica prolongada del capitalismo, del debilitamiento de la hegemonía del imperialismo estadounidense en el mundo y de la modificación resultante de las relaciones entre las clases en Centroamérica misma, modificación en la cual se suma como un factor determinante la actividad de las fuerzas revolucionarias centroamericanas. Pero significa, en cambio, que Estados Unidos intentará llevar adelante una nueva política para resolver esa crisis. La elección en sí no resuelve los problemas, sino que los plantea en nuevos términos.

El relevo de Carter por Reagan tampoco implica un cambio en los objetivos del imperialismo, sino una modificación de sus tácticas. Pero sería poco responsable subestimar los efectos inmediatos que puede tener esa modificación, sobre todo cuando ella viene apoyada por una ola de opinión pública conservadora de la cual el ascenso de Reagan es el resultado y no la causa.

Una vez en el poder, Reagan desencadenará mecanismos destinados a consolidarlo y a modificar aún más en

favor de su política las relaciones de fuerza dentro de Estados Unidos. Necesitará algunos éxitos inmediatos y es posible que Centroamérica sea uno de los terrenos donde trate de obtenerlos, concentrando allí y en unos pocos puntos más los esfuerzos de su administración, en lugar de dispersarlos por todo el planeta. Es posible también que sus cálculos personales y sus consejeros le induzcan a creer que con una inversión limitada pero enérgica de fuerzas puede obtener un viraje rápido de la situación en países que Estados Unidos siempre ha visto como "pequeños", para luego dedicarse a los más "grandes", en el continente o fuera de él.

Pero todo esto no puede borrar dos premisas fundamentales.

La primera es que el vuelco operado en Centroamérica después de la ofensiva final y la victoria de la revolución sandinista continúa actuando y que el fortalecimiento de las fuerzas revolucionarias en la región, pese a las grandes dificultades que deben enfrentar, no se ha detenido en el curso del año 1980. Nicaragua revolucionaria continúa siendo, por su existencia objetiva, un factor de crisis permanente de la dominación imperialista, y todavía está por probarse que los métodos de Reagan sean más efectivos que los de Carter para el fin común y único que ambos comparten: liquidar esa revolución.

La segunda es que Reagan sube sobre la cresta de una ola conservadora y escéptica, producto de la crisis económica en Estados Unidos y de las derrotas del imperialismo en el mundo, similar en algunos aspectos a la que llevó al nazismo al poder en Alemania en 1933, pero sin una mística nacional y una movilización de masas exasperadas comparables y además en un mundo donde, en los países decisivos, no ha habido derrotas importantes de la clase obrera. El nazismo subió sobre una derrota del proletariado (producto ante todo de la política de Stalin y del Partido Comunista alemán) que le abrió el camino

a la guerra. Reagan, en un mundo y en una situación completamente diferentes, tiene todavía que derrotar y desorganizar a los trabajadores asalariados en Europa y en Estados Unidos si quiere ir más lejos con algunas posibilidades de éxito. Su triunfo electoral fortalece el frente conservador y derechista a escala mundial, pero no implica de por sí una derrota del frente objetivo de fuerzas revolucionarias comparable, ni siquiera de lejos, a las catástrofes de los años 30.

Por eso Reagan se verá tentado a comenzar por proyectos pequeños pero concentrados para afirmar su nueva política. Y el peligro para Centroamérica reside en que pueda considerarla un escenario de tamaño ideal para sus primeras aventuras contrarrevolucionarias.

2. Sería imprudente, decimos, ignorar los peligros que significa el nuevo poder en la Casa Blanca. Pero frente a ellos, y vista la ola social conservadora en que se apoyan las amenazas, no hay política más desastrosa que tratar de contenerlos apostando a otras tendencias del imperialismo (Carte, Anderson, Kennedy. . .), tan contrarrevolucionarias (aunque con métodos relativamente diferentes) como Reagan y hoy subordinadas a la política agresiva de éste. Los llamados a la sensatez y a la cordura, tan habituales en algunos sectores de la izquierda, no tienen ningún efecto en estos enfrentamientos de la lucha de clases, salvo el de desmovilizar a los oprimidos si confían en ellos.

La elección de Reagan expresa la voluntad de enfrentamientos más violentos. Esa voluntad, sobre cuya magnitud el resultado electoral es inequívoco, sólo puede ser contenida primero y disuelta después si se le opone una fuerza igual o superior, y contraria. Es lo que en su tiempo no tan lejano, y con un heroísmo y una tenacidad de los cuales aún hay mucho que aprender, hizo Vietnam frente a Kennedy, Johnson, Nixon, Ford y todos sus *kissingers*.

Cuando en Estados Unidos llega al poder un hombre que declaradamente va a buscar el choque, denuncias, invectivas y exhortaciones son vanas. Es preciso hacer un recuento de las propias fuerzas, y potenciarlas unificándolas con una política que se prepare para ese choque.

3. La revolución centroamericana, hasta ahora, se ha abierto paso acrecentando sus propias fuerzas y aprovechando las grietas que le ofrecía la agudeza de la crisis interburguesa en los países de la región. Desde el asesinato de Pedro Chamorro hasta el desplome de la Guardia Nacional, la revolución nicaragüense dio muchos ejemplos de esa conbinación. Pero si bien la crisis interburguesa sigue operando, El Salvador indica que la burguesía y el imperialismo también han sacado sus experiencias de Nicaragua. Primero el remplazo del dictador Humberto Romero por la junta militar-democristiana, luego la derrota de los planes del coronel Adolfo Majano, están diciendo (entre otros muchos ejemplos) que sectores importantes de la burguesía o de sus aparatos de poder no se aliarán con la revolución, por moderada que ésta se presente. Esto no quiere decir que no es posible atraer aliados provenientes del campo burgués o del campo reformista: El Salvador también da ejemplos en ese sentido. Pero significa que esos aliados, a diferencia del FAO nicaragüense que durante largos meses ambicionó y trató de subordinar a sus proyectos al FSLN, sólo existirán cuando se subordinen al proyecto revolucionario porque ven en él el futuro nacional, con la clara conciencia de que ese proyecto conduce no a una mediación sino a un enfrentamiento durísimo con el núcleo central de la burguesía y de su Estado y con el imperialismo estadounidense.

Reagan en la Casa Blanca significa la confirmación de estos alineamientos sin "tercer campo" ni mediadores: uno de un lado, los otros del otro. Reagan no puede liquidar de un plumazo la crisis revolucionaria y prerrevo-

lucionaria en los países centroamericanos. Pero intentará darle una salida provisoria, más diferente allí que en otras regiones del mundo de la que proponía Carter. Su oposición a los tratados del Canal de Panamá es clara al respecto. Si esa oposición es llevada a los hechos, quedará colgada del aire la función negociadora e intermediaria de la política de Omar Torrijos, así como sus funciones de hegemonizar o conducir por esa vía a las fuerzas revolucionarias centroamericanas, que sería conducirlas al desastre.

El agotamiento del nacionalismo torrijista, cuyo vuelo siempre fue de corto alcance, tiene su correspondencia en el fracaso de la UDP en Bolivia (pese a su victoria electoral), en la derrota de Manley en Jamaica, en la pérdida de peso de la política de Carlos Andrés Pérez en Venezuela (pese a las crisis interiores que afectan a la democracia cristiana). Reagan no sólo tiene planes para intervenir en El Salvador. Intervendrá también más activamente que su predecesor en la política de Panamá y de Costa Rica, para apretar el cerco sobre Nicaragua y convertir lo que fueran "santuarios" de los revolucionarios durante la guerra sandinista en posibles "santuarios" de los contrarrevolucionarios (además de los que ya tienen en Guatemala y Honduras). No está dicho que alcance su objetivo. Pero si no lo logra, no será por la resistencia que puedan oponer esas tendencias burquesas nacionales, sino por la solidez del frente que alcancen a consolidar las fuerzas de los trabajadores y del antimperialismo revolucionario, sin subordinarse ni sembrar ilusiones en la política reformista de Manley o en los juegos parlamentarios de Acción Democrática venezolana, que serán derribados como muros de adobe por el *bulldozer reaganista*.

4. Cuando este giro derechista se produce en Estados Unidos, la acumulación de fuerzas con que ya cuenta la revolución en Centroamérica es verdaderamente importante, aunque no sea todavía irreversible. Revisando los prime-

ros números de *uno más uno* hace apenas tres años, puede comprobarse cuáles noticias aparecían entonces sobre Centroamérica. El 14 de noviembre, monseñor Oscar Arnulfo Romero pedía al gobierno salvadoreño (la dictadura del general Romero) que cumpliera los acuerdos firmados por funcionarios oficiales, la Iglesia, la empresa privada y dirigentes sindicales para solucionar diversos conflictos. El 18 de noviembre, Ernesto Cardenal hacía pública su adhesión al FSLN y un dirigente sandinista declaraba en una larga entrevista al enviado de *uno más uno:* "Éste es el inicio del asalto final planteado por nuestra organización para terminar con la dictadura somocista". (No había pasado mucho tiempo del ataque al cuartel de San Carlos y el asalto final vendría en definitiva, como todos sabemos, exactamente un año y ocho meses después). El 19 de noviembre, los mineros del plomo de San Ildefonso Ixtehuacan, San Marcos, Guatemala, anunciaban los preparativos de su marcha hacia la capital, Guatemala, pidiendo aumentos de salarios, derechos sindicales y otras conquistas. (La marcha se realizó, recorriendo 354 kilómetros y levantando a su paso el apoyo de los campesinos y trabajadores de las regiones que iba atravesando, con lo cual se franqueó una etapa decisiva en la incorporación de sectores de masas a la lucha democrática y revolucionaria en Guatemala).

Tres años después Nicaragua ha triunfado, y el nivel del enfrentamiento de clases es enormemente superior al de entonces tanto en El Salvador como en Guatemala (nivel que incluye tanto la fuerza de masas y la capacidad militar de los revolucionarios como la intensidad y crueldad de la represión oficial). Lo que hace tres años eran organizaciones más débiles y separadas en el campo revolucionario, hoy se han unificado en frentes políticos, militares y de masas en El Salvador y Guatemala. Un frente similar, a nivel de demandas democráticas, está en sus fases iniciales en Honduras, donde las huelgas han sido estimula-

das por las luchas de los países vecinos, como también ha ocurrido en Costa Rica con la reciente huelga bananera. Sin ser todavía determinantes para toda Centroamérica, son entonces El Salvador y Guatemala los que tienden a dar la tónica y a indicar las vías para el desarrollo y la acumulación de fuerzas revolucionarias.

A esto hay que agregar una conquista ya irreversible: la convicción extendida y adquirida en la experiencia cotidiana misma de que la revolución centroamericana es una unidad indivisible no sólo en las trayectorias entrelazadas de los procesos en cada uno de los países, sino también, y sobre todo, en sus posibilidades de victoria. Buena parte de la suerte de Nicaragua se juega hoy en El Salvador y mañana en Guatemala. Y, en caso de victorias sucesivas, una construcción económica realmente viable sólo es concebible a escala centroamericana, poniendo en común recursos naturales y humanos y planificando regionalmente las economías. Esta convicción, antes teórica y ahora adquirida en la práctica, subyace en cada una de las decisiones importantes de los revolucionarios centroamericanos. Ella es producto de la historia pasada, pero sobre todo de las luchas presentes.

5. El conjunto de esas fuerzas, en sus diversos grados de desarrollo según los países, están amenazadas en el futuro próximo por un ataque directo y sin mediaciones por parte del nuevo gobierno de Estados Unidos. Evidentemente, ese ataque no será sino la continuación del que ya llevó Carter durante los cuatro años de su mandato, pero una continuación por medios más desembozados. Según la vieja escuela de todos los dominadores, es posible que el ataque no sea simultáneo, sino que traten de dividir las fuerzas democráticas y revolucionarias comenzando por unas y ofreciendo treguas a otras a cambio de su neutralidad, para después lanzarse contra quienes (si es que los hay) caigan en esa trampa elemental.

La respuesta a esa previsible ofensiva imperialista por parte de las fuerzas revolucionarias y democráticas depende, sustancialmente, de dos factores: *1*) recursos materiales (capacidad organizativa ya consolidada y, en los casos de Nicaragua, El Salvador y Guatemala, armas y abastecimientos); *2*) política.

No me ocuparé aquí del primero.

En cuanto a la política, el curso derechista del nuevo presidente de Estados Unidos y su política de alianzas podrá ser enfrentado con mayor eficacia cuando más se le oponga un curso antagónico en el bando opuesto: un reforzamiento de los objetivos revolucionarios dentro de las demandas y movilizaciones democráticas y un fortalecimiento de las organizaciones revolucionarias en el vasto frente con fuerzas democráticas y antimperialistas. Esto no significa una política de ultraizquierda, que rechace aliados y proponga solamente objetivos máximos de clase. Significa, al contrario, la posibilidad de ganar algunos nuevos aliados que inevitablemente serán rechazados por los aspectos más odiosos de la política reaganista. Pero para atraerlos la alternativa no es rebajar la propia política al nivel del "carterismo" (si es que esto existe) o algo parecido, sino acentuar el curso revolucionario que agrupe, en torno al núcleo fuerte del progama obrero y de sus demandas, único capaz de enfrentar en forma coherente al extremismo reaganista, al resto de los aliados provenientes de otros sectores de clase. En otros términos: no es Jamaica y su vía, sino El Salvador y la suya, lo que señala el camino para la expulsión del imperialismo y el progreso socialista de la revolución.

No hay que olvidar que en Centroamérica no es todavía el imperialismo el que tiene la iniciativa, sino el que está obligado a tratar de recuperar el terreno perdido: no está dicho que un presidente derechista y reaccionario lo logre. Sería conveniente, sin embargo, que para enfrentar su anunciada embestida se reagruparan a nivel

público, en un frente centroamericano y del Caribe, las organizaciones revolucionarias, democráticas, antimperialistas, sindicales y populares que conforman el vasto campo de la revolución centroamericana, y formularan en una conferencia internacional el programa antimperialista de los años 80 para responder al desafío que viene del nuevo ocupante de la Casa Blanca. También aquí la revolución vietnamita —para no hablar ya de la soviética en sus años primeros— nos ha dejado muchas enseñanzas útiles.

6. Más todavía que en el año que termina, en 1981 lo que ocurra en Centroamérica será vital para toda América Latina. El nuevo presidente de Estados Unidos, cumpliendo con sus declaraciones, prepara acuerdos y convergencias con los dictadores de Argentina, Brasil, Chile y otros países del sur. Esos acuerdos no anularán las contradicciones que existen hoy entre esas dictaduras y Estados Unidos, que radican sobre todo en conflictos de intereses competitivos de las respectivas burguesías con sus socios imperialistas (estadounidenses, europeos y japoneses). Pero permitirán ganar tiempo tanto a Reagan como a las dictaduras del sur para sus respectivos proyectos contra sus pueblos y para tratar de ajustar cuentas con ese foco contagioso que es la revolución centroamericana.

A su vez, la resistencia y el progreso de los centroamericanos en su guerra de liberación podrá ser uno de los primeros grandes obstáculos con que tropiece Ronald Reagan en su curso contrarrevolucionario que, si no es contenido, puede desembocar más adelante en la guerra nuclear. La barbarie tecnológica como forma de organización social permanente es la alternativa que los modernos "fascistas democráticos" de Estados Unidos proponen contra la revolución socialista en el mundo. Los heraldos monstruosos de esa barbarie son el arsenal

nuclear y bacteriológico del Pentágono como respuesta masiva a la revolución; y la práctica de las formas más sofisticadas y científicas de tortura, enseñadas en cátedras especiales por técnicos militares estadounidenses, en la represión selectiva contra los pueblos latinoamericanos, prácticas en las cuales los militares uruguayos se destacan como los discípulos más aventajados. Arsenal nuclear y tortura científica son las expresiones extremas de la irracionalidad total del sistema capitalista y de la subordinación de la ciencia a los fines del capital, es decir, a la perspectiva de una nueva barbarie.

Si la revolución socialista es la única respuesta histórica posible a ese curso antihumano, ella no es un acto único e instantáneo, sino también una larga y extensa acumulación de fuerzas, de conciencia y de experiencia a través de derrotas y victorias, siempre parciales y siempre cuestionadas mientras el centro del imperio mantenga su poder militar y económico.

Nuevamente, si como todo indica las amenazas de Reagan son reales, una de esas batallas se aproxima en Centroamérica y se focaliza en El Salvador, Nicaragua y Guatemala. Si las fuerzas reaccionarias pasan, se soldarán con las dictaduras del sur y la amenaza apuntará a México (y su petróleo), a Cuba y también a Venezuela (por más ayuda que su actual presidente siga dando a la junta salvadoreña, luego será su turno). Si la embestida es rechazada y se consolidan y extienden las fuerzas de la revolución, Reagan deberá rehacer sus cuentas y las dictaduras del sur verán crecer sus problemas interiores.

Centroamérica, primera trinchera, no debe caer.



Esta obra se terminó de imprimir en julio de 1981,
en los talleres de IMPRESORA PUBLIMEX, S. A.
Calz. San Lorenzo 279-32, Unidad Industrial Ixtapalapa.

Guerra y política en El Salvador **se inicia en la agitación de los hechos que consigna el proceso revolucionario salvadoreño, es un libro abierto cuyo final se decidirá al margen de las previsiones y los análisis que integran este volumen. Aun así, Adolfo Gilly presenta ahora un instrumento imprescindible para los posibles desenlaces de la crisis revolucionaria en El Salvador, muestra con claridad las raíces y desarrollo de una guerra, la historia y las lecciones posteriores de ese proceso. Gilly logra en el tránsito del libro el dato preciso y la observación apoyados en el análisis político de cada situación, para definir una propuesta final: un libro que constituya en cada una de sus partes, otra arma de esa revolución.**

